
LA PRÓDIGA.

(ESTUDIO DEL NATURAL.)

I.

Hace ya de esto muy cerca de diez y siete años.

Preparábase en nuestra siempre aventurera España una elección general de Diputados á Córtes. La batalla debía reñirse aquella vez por *circunscriptciones*, y los tres candidatos de oposicion que aspiraban á representar la parte Nordeste de cierta provincia andaluza, donde eran mucho ménos conocidos que en Madrid, bien que tuviesen en ella tal ó cual pariente y alguna finca, andaban recorriendo, juntos y á caballo, villas, lugares, aldeas y cortijos, en busca de votos contrarios al Ministerio;—oficio divertidísimo si los hay, cuando uno es todavía jóven y poco ambicioso, aficionado á montar, indiferente á los peligros ó dado á correrlos, más devoto de la naturaleza que de la política, y más amante de las mozas guapas, del buen vino y de las fatigas corporales que de todas las formas de gobierno habidas y por haber.

Tal acontecia á los tres candidatos en aquel entónces. Llevaban, pues, muchos dias de asordar agrestes soledades con sus risas y bromas (reservando la formalidad para cuando entraban en poblado); de escalar y salvar montes y breñas, á todo el correr de sus alquilados corceles, en demanda de ocultos y desprevenidos lugarejos; de entrar

en ellos como asoladora tromba, interrumpiendo la fastidiosa paz de la rutina y la pobreza; de comerse la *matanza* de alcaldes, estanqueros y otras personas de viso, que no la prueban nunca, sino que la guardan para tales casos de honra, y dejarles en cambio la cabeza y el pueblo llenos de perturbadoras cuanto peregrinas especies madrileñas, que cada cual traducía al tenor de sus pasiones y apetitos, con detrimento y mengua de antiguos respetos sociales.

Dicho se está que no iban solos aquellos tres *futuros ministros*,—así reputados á lo ménos por sus adeptos, como todo candidato primerizo á la diputacion...—Poderosos ó guerrilleros hijos del país, muy más interesados que ellos en la contienda, aunque nada se les alcanzase de ideas políticas ó no políticas, los acompañaban en rabricortas jacas con albardilla moruna ó en paridoras yeguas con aparejo redondo, amen de la servidumbre propia y de los espoliques voluntarios que, á pie y con escopetas, iban dando á la expedicion carácter y colorido de verdadera algarada.—Renovábase casi todo este séquito en cada pueblo conquistado: allí esperaban á nuestros héroes, además de los *amigos* de la localidad, comisiones avanzadas del pueblo siguiente, y se despedía la que llamaremos *escolta póstuma* del pueblo anterior; de modo que el entusiasmo y los obsequios no decaían nunca, sino que, ántes bien, aquellos agasajos que los hospedadores sucesivos presenciaban en la residencia ajena, les servían de estímulo para echar la casa por la ventana en la residencia propia, habiendo llegado ya el caso de poner á los viajeros unas camas con tantos colchones, que apenas les dejaban sitio, entre las almohadas y el techo, para santiguarse despues de acostados.

II.

Así las cosas, los tres jóvenes aspirantes á legisladores, á quienes, para entendernos de algun modo, llamaremos Enrique, Miguel y Guillermo, llegaron á un pueblecillo, de donde nadie habia salido á esperarles, y en el cual, si bien fueron decorosamente recibidos y tratados... por el Ayuntamiento, en virtud de recomendaciones eficacísimas... del Gobernador, tuvieron el disgusto de oír de boca del mismísimo Alcalde, ó mejor dicho, de boca del Secretario (única persona que, además del Cura, sabia allí leer y escribir, y aún pudiera añadirse que hablar y pensar), las siguientes desagradables razones:

—Mal pleito traen Vds. por aquí, si no cuentan con la *Señora Marquesa*. ¡Ni el Gobernador ni nadie conseguirá que estos electores voten ni hagan otra cosa que lo que ella diga! Los mismos individuos del Ayuntamiento se mirarán mucho en disgustarla...—Procuren Vds., pues, que diga media palabra en favor de su candidatura, y yo me encargo de lo demás...

—No sabemos de qué *marquesa* nos habla Vd... (respondieron los candidatos.) Segun nuestros apuntes, este pueblo, que, efectivamente, fué *de señorío* en la antigüedad, y perteneció por completo al marquesado del mismo nombre, ha pasado, con la desvinculación, y con las locuras de los últimos marqueses, á ser propiedad de sus habitantes, ó sea de los antiguos colonos, que han ido comprando poco á poco las desamortizadas tierras, sin que hoy exista, ni aún de nombre, aquel ilustre título, por no haber sacado el último heredero... ó heredera la carta de sucesion, previos los pagos correspondientes.—¡Ya vé Vd. que conocemos el distrito á palmos!

—Todo eso es verdad... (replicó el Secretario:) Pero no lo es ménos que, de esa arruinada familia, queda una señora, á quien aquí llaman todos *la Marquesa*, por ser la única hermana del último que llevó el título de *marqués*..., el cual se pegó un tiro en Francia cuando perdió al juego el último maravedí...

Los expedicionarios, que, aunque de buena familia y muy acomodados por su casa y por las carreras literarias ó científicas en que habian sabido ganar honra y provecho, no pertenecian á la aristocracia de la sangre, ni frecuentaban los círculos meramente elegantes de la córte, se miraron con extrañeza, como diciéndose que ninguna noticia tenian de aquellas catástrofes, algo añejas y no citadas en sus apuntes; y, en tal perplejidad, el llamado Guillermo, famoso ingeniero de caminos y no ménos célebre abogado, que era el más vivo y batallador de los tres amigos, por tener tambien algo de poeta y de artista y grande energía de carácter, arguyó de esta manera al Licurgo de aquel municipio:

—Pero bien: si esa denominada *Marquesa* no lo es, ni tiene aquí labradores ni fincas, ¿por qué la obedecen todos los electores como á señora de horca y cuchillo? ¿Por qué puede más que el Gobierno?

—¡Ahí verá Vd.!—¡Cosas del mundo!—Yo mismo me he hecho esa pregunta muchas veces... Porque les advierto que no participo de la adoracion que todos tienen aquí á la tal señora. Antes al contrario, creo que es digna de reprobacion y desprecio, por la mala vida que ha llevado toda su juventud...—Yo no soy hijo de este país, ni tan bárbaro como sus habitantes, aunque mi oficio de Secretario del Ayuntamiento me obligue á contemporizar con innumerables sandeces...

—¿De modo (preguntó Miguel), que la Marquesa no es ya jóven?

—Lo es, y no lo es. Tendrá de treinta y cinco á cuarenta años; pero, si he de hablar en verdad, se conserva muy

hermosa.—Pertenece á aquella clase de demonios con faldas que no envejecen nunca.

—¿Luego Vd. la conoce personalmente?—¿Ha estado usted en Madrid?

—No, señor; pero ella vive en esta tierra; y, si quieren ustedes visitarla y pedirle los votos del pueblo, yo los acompañaré y presentaré con mucho gusto...—Es muy campechana, y recibe á todo el que va á verla, sea rico ó pobre, tuerto ó derecho...

—Pues ¿qué hemos de hacer sino ir á su casa, supuesto que la necesitamos y que no tenemos tiempo de pedir á Madrid cartas de recomendacion para su excelencia... (exclamó Enrique con cierto desden de muy mal gusto.)—Vamos ahora mismo...

—Si les parece á Vds. (respondió el Secretario), lo dejaremos para mañana. La *Marquesa* vive en el campo, á media legua de aquí, en un viejísimo caseron, rodeado de veinte ó treinta fanegas de tierra y de un poco de monte, que le producirán diez ó doce mil reales anuales, y que son el último resto de las grandes haciendas que ha poseído y derrochado.—Mañana, de paso para la inmediata villa de..., tocaremos en aquella especie de palacio encantado ó de humilde cortijo (pues juntamente es lo uno y lo otro).—Esta tarde no habria tiempo de ir y volver con dia claro, ni seria cosa de quedarse allí, donde lo pasarían Vds. muy mal.—La antigua millonaria no tendrá hoy tres camas decentes que ofrecer á Vds., ni quizás cubiertos ni platos para la cena; pues, aunque sus rentas son ya tan diminutas, sigue despilfarrándolas, bien que ahora las gaste en limosnas, en sacar de pila á todos los niños que nacen en la jurisdiccion, en regalar á las mozas que se casan, y en otras cosas por el estilo...

—¡Hombre! ¡eso no es despilfarrar!... (replicó Guillermo.) Y ya comienzo á explicarme la influencia de esa mujer en esta comarca.—¿Hace mucho tiempo que reside en el cortijo?

—Hará tres años...

—Y... diga Vd..., hablando aquí entre nosotros, como buenos amigos: ¿tiene... amores?

—Lo que es por aquí, no los tiene... ¡Yo soy justo!— Pero los ha tenido á docenas en Madrid y en París, desde que se divorció hasta que se arruinó, ó sea durante la mitad de su vida.—A la edad de diez y seis años se casó con un francés, que dicen la trató muy mal y tuvo la culpa del divorcio... Tres años despues del casamiento, y cuando llevaban uno de separacion, el marido, que era General de caballería, murió en la guerra de Argel...—Por entónces falleció tambien el padre de doña Julia, que es como se llama la *Marquesa*, dejándole la mitad de las tierras de este pueblo y otras muchas fincas... no sé dónde..., creo que en Aragon: total veinte millones de reales.—Aquí empieza una serie de viajes y aventuras que ni el diablo conoce...—En la capital de la provincia, que es donde yo he oido referir estas historias, cuentan que doña Julia tuvo relaciones con cierto inglés, capitan de fragata, á quien siguió á la India, donde el pobre hombre murió en un desafío, por celos infundados: que luégo se enamoró en Turquía de un príncipe moro, ó griego, del cual se desprendió en Lóndres para irse á Rusia detrás de un cantante italiano muy famoso: que en Madrid tuvo algo que ver con el célebre torero T..., y con un ministro muy jóven que se volvió loco por ella: que, rumbosa y altiva como los hombres, nunca admitió de ellos regalo alguno, sino que iba por todas partes tirando á puñados el oro, en festines, apuestas, raras compras y extravagantes donativos; y, en fin, ¡qué sé yo!... ¡hasta se dice que en Roma tuvo la culpa de que un gran predicador capuchino, muy guapo, se hiciera protestante, y que, por resultas de aquel escándalo, la echaron de allí, y se fué con un poeta aleman á Viena, donde acabó de arruinarla un republicano húngaro muy jugador, á quien ahorcaron luégo...

—¡Basta! ¡Basta, señor Secretario! (interrumpió Enrique:) ¡Con la mitad de lo dicho sobra para que formemos juicio, no solamente de esa persona, sino también de la imaginación andaluza y de su vida de Vd.!—¡Quien de ese modo se explica no debe de haber sido siempre Fiel de fechos de un lugarejo!...

—Tiene Vd. mucha razón... Yo nací para algo, y ya había sido paje de un obispo, cabo cartero de un batallón y cómico de la legua, cuando tuve que meterme á desempeñar secretarías de Ayuntamiento...—¡Amigo! me casé con una bolera, que se quedó coja, ¡y me hundí!—A ver si Vds. triunfan en estas elecciones, y me emplean en una fábrica de tabacos, que es hoy toda mi ambición en el mundo...

—Cuenta Vd. con ello... (dijo Miguel.) Y, por lo que respecta á la Marquesa, mañana nos acompañará Vd. á su palacio campestre; supuesto que, según vemos, es ya una mujer arrepentida y tratable...

—¡Muy tratable y muy arrepentida! (respondió el Secretario.) ¡Dijérase que toda la vida ha sido una santa!—Desde que llegó aquí hace tres años, sin dinero y enferma, no ha hecho más que obras de caridad y cuidar sus gallinas.—El campo le ha devuelto la salud; y, si bien no está nunca alegre, cualquiera diría que es dichosa.—Las personas, muy contadas, que conocemos aquí su vida y milagros, nos guardamos de referirlos, primero, por lástima, y segundo, porque estos inocentes labriegos no nos creerían y hasta serían capaces de arrancarnos la lengua, llamándonos ingratos y calumniadores...—¡Tiene tal don de gentes la *Marquesa*! ¡es tan guapa! ¡infunde tanto respeto!...—Yo mismo, cuando le hablo, que suele ser los días que viene á caballo á misa, creo que estoy delante de una reina...—¡Demonio! ¡Si la hubiera conocido en mis buenos tiempos, cuando era yo segundo galán en Vélez-Málaga y hacia el papel de D. Luis Megía en *D. Juan Tenorio*!...

—Está muy bien...—Quedamos conformes...—Hasta mañana, que iremos á visitar á la *Marquesa*...—repite-ron los tres candidatos, poniendo coto al entusiasmo de aquella mala persona.

Y, luégo que el Secretario los dejó solos, que fué cuando se retiraron á la habitacion en que la Alcaldesa les habia puesto tres t́umulos por camas, exclamó el impresio-nable Guillermo:

—Amigos míos: ¿quereis creerme?—¡Más ganas tengo ya de conocer á esa *Tenoria* que de ser Diputado!—¡Por mucho que haya que rebajar en lo que nos ha dicho el antiguo cómico de la legua, todavía es indudable que ma-ñana vamos á hablar con una mujer digna de estudio, de compasion y quién sabe si de alguna cosa más!...

—¡Hombre! (profirió Enrique.) ¡Te colocas á la altura del impertérrito Secretario!—Lo digo porque, en puridad de verdad, la *Marquesa* que nos ha descrito no pasa de ser una aventurera...

—¡Sí! ¡Pero es una aventurera del corte de Semíramis, de María Stuardo y de Catalina de Rusia, que ha gastado sus millones en divertirse, sin costarle ni un maravedí á ningun amante! (replicó Guillermo con su vehemencia acostumbrada.)—¡Prefiero esa figura moral á la de la *Dama de las Camelias* y demás *entretenidas* glorificadas por el arte moderno!

—Mañana juzgaremos por nosotros mismos... (dijo Miguel, apagando la luz.)—Entretanto, caballeros, muy buenas noches.

III.

Serian las diez de la mañana siguiente, mañana delicio-sísima de un seco y templado otoño andaluz, muy más bello y florido que todas las primaveras del mundo, cuan-

do los tres candidatos, despues de almorzar cosas muy sólidas, remojadas con los correspondientes líquidos, salieron de aquel pueblo en direccion al *Cortijo del Abencerraje*, ó sea al *Palacio de la Marquesa*, acompañados del pícaro Secretario que conocemos y de una comision de electores de la villa en que pensaban hacer noche, y seguidos de muchos criados de caballería é infantería.

Estos últimos iban disparando tiros y cohetes, como para notificar á todas las aldeas, cortijadas y chozas de pastores de las cercanías, que por allí pasaban los futuros vencedores en la contienda electoral y posibles redentores de aquella provincia tan bella y perezosa; y, en tal disposicion, entre vivas, cantos y polvareda, penetró la alegre cabalgata en un diminuto y verde vallejuelo, desconocido por los geógrafos, donde parecia que la paz habia fijado su domicilio. ¡Nada más risueño que la vista del caseron ó palacio de dorada piedra, rodeado de viviendas rústicas y de pomposos árboles y parras! ¡nada más gracioso que el endeble rio que cruzaba el valle en toda su longitud, entre elegantes alamedas y apretados cañaverales! ¡nada más pintoresco y rico de promesas que aquellas hazas de maíz de color de esmeralda, contrastando con las pardas tierras ya barbechadas para la sementera próxima y con los ágrios riscos que circuian tan reducido y variado paisaje!

—¡Cuánto más bonito es esto que la Puerta del Sol y que el Salon de Conferencias del Congreso! (exclamó el ingeniero poeta, dirigiéndose á uno de sus camaradas.)—¡Vive Dios que ya no le tengo lástima á la marquesa Julia! ¡Se diria que vamos viajando por un cuadro de Haes!

—¡Allí viene á darnos el *quién vive* el tío Antonio, el capataz de su excelencia! (profirió la irónica voz del Secretario, como para distraer á Guillermo de aquellas ideas bucólicas, tan contrarias á su propia ambicion de comerse el tabaco oficial.) —¡Trátenlo Vds. con mucho mimo,

pues á él será á quien encargue la Marquesa de hablar á todos los electores de la jurisdiccion!

El tio Antonio, antiguo capataz de aquella noble familia, cuando *la casa era casa* (textual), y que entónces se veia reducido á labrar algunas fanegas de tierra; el tio Antonio, que no tardó en decir que él habia visto nacer á doña Julia, "la mujer más buena que Dios habia criado," y que la "consideraba tan millonaria y tan marquesa como á sus señores padres, cuyos estados no tuvieron límites conocidos," acercóse, sombrero en mano, á los tres madrileños, y, enterado de lo que pretendian, púsose al frente de aquel alborotado y ruidoso escuadron y los condujo á la que llamó *casa grande*, haciendo de camino el citado panegírico de su ama.

Carneros, bueyes, palomas, gansos, cerdos, y, por último, gallinas y pollos, fueron encontrando nuestros viajeros, segun que se acercaban al caserío del cortijo... Caca-reaban las gallinas á aquella hora, que es la clásica de *poner*, y piaban gorriones y alondras, robándoles la comida sin escrúpulo alguno.—Toda aquella riqueza, y la hortaliza nacida ó sembrada, y el trigo que pudiese haber en el granero, representarian cuatro cuartos, ó sea de diez á doce mil reales de renta, como habia dicho el Secretario la tarde anterior; pero eran bastantes á despertar la envidia de Guillermo, por lo mismo que no se sentia con fuerzas para renunciar á las nuevas glorias mundanales con que soñaba y que le hacian ir de aldea en aldea buscando el camino de la tribuna política, del ministerio de Fomento, de la presidencia del Consejo de Ministros... y hasta de la primera magistratura del Estado; pues la ambicion no se para en barras, y nuestro jóven no le hacia ascos á la idea de una República... compuesta de hombres como él...

Llegaron al fin los tres amigos al nobiliario caseron. Sus acompañantes se quedaron en la anchurosa vivienda del tio Antonio, situada en el piso bajo, y éste comenzó á su-

bir, rogándoles que le siguiesen, la destrozada escalera de granito que conducía al principal.

Melancólico por todo extremo era el antiguo palacio. Donde quiera que se posaban los ojos, no se veía más que ruinas del pasado esplendor, en muebles rotos é inservibles, en artesonados incompletos, en enormes puertas, faltas de muchos cuarterones, y en las partidas losas del pavimento, que se estremecían y quejaban al ser pisadas por los *vivos*, perturbadores y profanadores de tanta muerte...

Después de recorrer dos galerías que en otro tiempo tuvieron cristales, el capataz indicó á los viajeros que aguardasen en una antesala muy espaciosa, adornada con un gran escudo heráldico de negruzca piedra, pero donde no había ni tan siquiera sillas en que sentarse; y él pasó á anunciar, ó más bien á explicar, á su ama aquella ruidosa y estupenda visita.—El Secretario, que había subido detrás de los elegantes y apuestos jóvenes, á fin de *presentarlos*, estaba lleno de veneración y asombro... Conociábase que nunca había entrado allí, ni visto casas nuevas ni viejas por aquel estilo.

Volvió á comparecer el tío Antonio, y dijo á los forasteros que pasaran al *salon*, á donde muy luégo llegaría la señora.

El salon era vastísimo y tenía algunos muebles. En mitad del testero principal, sumamente largo y desmantelado, había un vetusto sofá de roble con hermosas tallas, forrado hacia poco tiempo con humilde tela, y ocho sillones de espetado y angosto espaldar, formando todo ello un estrado ó aprisco, tapizado de vieja y rica alfombra. Encima del sofá veíase un gran marco sin lienzo, de donde sin duda habían arrancado algún retrato, y sobre la monumental chimenea campeaban un reloj parado, cuatro flores y dos colosales candelabros, de hierro y bronce las siete piezas y muy roídas por el óxido.—El resto de la estancia estaba desmueblado y sin alfombra ni estera,

como espacio sobrante para las ceremonias de una casa que habia venido tan á ménos.

Nuestros amigos, y muy singularmente el soñador discípulo de Urania, comenzaron á participar allí de la reverencia del Secretario á la noble y decaída vivienda rural de los extinguidos marqueses de..., y ya se habian mirado más de una vez, con aire de conmiseracion á tantos estragos de la mudable fortuna, cuando se abrió la puerta que comunicaba con los aposentos interiores, y apareció la *Pródiga*.

IV.

Absortos y como vencidos por su interesante y soberana figura quedaron los tres madrileños. Ni la sencillez con que estaba vestida y peinada, ni la exquisita naturalidad con que los saludó y les invitó á sentarse en los sillones, al propio tiempo que ella ocupaba el centro del sofá, ni el tono llano y gracioso con que les pidió perdon de haberles hecho aguardar unos minutos, "á consecuencia (fueron sus palabras) de acabar de hundirse tres peldaños de la escalera de la Torre, donde se hallaba echando de comer á sus tórtolas cuando los vió asomar por lo hondo del valle, y de donde habian tenido que bajarla á puñados;" ni, en fin, la ingenuidad y lisura con que desde luégo les dijo: —"*Supongo que Vds. andan de elecciones...*" fueron parte á que dejaran de ver inmediatamente en la noble dueña del cortijo á la antigua dama elegante, á la mujer del gran mundo acostumbrada á dominar, á la diosa que habia esclavizado tantos y tantos corazones...

Figuraos á la Venus de Milo, no de piedra, sino de carne, y llegada á los treinta y siete años de edad: figuraos una mezcla de Margarita Valois, relegada por su abochornado marido al castillo de Usson, y de María Anto-

nieta, presa en la Consejería; figuraos todos los encantos y grandezas femeniles anulados por la desgracia; una belleza inútil y como póstuma, que parecía artística urna de un espíritu muerto; una cesárea majestad sin súbditos, una suprema distincion sin galas, una munificencia olímpica sin dinero, y todavía no habreis formado idea de la hermosura, de la elegancia y del poderío señorial que habian sobrevivido á los millones y á los entusiasmos de aquella mujer. Naciera ménos orgullosa ó digna, y aún reinara en el mundo con la sola eficacia de sus hechizos. Quizás era entónces más bella y seductora que nunca: sus grandes ojos negros y su incitante boca debian á las pasadas contiendas de amor no sé qué expresion de infinito deleite que ni el mismo arrepentimiento lograria borrar. Dijérase que el dios niño, tantas veces alojado en aquellas pupilas y en aquellos labios, habia dejado en ellos un reflejo inmortal de sus miradas y de sus sonrisas. Las mismas languideces de otoño que se revelaban con suave livor en sus voluptuosas ojeras y con vaga melancolía en los donaires de su gesticulacion, cuya provocativa gracia no habian podido extinguir los sinsabores, aumentaban la tentadora seduccion de aquella Eva sin Paraiso ni familia, de aquella Magdalena sin remordimientos, cuya jubilacion y penitencia no habian sido voluntarias.—Pero estaba visto que, en ella, el orgullo de raza suplía por la virtud, y que, imposibilitada de pecar como sus iguales, no queria prostituirse como sus inferiores. Por eso hemos indicado que su hermosura le habia sobrevivido...

Vestia la que para ser *marquesa* sólo necesitaba pagar al Estado los derechos de su carta de sucesion, una sencilla bata de franela azul turquí muy parecida á un hábito religioso.—Llevaba cuello y puños lisos, más blancos que la nieve, y que de seguro se habia puesto despues de echar de comer á las tórtolas y de ser *bajada á puñados* de la torre.—¡Envidiables puñados, y felices los labriegos que intervinieran en la operacion! Decímoslo sin malicia sen-

sual y por puro amor á la estatuaria; pues es lo cierto que nunca habrá cincelado el Creador mujer de tan acabadas y ricas proporciones como las que dejaba adivinar la bata de franela.—Era, no lo olvideis, la Venus de Milo, de carne y hueso, y por nada entra en el presente homenaje el que tuviese además una historia de facilidades más que mitológicas, capaz de encender la cabeza de un santo, bien que no la de un artista como nosotros...

Sin embargo..., Guillermo era también artista, y miraba con muy pecaminosa delectación de simple mortal á la jubilada heroína del amor, al mismo tiempo que deploraba el que semejante prodigio de belleza hubiese de envejecer en aquel desierto, lejos del culto de los hombres y de la envidia de las mujeres.—No debió de oscurecersele á tan experimentada deidad la admiración que causaba al gallardo ingeniero; pero supo hacerse la desentendida, fingiendo oír con gran interés las majaderías que había ya comenzado á ensartar el Secretario; y, cuando éste hubo concluido su discurso, en que elogió grandemente á los tres aspirantes á la diputación, la *Marquesa* se echó á reír y dijo:

—Pues señor: no me creía yo tan influyente en el pueblo vecino; pero, cuando el Secretario lo dice, será verdad. ¡Así acontece siempre en el mundo! Si me hubiera propuesto tener esa influencia, no la tendría: no he aspirado á ella, y se me mete en las manos.—Lo celebro en el alma, ya que se han molestado Vds. en venir á verme; y, partiendo del principio de que sea cierto y efectivo mi poder, tengo el gusto de decirles desde ahora "que están servidos."—Secretario: mi capataz, el tío Antonio, se pondrá á las órdenes de Vd., y yo misma iré al pueblo pocos días antes de las elecciones y diré lo conveniente á cuantos se me acerquen como de costumbre á la salida de misa.—Conque hablemos de otra cosa, señores...—Supongo que me otorgarán Vds. el favor de quedarse á comer conmigo...

—¡Imposible, señora! (se apresuró á responder Enrique, de miedo á que Guillermo aceptara.) — Hemos almorzado hace cuarenta minutos, y tenemos que llegar cuanto antes á la inmediata villa, donde nos aguarda mucha gente...

—Como Vds. quieran... (replicó naturalísimamente la exmillonaria.) Sólo les aconsejo que no rehúsen mi convite por miedo de ponerme en un compromiso; pues desde luégo me curo en salud, diciéndoles que no habria vasos de cristal para todos, ni cubiertos de plata para remudar muchas veces... Pero yo gusto de beber en jarra de búcaro de esta provincia, y lo que es jamon, gallinas, pollos y pichones hay de sobra por la presente; y, si no, el tío Antonio me prestará de los suyos; pues es mucho más rico que yo... en matanza y en aves, por la fuerza de voluntad que tiene de no probarlas nunca...—¡Siempre estoy entrapada con él en veinte ó treinta gallinas, no obstante la prisa que me doy á criarlas!—Conque ¿se resignan Vds. á hacer penitencia con esta humilde labradora?

—La persona de Vd., Marquesa (interrumpió Miguel, movido del mismo temor que Enrique), bastaria para que su comida campestre nos pareciera un festin de Lúculo...

—Pero tenemos que marcharnos...

—Es decir...—murmuró Guillermo.

—¡Tenemos que marcharnos!...—repitieron los otros dos viajeros, poniéndose de pie simultáneamente.

—Cedo ante la mayoría... (repuso el ingeniero, levantándose tambien, aunque de muy mala gana.)—Conste, señora Marquesa, y dignese Vd. recordarlo siquiera media hora, que yo habria renunciado con gusto á vencer en las elecciones, con tal de sentarme á su mesa y ver á usted beber agua en la jarra de búcaro...—Pero estos políticos ambiciosos son implacables.

La *Marquesa* sonrió levemente, y no contestó ni una palabra. Púsose de pie como todos; dióles la mano con la mayor cordialidad, deseándoles buena suerte en las elec-

ciones y que los tres llegasen á ser ministros, y, en seguida, los despidió con una profunda y graciosa reverencia, único rasgo ceremonioso de gran señora que tuvo en toda aquella entrevista.

Los tres candidatos se retiraron andando hácia atrás, cual si se apartasen de una persona augusta, deshaciéndose al mismo tiempo en acciones de gracias por tantas bondades y atenciones.

V.

Pocos momentos despues montaban á caballo en el patio de la casa, no sin haberse enterado antes de que el tío Antonio habia obsequiado grandemente á toda la comitiva, incluso las bestias, por órden y cuenta de su señora.

Cuando ya iban á echar á andar, repararon los tres jóvenes en que un arrogante y gallardo campesino de diez y ocho ó veinte años de edad, muy bien vestido al uso de su clase, montaba en un hermoso mulo y los saludaba cortesmente, quitándose el sombrero, como pidiéndoles permiso para acompañarlos.

—Es mi José... (se atrevió á decir entónces el tío Antonio, presentándoselo á nuestros amigos.) Ya que por mis años y mis ocupaciones no voy yo con Vds., me permitirán que vaya mi hijo mayor...

—Es José...—murmuró graciosamente Enrique al oído de Miguel, metiendo espuelas.

—Es José...; el de la Biblia; el de la capa...—Dijo luego Miguel al oído de Guillermo, saliendo tambien al trote.

—¡Estais muy equivocados! (exclamó éste con mal humor, alcanzándolos fuera ya del cortijo.) ¡Os digo que no conoceis el mundo, ni el corazon de las mujeres, que es otro mundo aparte!—¡Ni José es José, ni yo renuncio á

volver á ver á la Marquesa antes de que dejemos este país! —Vosotros no os habeis parado á considerar la horrible tragedia que palpita en el corazon de esa estátua... Hoy tiene treinta y siete años de edad y una historia de goces y sufrimientos sin límites, y todavía pueden quedarle otros treinta y siete años de vida sin historia, de tedio, de fastidio, de un martirio lento y monótono, como los que discurrió Dante ó soñó la Fábula...—En fin: yo voy á hablar con José desde aquí hasta la villa; y, si las cosas que me cuente no contradicen la idea que tengo formada de esa mujer, no extrañeis que os abandone esta noche ó mañana por algunas horas, para ir á hacerle otra visita con cualquier pretexto.

—¡Mayor de veinticinco años eres! (exclamó con mucha seriedad Enrique.)—Procura no dar un escándalo que nos perjudique á todos; y, en lo demás, ¡celebraré que te diviertas!

A todo esto, la comitiva salia ya del vallecillo, sin que Guillermo hubiese visto asomada á Julia á las ventanas del caseron ninguna de las veces que miró hácia allí con tal esperanza...

Entónces se acercó á José y le habló en estos ó parecidos términos:

P. A. DE ALARCON.

(Continuará.)

NUMANCIA.

Son tantos los errores que sobre la caída de esta ciudad se ha padecido, y tan oscuras las consecuencias de tan deplorable suceso, que he creído útil para la historia pátria buscar la verdad en los antiguos textos. Doy aquí el resultado de mis estudios, circunscritos, por decirlo así, al último acto de la tragedia.

Trasladémonos al año 134 antes de Jesucristo. Estaba Roma avergonzada de la guerra de Numancia, irritada por los descalabros en ella sufridos y la inactividad ó la impericia de sus cónsules, medrosa por los peligros que consigo traía la prolongación de la lucha por gentes que calificaba de bárbaras. Como en todas sus crisis, volvió los ojos á la familia de los Escipiones. Fijólos en aquel mismo Publio Cornelio que el año 151 había venido á España de simple tribuno para vencer á los celtiberos, y cuatro años después, el 147, había destruido á Cartago. Prescindió de la ley para nombrarle segunda vez cónsul, y le dió el mando de nuestra península.

Publio Cornelio Escipion se dispuso desde luego para venir á Numancia. No hizo levas en Roma: estaba ya la ciudad agotada por otras guerras. Llamó á 500 clientes y amigos, y con la venia del Senado pidió privadamente á otras ciudades y otros reyes algunos voluntarios. Llegó á reunir entre todos unos 4.000 hombres. Confió á su sobrino Buteon el cargo de trasportarlos y conducirlos, y él con unos pocos hombres se vino á España. Entendía que aquí no faltaban soldados, sino valor y disciplina; y vinieron á probar los hechos que no se engañaba.

Luégo que hubo llegado, arrojó Publio Cornelio Escipion del campamento á los mercaderes, á las prostitutas y hasta á los augures y los sacrificadores, á quienes se habían aficionado en demasía los soldados, afligidos por tantos desastres. Eran nada ménos que

dos mil las prostitutas. No permitió que en adelante volviese una sola á los reales, ni se entrase en ellos víctimas para vaticinios. Prohibió el uso de todos los objetos de placer y de lujo. No consintió que nadie durmiese en cama: acostábase, para ejemplo de los demás, en la dura tierra. No toleró tampoco que nadie montase en mulos; mandó vender al pormenor todos los carros y bestias de carga que no fuesen absolutamente precisos. Ni quiso que nadie empleara criados para bañarse ni ungiarse: reíase de los que aún para rascarse necesitaban de ajena mano. Concedió á cada soldado un asador, una olla de bronce, una copa; ningun otro instrumento de cocina. Para comer prescribió las carnes, y éstas cocidas ó asadas.

Obligaba, por otra parte, al soldado á rudos y diarios trabajos. Le hacía llevar hasta siete gruesas estacas y víveres para treinta dias. Como viese á uno que lo soportase con disgusto, «Cuando sepas, le dijo, hacer de tu espada una muralla, no llevarás reparos.» Si observaba que alguien manejaba con facilidad un escudo pequeño, le daba otro grande. No se quejaba, sin embargo, de que un soldado se sirviese mejor del escudo que del acero. Al que sorprendía fuera de filas le mandaba azotar, si romano, con el sarmiento; si extranjero, con el palo.

Gracias á estas medidas, hizo pronto de turbas afeminadas un ejército de varones; de legiones sin disciplina, tropas sumisas. Y para que más le reverenciaran y temieran, mostróse difícilísimo en conceder favores, sobre todo en lo injusto. Decía con frecuencia que los generales severos y atenedos á las leyes eran útiles á los amigos; los fáciles y los generosos, á los enemigos. Con éstos, añadía, andan los soldados alegres, pero desobedientes; con aquéllos, si tristes, á todo dispuestos.

Aun despues de haber levantado así la moral y el espíritu de sus tropas, no quiso Publio Cornelio Escipion entrar en formal contienda con los españoles sin tenerlas ejercitadas en muchos y grandes trabajos. Hacia hoy construir nuevos reales, y mañana los demolia; abría hoy un foso, y mañana lo cegaba; edificaba hoy altos muros, y al otro dia los derribaba hasta los cimientos. Del amanecer al anochecer inspeccionaba por sí mismo las obras. Para evitar luégo que ningun soldado en marcha se separase de su cuerpo, caminaban siempre formadas las legiones en cuadro, sin permitir que nadie se moviese del puesto que le hubiese designado. Iba sin cesar del uno al otro extremo del ejército, parándose principalmente en las pos-

treras filas, para mandar á los sanos que se apeasen y montasen en sus caballos á los enfermos, y repartir entre los infantes lo que llevasen de más las bestias de carga. Ni era ménos cuidadoso, ni ménos rígido en los tiempos de descanso. Tenia de antemano prescrita la tarea de cada parte de su ejército, y hasta definido el tiempo en que debian llevarla á cabo. Verdad es que, segun Polibio, esto habia entrado desde mucho tiempo en la organizacion militar de los romanos, y se practicaba del mismo modo en todas las guerras y bajo todos los buenos generales de la República.

Morigeradas y ejercitadas sus tropas, movió Publio Escipion el campo hácia la ciudad de Numancia. No queria en manera alguna dividirlas: así, dejó de seguir la costumbre de levantar castillos cerca de los muros. Considerando el desprecio en que habian caido los romanos á los ojos de sus enemigos, deseaba evitar á toda costa un descalabro al principio del cerco, y ni acometer á los numantinos se proponia por de pronto. Explorar las condiciones de la guerra que tenia á su cargo, y sobre todo la intencion de sus contrarios, era su primer pensamiento. Recorria en tanto los campos de los alrededores, se proveia de forraje y segaba, aunque no estuvieran en sazón, las mieses. Como no le bastasen estos víveres, debió ir á buscarlos al otro lado de Numancia. De dos caminos que allí conducian, escogió el más largo, diciendo á los que le aconsejaban lo contrario: «No temo la ida, sino la vuelta. Los numantinos saldrán de la ciudad desembarazados y tendrán la retirada fácil; los nuestros vendrán con bagajes. Grave y desigual seria la lucha; de gran peligro para nosotros si vencidos, de escasa gloria y utilidad si vencedores. Seria verdadera locura correr por pequeñas ventajas grandes riesgos. No es de generales cautos exponerse sin necesidad al azar de una batalla; es de generales esforzados, cuando es propicia la ocasion, arrostrar el peligro. Sólo despues de haber agotado los medicamentos, recurre el médico al hierro y al fuego.»

Mandó á sus guías que llevasen el ejército por el camino más largo; y, comprendiendo la importancia de la excursion, quiso intervenirla. Llevó luégo las armas contra los vacceos, á quienes los numantinos compraban vituallas. Lo devastó allí todo: hacinó y quemó todo lo que no necesitaba para alimento de sus soldados.

Al atravesar ciertos campos de Palencia, por nombre Complanio, fué Publio Cornelio Escipion objeto de una de esas emboscadas de que tantos otros generales habian sido víctimas. Los palentinos, despues de haber ocultado detrás de los montes gran parte de sus

fuerzas, acometieron en escaso número á los forrajeadores romanos. Destacó Escipion contra ellos cuatro escuadrones al mando de Rutilio Rufo, que escribió más tarde la historia de esta guerra, y Rufo le comprometió con ir más allá de lo que le mandara. Los palentinos volvieron el pie atrás, como de costumbre; Rufo los siguió hasta por el mismo collado en que buscaron refugio; las tropas emboscadas salieron y cayeron sobre los caballos. Tuvo Rutilio el buen pensamiento de mandar á los suyos que parasen y aguardasen al enemigo enristradas las lanzas; pero ni aún así habria salido del atolladero. Corrió al punto en su auxilio Publio Cornelio; y, dividiendo en dos brigadas la caballería, les ordenó que atacaran alternadamente al enemigo, retirándose cada vez más acá luégo de disparadas sus flechas. De este modo sacó incólumes al llano sus cuatro escuadrones.

Supo despues Escipion que le tenian armadas asechanzas junto á un rio cenagoso y de difícil vado. Torció por otro camino, aunque tambien más largo, y volvió á sus reales de Numancia sin haber perdido, y aún éstas de sed, más que algunas caballerías. Acontecia esto en el rigor del verano, y para atenuar la molestia de sus soldados, hacia las marchas de noche y aprovechaba los pozos del camino, algunos de aguas amargas. Hubo de pasar por las tierras de los caucos, peligrosos por lo infamemente que los habia tratado Lúculo; pero los desarmó diciéndoles que nada tenian que temer de las armas romanas y podian dedicarse tranquilamente al cultivo de los campos.

Invernó Escipion enfrente de Numancia. Allí recibió á Yugurta, nieto de Masinisa, que vino de Africa con doce elefantes y el correspondiente número de honderos y flecheros.

No dejaba Escipion de talar y saquear los campos á la redonda, ni los numantinos de acometerle y tenderle celadas. Habia una aldea casi de todas partes ceñida por un pantano, cerca del cual se hacia uno como barranco. Metieron en él los españoles sus tropas y abandonaron á los romanos la aldea. Andaban éstos divididos; unos, dejando fuera las enseñas, habian entrado en el lugar y lo robaban; otros, los ménos, cabalgaban á lo lejos. Salieron contra los caballos del barranco y los pusieron en grande apuro. Escipion, que por fortuna habia quedado fuera del pueblo, junto á las águilas, lo observó y mandó al punto llamar á toque de corneta á los soldados de la aldea. No tenia aún reunidos mil, cuando voló en socorro de la caballería; y ya que tuvo á su lado todos los infantes, hizo vol-

ver la espalda al enemigo. No le siguió, sin embargo, el alcance: tan estudiadas tenía las condiciones de esta guerra. Donde otros habían fracasado por el valor, quería él vencer por la prudencia.

Poco despues levantó Escipion cerca de Numancia dos campos, al frente de los cuales estaban él y su hermano Máximo. Salían frecuentemente los sitiados y se disponían en órden de batalla, provocándole á combate; pero se mantenía impasible, creyendo más ventajoso reducir á gente hambrienta y enervada que pelear con hombres á quienes la desesperacion embravecía. Puso luégo junto á la ciudad siete castillos, y pidió socorros á los pueblos aliados, prescribiendo á cada uno cuántos y de qué arma debiesen ser los soldados que le enviasen. Ya que hubo dividido estas tropas auxiliares junto con las suyas en diferentes brigadas, les mandó que rodeasen la ciudad, cuya circunferencia no excedía de tres mil pasos, de un foso y una trinchera de doble circuito. Al efecto, no podían ménos de estar las brigadas las unas á distancia de las otras: para evitar todo peligro, hubo de mandarles que al menor movimiento enemigo, si de dia, izasen en la punta de una lanza un paño encarnado; si de noche, encendiesen una hoguera, para que él y su hermano pudiesen acudir con rapidez á donde conviniese. Hecho esto y adquirida la seguridad de rechazar cualquier ataque de los cercados, hizo abrir más cerca ya de la ciudad otro foso, y al borde alzar un muro de ocho pies de profundidad por diez de altura, sin contar las almenas. No pudo continuar el muro, defendido de ciento veinte en ciento veinte pies por una torre, alrededor de la próxima laguna; pero lo suplió por una trinchera de iguales dimensiones.

Otros obstáculos tenía aún que vencer Publio Cornelio. Servía el Duero á los cercados para el trasporte de hombres y de víveres. En ligeros esquifes, ora á vela, ora á remo, segun soplase el viento ó hubiese que navegar aguas abajo, se lograba, no pocas veces, burlar el sitio. Era allí demasiado ancho el rio y demasiado impetuosa la corriente para que pudiera pensarse en construir puentes de ningun género. Ideó Escipion levantar en las opuestas márgenes, el uno enfrente del otro, dos castillos, desde los cuales dejó caer en el Duero vigas á ellos amarradas con cuerdas, que lo cruzasen por todo lo ancho. Estaban armadas las vigas de grandes estacas y puntas, y con el movimiento que les imprimía la fuerza del agua, no era posible que pasase nadie ni áun buceando, cuanto ménos en almadías ni en barcas. Aisló así Escipion á los numantinos,

de modo que los dejó privados tanto de vituallas cuanto de noticias.

Escipion puso finalmente en las torres catapultas, ballestas y otras máquinas de guerra; abasteció los fuertes de piedras, flechas y demás armas arrojadizas; guarneció de honderos y flecheros los castillos y tendió á la larga de las trincheras una línea de hombres que habian de trasmitirle, de boca en boca, cuanto ocurriera en torno de Numancia. Ordenó además que en cualquiera de las torres que el enemigo atacara se izase una bandera y se hiciese otro tanto en las otras, luégo que se la viese desplegada al viento. Por esta señal se proponia saber el menor conato de ataque; por los soldados de que se acaba de hablar, los pormenores. Manera ingeniosa de suplir el telégrafo de nuestros tiempos.

Dispuestas así las cosas, faltaba sólo distribuir el ejército. Contaba entre españoles y romanos con 60.000 hombres. Puso hasta 30.000 para la custodia de las murallas y para acudir donde quiera que fuese necesario; 20.000 para pelear desde las murallas mismas; 10.000, el resto, como cuerpo de reserva. De éstos, tenia cada cual designado su puesto, y nadie, sin órden del general, podia cambiarlo: no habia así un punto en peligro que no recibiese al instante socorro. Tal y tan previsor y minucioso era el mando de Publio Cornelio, y tales precauciones exigia la ciudad de Numancia.

Los numantinos, á pesar de sus escasas fuerzas, no dejaban de atacar, hoy por una, mañana por otra parte, á los romanos, mostrando siempre mucho arrojo y vendiendo caras sus vidas; pero no bien salian de la ciudad, cuando con rapidez pasmosa se izaban en el campo enemigo las convenidas banderas, corria la noticia hasta los reales de Cornelio, sonaba en todas las torres la corneta, coronábanse de soldados las murallas y presentaba todo el más formidabile aspecto. Rechazados siempre, y por lo tanto privados de víveres, de armas, de auxilios, Escipion creia fundadamente que no habian de tardar en rendirse. Ni de dia ni de noche cesaba, con todo, de recorrer la línea del sitio, á fin de que no quedara puesto vulnerable para sus enemigos.

No faltó, á pesar de tantas precauciones, quien le burlara. Retógenes, el más esforzado de los numantinos, conocido por el apodo de Caraunio, con cinco amigos de su valor y su confianza, otros tantos criados é igual número de caballos, en noche por demás oscura, callada y secretamente se acercó á uno de los fuertes de

los romanos y lo escaló por un plano inclinado que consigo llevaba. Muertos los centinelas, despidió á los criados y montando con sus amigos en los caballos, corrió á las ciudades de los arevacos en demanda de socorro. ¡Qué desencanto el suyo! Los arevacos formaban parte de la Celtiberia. Muchos, no obstante, le mandaron salir al punto de sus fronteras, de miedo á los invasores. Sólo en Lucia, ciudad que distaba de Numancia trescientos estadios (sobre diez leguas), empujaron los jóvenes para que se accediera á la pretension de Retógenes. Súpolo Escipion ¡oh desgracia! por los ancianos del mismo pueblo; y sin perder momento, tomando consigo tropas ligeras, voló y cercó á Lucia, exigiéndole desde luego la entrega de los jefes y caudillos de aquella juventud, que aún sentia latir el corazon por la independendencia de su patria. Se contestó á Escipion que se habian escapado; mas él, resuelto á sofocar desde un principio tan nobles y peligrosos ímpetus, amenazó porregonero con entrar la ciudad á saco si no se los entregaban, y recibió hasta cuatrocientos, á quienes hizo al punto cortar las manos.

Al tercer dia de la expedicion, estaba ya de vuelta en sus reales Publio Cornelio. Impuso á los pueblos circunvecinos, tanto por esa celeridad de accion, como por este acto de barbarie, y quitó á Numancia toda esperanza de socorro. Atormentada luego la ciudad por el hambre, envió al sitiador á cinco de sus hijos para que le preguntaran si, de rendirse, podian esperar clemencia. Avaro, llevando la voz de la comision, hubo de encarecer al general el valor de los numantinos; manifestar que no podia considerarse delincuentes á los que tantas fatigas habian arrostrado por sus hijos, sus mujeres y la libertad de su patria; ponderar cuán razonable era ser deferente con los esforzados é imponerles sólo condiciones llevaderas para gentes abatidas por la adversa suerte; poner, por fin, el término de las cosas entre una capitulacion equitativa ó la total ruina de Numancia. Escipion, como si nada hubiese oido, se limitó á decirles que convenia que ellos y la ciudad se entregasen con las armas.

Sabedores los numantinos de tan desabrida respuesta, se encendieron en ira y la explayaron en sus mismos legados. Los mataron á todos, acusándoles tal vez de haberse preocupado en sus negociaciones con Escipion tanto ó más de su propia salud que de la de Numancia; que no suelen en tan supremas crisis razonar las muchedumbres, y sí entregarse con sobrada ligereza al recelo y la sospecha. ¿Qué se adelantaba con esto?

El hambre arreciaba por dias entre los sitiados. Faltos ya éstos

de carnes, de frutas, de hierbas, se alimentaban de pieles cocidas. Como aún de éstas careciesen, empezaron á nutrirse de carne humana. Limitáronse en un principio á comer la de los muertos; mataban despues para saciar su apetito: devoraban los fuertes á los débiles. Embravecíanse con esta comida, y no parecian sino fieras. Lo parecian aún más por su aspecto: les habian ya desfigurado el cuerpo el hambre, la miseria, la peste.

En tan desesperada situacion no cabia prolongar la resistencia. Cuenta Floro que entónces, entrando los numantinos en verdadero paroxismo de furor y rabia, se mataron, quién con hierro, quién con veneno, quién arrojándose á las llamas en que hicieron arder su misma patria. «Ni uno solo, dice, gimió en las cadenas de la servidumbre. El botin fué nulo; el triunfo sólo de nombre.»

Hay de seguro exageracion en estas palabras. Livio, que escribia cerca de dos siglos antes, que no era como Floro natural de España, que no compendiaba, sino que referia á lo largo los sucesos, no á los numantinos, sino á Escipion atribuye la desaparicion de Numancia. Confirma que los sitiados se dieron todos la muerte, pero asegurando que se mataron despues de rendidos.

Tengo aún por más ajustada en este punto á la verdad la relacion de Appiano. Appiano, á pesar de haber escrito mucho despues de Tito Livio, tuvo presentes para la historia de este sitio la de un testigo presencial, la del ya mentado Rutilio Rufo, que, como se ha visto, servia de tribuno á las órdenes de Publio. Sus aseveraciones son indudablemente más dignas de crédito.

Cuenta, pues, Appiano que, acosados los numantinos por el hambre, se rindieron, aunque prefiriendo muchos la muerte á la servidumbre. Recibieron los numantinos, dice, orden para deponer las armas en determinado sitio, y no la cumplieron; recibieronla al otro dia para dejarlas en otro punto, y pidieron próroga por quedar aún hombres que, deseosos de su libertad, querian acabar sus vidas. Hubieron de matarse muchos; pero otros, añade, se presentaron al tercer dia, escuálidos los cuerpos, largas las uñas, desgredado el cabello, hediondos, cubiertos de harapos, capaces, si no hubiesen inspirado horror, de mover á lástima á sus mismos enemigos. Escipion, dice Appiano, reservó tan sólo para su triunfo á cincuenta de esos desgraciados prisioneros; vendió á los demás en almoneda y arrasó á Numancia.

Appiano hasta se esfuerza por averiguar el motivo de esta ruina. Al destruir Cartago, dice, obraba Escipion por un decreto del Sena-

do. Era aquélla una gran ciudad, cabeza de un grande imperio; estaba bien situada para dominar, así por mar como por tierra. Tratóbase aquí de una ciudad pequeña y no muy poblada, sobre cuya ruina no habia sido consultado el pueblo. Hubo de arrasarla Escipion, ó porque lo creyera de interés para la República, ó porque se dejara llevar de la ira y quisiera vengarse de tan prolongada lucha, ó porque temiese el influjo que habia de ejercer Numancia sobre las demás ciudades de España por su indomable fiereza y su singular heroísmo.

Numancia adquirió efectivamente eterno nombre desde el día de su muerte. Fué desde luégo citada como ejemplo en todas las naciones; cubierto de flores su sepulcro hasta por sus enemigos; encomiada, así en Grecia como en Roma, por grandes escritores. ¿Y cómo no, si aún hoy parece imposible que tan humilde ciudad, con sólo 8.000 hombres, ya muy menguados al venir Escipion, pudiera resistir por tantos años á ejércitos aguerridos, acostumbrados á vencer, acaudillados por los más ilustres capitanes? Por dos años tuvo delante de sus murallas al vencedor de Cartago; durante diez estuvo con las armas en la mano. Se levantó por segunda vez el 142, cuando la guerra de Viriato: sucumbió y murió el año 133 ántes de Jesucristo.

La caída de Numancia tuvo grande eco en Roma. Se la consideró como el fin de la guerra de España. Domadas antes por Marco Porcio Caton las naciones de Oriente y Mediodía, luégo por Decio Junio Bruto las de Oriente, y ahora por Publio Cornelio Escipion las del Centro, que fueron las más tenaces, no era efectivamente de presumir que se alzasen de nuevo en armas nuestros pueblos, como no fuese en el Norte, aún no pisado por extrañas gentes. Podrían retoñar las pasadas luchas; pero no ser ya ni tan formidables ni tan largas.

Así los romanos, viendo ya en España una provincia definitivamente vencida, nos enviaron el año 132 antes de Jesucristo á diez senadores para que la constituyeran. Solian hacer otro tanto con todas las naciones recién sojuzgadas. El año 242 habian mandado una comision igual á la isla de Sicilia; el 189, otra al Asia; el 167, una á Iliria y otra á Macedonia; y el 146, otra á la Acaya, luégo de tomada por Lucio Mummio la ciudad de Corinto. Desgraciadamente, nada sabemos de la que vino á España, y aún de las demás, si se exceptúa la de Sicilia, tenemos escasos pormenores; que si llegáramos á conocer el texto de las leyes que hicie-

ron, de otra manera podríamos determinar, no solamente las relaciones que mediaban entre las provincias y la metrópoli, sino también la influencia que en la unidad de pueblos como el de España hubiese podido ejercer aquella poderosa república.

Hoy apenas podemos determinar más que por deducciones y analogías cuál fuese, después de la obra de los diez senadores, la situación de los españoles en España. Algo hay, sin embargo, que puede tenerse por cierto. Es indudable que los romanos miraban como suya la tierra de los pueblos vencidos. Les dejaban, cuando más, la tercera parte, y aún sobre ésta se reservaban el dominio eminente. Eran en esto tan rigoristas, que por el antiguo derecho no cabía siquiera sobre los fundos provinciales el verdadero dominio, la propiedad quiritaria.

Que fuese tal en España la condición de la tierra, es evidente. ¿Cómo no había de serlo después de la obra de los senadores, cuando lo era antes? Tiberio Sempronio Graco distribuyó tierras á los pobres; el Senado de Roma dispuso á su antojo de las de Carteya para la fundación de una colonia; el feroz Galba ofreció otras muchas á los lusitanos, á quienes decía que iba á establecer en tres distintas comarcas. Carteya estaba habitada, y tenía por lo mismo ocupados sus campos: el Senado se limitó á disponer que si algunos carteyanos se resistiesen á dejar sus lares, se les permitiese vivir con los colonos y se les asignase tierras. (*Tit. Liv., cap. 3.º, lib. 43.*)

Descansaba esto en un antiguo principio que hallamos aún consignado en las leyes del Digesto: «Todo lo tomado al enemigo es por derecho de gentes del que lo ocupa. Lo son hasta los hombres libres, que por este solo hecho quedan reducidos á servidumbre.» *Item quæ ex hostibus capiuntur jure gentium statim capientium fiunt.—Adeo quidem ut et liberi homines in servitutem deducantur.* (*Leyes 5.ª y 7.ª, tít. 1.º, libro 40.*) En las páginas de nuestra misma historia hemos visto efectivamente á pretores y á cónsules vendiendo en almoneda como á esclavos á los habitantes de ciudades sometidas por la fuerza de las armas.

Falta ahora saber qué hicieron los romanos de las tierras de España. La crítica nos revela que las declararon del todo suyas. ¿A quién y cómo las dieron? La época de la colonización no había llegado aún para nosotros; apenas si había aquí más colonia que la de Carteya. Hubieron de darlas á los españoles mismos, y á ellos verdaderamente se las dieron á título de censo. Las tierras de provincias, ó las arrendaban por los censores, ó las vendían á condición de

pagar al año un cánon ó tributo que se satisfacía casi siempre en frutos, rara vez en metálico. Sólo en Sicilia, y aún no en todas sus ciudades, seguían los habitantes poseyendo sus tierras como antes de la conquista. Ahora bien; sabemos por Ciceron, en su tercer discurso contra Verres, que aquí regia el segundo sistema. Como premio al vencedor y contribucion de guerra, pagaban los terratenientes españoles un tributo, *vectigal certum, quod stipendiarium dicitur*, tributo que como en otras provincias sería probablemente el diezmo de los granos y el quinto de los demás frutos. El arrendamiento por los censores, *censoria locatio*, se lo usaba principalmente en los pueblos del Asia.

Este cánon ó tributo era algo más llevadero que las cargas impuestas treinta años antes sobre nuestros cereales. La tasa del trigo y sobre todo el derecho de los pretores á quedarse por el precio que quisieran con la vigésima parte de las cosechas, leyes justamente abolidas por el Senado, habian de ser insoportables. Pero no sería aquélla la sola contribucion exigida á los españoles. Ya Marco Porcio Caton habia impuesto una muy crecida sobre los minerales de hierro y de plata, segun refiere Livio; y Tiberio Graco otras que no se determinan, segun dice Appiano. (*Tit. Liv., libro 34, cap. 21.—Appiano, De Rebus Hispaniensibus, cap. 64.*) Ni permitirían creer otra cosa, aunque esto no supiéramos, las grandes cantidades de oro y plata que depositaban en el tesoro de Roma los generales vencedores. Ahora, los diez comisarios no harian más que organizar esos tributos, como lo habian hecho otros senadores en Sicilia, Iliria y Macedonia.

El vejámen para los pueblos vencidos no estaba aún tanto en los impuestos como en la manera de recaudarlos. Confiábase de ordinario esta operacion á los publicanos, que eran para toda clase de contribuyentes verdadera plaga. Ya en el año 171 antes de Jesucristo habian logrado los pueblos de España sacudírselos, obteniendo del Senado la facultad de cobrar por sí mismos los tributos, y entregar el importe á los cuestores; pero es muy probable que no siguieran con esta franquicia. El Senado habia tambien eximido á los celtíberos del pago de las contribuciones establecidas por Tiberio Graco, y años despues se las exigia de nuevo, tomando de la negativa á satisfacerlas pretexto para encender la guerra de Numancia. Recuerda oportunamente Appiano, con motivo de este hecho, que cuando otorgaba el Senado gracias tales, lo hacia sólo por el tiempo que pudiese convenirle. Entraban los recaudadores en el sistema eco-

nómico de la República. Se arrendaba los tributos de las provincias á los caballeros, los *equites*, y como esto fuese un medio de enriquecer y acallar á esa clase de ciudadanos, no es de suponer que España fuese excepcion de la regla, cuando habia sido la más difícil para la conquista, y la que más tesoros y más sangre habia costado á la ciudad de Roma.

Sufriria España, como las demás provincias, por las vejaciones de los publicanos y la rapacidad de los pretores. Eran ya grandes las extorsiones y las violencias de éstos antes de la caída de Numancia. Baste recordar que en el citado año 171, pueblos de la España Citerior y la España Ulterior hubieron de mandar á Roma comisiones en queja de la intolerable codicia de sus gobernantes. Baste recordar que principalmente á la sed de oro y de plata que le devoraba fueron debidas las ferocidades de Lúculo. Se engañan los que dicen que las concusiones y los robos de los pretores datan de las guerras civiles de Roma. Como un siglo antes habia debido ya el Senado reconocer y castigar las de los pretores de España, y como un siglo antes miraban ya los senadores con malos ojos que se los obligase á escuchar acusaciones de gentes bárbaras contra ciudadanos de su propio rango, ilustres por sus victorias. El mal fué empeorando; y no es creible que despues de la guerra numantina fuese en este punto ménos desgraciada la suerte de los españoles.

Debieron ser aquí tanto más grandes las extorsiones, cuanto que España gozaba en la antigüedad fama de rica. Muy rica y muy poblada habia de estar, efectivamente, á ser cierto el número de ciudades que le daban historiadores latinos y griegos. Polibio veia sólo en la Celtiberia trescientas ciudades sometidas por Tiberio Sempronio Graco. Cree Tito Livio exagerada la cifra; pero nos habla tambien de multitud de poblaciones fuertes y opulentas, y de gruesas cantidades pagadas por algunas á título de contribucion de guerra. Ni debia de ser la tierra de España tan inculta y árida como el mismo Livio la supone, cuando vemos á los generales romanos devastando incesantemente los campos de las naciones en armas, y duras dias la tala de los de la sola ciudad de Numancia. Los metales, por otra parte, abundaban en algunas de nuestras comarcas, y se beneficiaba de antiguo las minas. Figuraban casi en todos los triunfos de los pretores y de los cónsules las riquezas de las minas de Osca.

Las comisiones de senadores enviadas á los pueblos sometidos, solian ocuparse en algo más que en la cuestion de tierras y tributos. Acostumbraban á determinar las leyes por que habian de regirse

los vencidos. En Sicilia, por ejemplo, declararon en vigor la ley agraria de Hieron, Rey de Siracusa, para todos los negocios entre propietarios y colonos, y deslindaron las jurisdicciones. En Macedonia y en Iliria respetaron las leyes nacionales. En la Acaya las cambiaron tan radicalmente, que Polibio, según él mismo refiere, hubo de redactar ciertas fórmulas para evitar la confusión nacida del paso de las antiguas á las modernas leyes, é impedir que por la imposibilidad de juzgar se cerraran los tribunales. (*Pol.*, lib. 3.^o, cap. 63; lib. 40, cap. 8.^o—*Appiano*, *De Rebus Siculis*, excerptum 18, pár. 2.^o—*Tit. Liv.*, lib. 45, cap. 129.)

En ninguna parte, con todo, se lee que los comisarios impusiesen á los pueblos vencidos la ley romana. Con arreglo á esta ley modificarían ó alterarían las de sus pueblos; pero no sin tener en cuenta las circunstancias y la manera de ser de los pueblos mismos. Roma, dice Tito Livio, era tan moderada y generosa en sus victorias, que no arrancaba á las naciones ni la libertad, ni los derechos, ni las leyes; pero es de advertir que habla aquí sólo de aquellas gentes que con más ó menos igualdad de condiciones habían venido á ser por la fuerza aliadas de la República, no de las naciones conquistadas, *ditioni subjectæ*, entre las cuales menciona la isla de Sicilia, las demás adyacentes á Italia y los pueblos de la mayor parte de España. A esos pueblos se los trataba con dureza; y es de suponer, por lo que luégo sucedió en Acaya, que sufrieran honda perturbación sus leyes, aunque no fuesen desde un principio sustituidas por las de Roma. ¿Y cómo no, si aún en pueblos como el de Macedonia, al cual los comisarios habían conservado la libertad y las leyes, se arrogaba Lucio Emilio Paulo la facultad de dictarle las que le parecían más convenientes para la salud de los vencidos y el dominio de los vencedores? (*Tit. Liv.*, lib. 45, cap. 32.)

Es muy de sentir que no conozcamos las leyes dadas aquí por los comisarios. Que hubieron de hacer mudanza en las nuestras, es más que presumible, sobre todo cuando por las muchas naciones en que estábamos divididos y por el trato que no podían menos de establecer entre ellas la paz y la comun obediencia á Roma, se hacían necesarias leyes de relación y poco menos que indispensable acomodar las locales al derecho de gentes. Esta obra tengo yo para mí que hubo de comenzar á poco de arrojados de España los cartagineses, y no debieron de hacer los comisarios sino perfeccionarla. Sabemos cuán prontamente se crearon para España dos preturas; y nadie desconoce que el pretor era, además de general, ma-

gistrado, y magistrado que tenia la facultad y áun el deber de corregir por los principios generales de la equidad el estricto derecho. Daba el pretor un *edicto* al entrar en posesion de su cargo, y en él declaraba las reglas á que se proponia ajustar sus juicios, no siendo raro, antes muy comun, que el que lo era de alguna provincia se hiciese preceder de esa especie de bando. *Eodem tempore et magistratus jura reddebant et ut scirent cives quod jus de quaque re quisque dicturus esset seque præmuniret, edicta proponebant; quæ edicta prætorum jus honorarium constituerunt. Honorarium dicitur quod ab honore prætoris venerat.* (Ley 2.^a, par. 10, título 2.º, libro 1.º Digesto.) Los pretores debieron de ir modificando más ó ménos lentamente nuestras leyes. Despues de esa misma guerra de Numancia, nos dice Appiano que Publio Cornelio Escipion, antes de volver á Roma, dividió entre los pueblos vecinos los campos de la ciudad arrasada y dictó leyes, *jus dixit*, á las demás ciudades. (*De Rebus Hispaniensibus*, 98.)

Otra cosa acostumbraban á hacer los comisarios, y era dar á las naciones subyugadas una nueva forma de gobierno. Una muy distinta de la que la regia dieron á la Acaya, segun asegura Polibio, testigo presencial del cambio. (*Lib. 40, cap. 8.º*) Otra muy diversa de la que tenia dieron tambien á Macedonia. Dividieron á Macedonia en cuatro provincias, señalándoles por capitales Amphipolis, Tesalonica, Pella y Pelagonia. Establecieron una asamblea de libre eleccion en cada provincia, y áun de libre eleccion declararon los magistrados; pero suprimieron en cambio la asamblea nacional y descuartizaron por lo tanto el reino. Qué forma de gobierno diesen á España, tambien se ignora. Pretenden casi todos nuestros historiadores que se la dividió entónces en diez distritos, al frente de cada uno de los cuales se puso á uno de los diez senadores; pero sin motivo. No han sabido ver en los diez legados de que habla Appiano una de las muchas comisiones que mandó Roma á los recién subyugados pueblos, y de aquí su yerro. Si se hubiesen fijado, sin embargo, en el texto del escritor griego, no habrian dudado que se trataba de una de estas comisiones. Los romanos, dice Appiano, segun costumbre, ος εθος mandaron á España diez senadores para que la pacificaran y *constituyeran*. ¿Cuándo mandaron los romanos á una nacion diez gobernantes? ¿Cuándo confirieron á uno ni á más gobernadores el cargo de constituirlos?

Estoy en que España continuó dividida en Citerior y Ulterior, y regida por dos pretores. Pudo en más ó ménos largos intervalos

ser gobernada de otra manera, como sucedió despues de la creacion de las dos magistraturas; pero esto hubo de ser la excepcion, aquello la regla. Siguen hablando de pretores en España aún aquellos que desde la ruina de Numancia nos suponen mandados por los diez comisarios, y no permiten creer que hubiese otra forma de gobierno las muchas citas hechas por los escritores latinos á propósito de nuestra patria. ¿Quiere decir esto que en las diversas naciones de la Península no quedasen ni aún restos de su antigua organizacion política? La unidad, es decir, la fusion de todas las constituciones en una sola constitucion y de todos los derechos en un solo derecho, tardó siglos en realizarse.

F. PÍ y MARGALL.

TRES HETERODOXOS ESPAÑOLES

EN LA

FRANCIA REVOLUCIONARIA.

(CONTINUACION.)

II.

El theofilántropo Andrés María Santa Cruz. — Su *Culto de la humanidad*.

Cuando cejó un tanto el furor ateo de los primeros tiempos revolucionarios, y cayó desprestigiado por su mismo exceso de ferocidad el culto de la Diosa Razon, comenzó á notarse cierta reaccion espiritualista y deista, que tomó al principio las formas más grotescas. Declaróse oficialmente la existencia del *Sér Supremo*, y Robespierre organizó fiestas, himnos y procesiones en honor suyo. Los convencionales habian determinado perdonar la vida al *Sér Supremo*, visto que un pueblo no podia vivir sin religion. El inventar una cortada á su talle y medida, é imponerla por ley con su correspondiente y revolucionaria sancion penal, les parecia cosa hacedera y sencillísima. Además, muchos de ellos no eran ateos, sino deistas ó algo más, y juraban sobre la *Confesion del vicario saboyano*, que les servia de Evangelio.

Tales cultos duraron ménos que sus mismos autores. El de Robespierre cayó con él en 9 de Thermidor. Pero no fué bastante este fracaso para impedir nuevas tentativas de este género, entre las cuales logró cierta nombradía, en tiempo del Directorio, la secta de los *theofilántropos*.

Atribúyese su fundacion al director La Revellière Lepeaux, pero él lo niega rotundamente en sus *Memo-*

rias (1): "No tomé ninguna parte en la institucion del culto de los *theophilántropos*, que creó Valentin Haüy, hermano del célebre mineralogista é inventor de procedimientos de educacion para los ciegos. Se habia asociado con otros ciudadanos que yo tampoco conocia."

Estos ciudadanos vinieron á buscar á La Revellière, que desde luégo les prometió su apoyo oficial, aunque ni él ni su mujer quisieron nunca asistir á las ceremonias teofilantrópicas, y sólo una vez consintieron que su hija fuese. El Directorio dió órdenes al ministro de Policía, Sotin, para que protegiese á los fundadores de la nueva institucion y les suministrase los módicos recursos que exigia un culto tan sencillo y poco dispendioso, como que se reducía á recomendar, en interminables pláticas, el amor á Dios y á los hombres, la fraternidad universal y la ley de la naturaleza, el *panfilismo* y las virtudes filosóficas á lo Sócrates, á lo Epicteto ó á lo Marco-Aurelio. Mucha túnica blanca, mucho coro de niños y de doncellas, mucha reminiscencia de las candideces del *Telémaco*, mucho discurso soporífero, nada de misterios, teologías ni símbolos.

El Gobierno protegió mucho aquel culto flamante, que traía la pretension de extinguir los odios religiosos y hermanar á los mortales con vínculo de amor indisoluble. Se imprimieron y repartieron con profusion catecismos y manuales, que juntos forman hoy una coleccion bastante rara; se publicó para uso de los afiliados una pequeña biblioteca de moralistas antiguos, desde Zoroastro y Confucio hasta los estóicos; se recomendó á los padres de familia que enviasen sus hijos á aquellos templos y escuelas de la *humanidad*, que habian de crear una generacion más fuerte y viril que la de Esparta; y dieron al nuevo culto el apoyo de su nombre algunos literatos de fama, entre ellos el ingenioso y delicado autor de *Pablo y Virginia*, Bernardino de Saint-Pierre, que fué toda su vida fervoroso idólatra de la *naturaleza*, aunque debió á reminiscencias y dejos del sentimiento cristiano la mejor parte de su gloria.

Figuraba en primera línea entre los *theophilántropos* un español, llamado Andrés María Santa Cruz, de quien res-

(1) Estas *Memorias*, aunque impresas desde 1873, no han circulado todavía. Puede verse un extracto de ellas en el número de la *Revue Historique*, correspondiente á los meses de Mayo y Junio de 1879.

tan muy pocas y oscuras noticias (1). Natural de Guadalajara, y sujeto de no vulgar instruccion, lo estafalarío de su carácter y de sus ideas le habian tenido casi siempre en la miseria, que él arrastró por todas las capitales de Europa. Un príncipe aleman le encontró en Tours, y compadecido de su desastroso estado, le hizo ayo de sus hijos. Al tiempo de estallar la revolucion francesa se hallaba en Londres; y entusiasmado con los principios cuyo triunfo alboreaba, abandonó á sus discípulos, y á fines de 1790 estaba ya en París, trabajando por su cuenta en la *emancipacion universal* y perorando en las sociedades patrióticas. Entonces se hizo amigo de La Reveillère Lepeaux, cuyos peligros, fugas y ocultaciones compartió, despues de la prision de los girondinos y en la época del terror.

Fuera de esto, Santa Cruz parece haber sido personaje muy oscuro é ignorado, y ninguno de los historiadores de la revolucion francesa le menciona. Quizá con las *Memorias* de La Reveillère Lepeaux, que sólo conocemos en extracto (puesto que, impresas en 1873, aún no han pasado al dominio público, y duermen en un subterráneo de Angers), puedan ampliarse ó corregirse algo estas noticias. En los trozos publicados, el famoso revolucionario guarda alto silencio acerca del pobre Santa Cruz.

Poco medró éste con el advenimiento de sus amigos al poder, pero se consoló arrojándose en cuerpo y alma en la secta de los *theophilántropos*, de la cual fué uno de los primeros sacerdotes, y cuyos dogmas expuso en un folleto intitulado *Le culte de l'humanité*, que se imprimió en París el año V de la república. Dicen los que le han visto que es una especie de código de la tolerancia, en que se enaltece pomposamente la moral, y se afirma la existencia de Dios, y la caridad universal, sin otro dogma ninguno. Todos mis esfuerzos para haber á las manos este opúsculo han sido infructuosos hasta ahora. En vano recorrí las bibliotecas de París, y escribí á varios eruditos de allá. Como Bermudez de Castro, único biógrafo que asegura haber leído el *Culto de la humanidad*, dá las señas tan imperfectamente, ha sido imposible hallarle. Quizá se publicó anónimo ó pseudónimo: quizá habrá perecido, como tantos otros cuadernos de pocas páginas. La pér-

(1) Están contenidas en unos artículos que el Sr. D. Salvador Bermudez de Castro publicó en *El Iris*, periódico que salia á luz en 1841.

dida no es muy de sentir, porque los diez ó doce libretos que he visto de los teofilántropos son el colmo de la insulsez soñolienta. Con todo eso, yo me alegraría de añadir á mi coleccion, á título de curiosidad bibliográfica, un ejemplar del *Culto de la humanidad*.

A pesar de la proteccion oficial, la *teofilantropía* no llegó á madurez y murió en flor. Sólo en París y en algunos departamentos del Norte logró secuaces; ni uno solo en el Mediodía. El público los silbó, y al poco tiempo nadie se acordaba de ellos. Santa Cruz, más desalentado y más miserable cada dia, pero republicano siempre y aborrecedor del régimen bonapartista, determinó volver á España, donde nadie se acordaba de él, y acabar en paz sus trabajosos dias. Cubierto de harapos llegó á una posada de Búrgos, en 1803, y allí le asaltó agudísima fiebre, de la cual á pocos dias murió, sin haber querido descubrir su nombre á persona alguna. Abierta su maleta, parecieron muchos papeles y varios ejemplares del *Culto de la humanidad*.

III.

El abate Marchena.—Sus primeros escritos: su traduccion de Lucrecio.—Sus aventuras en Francia.—Vida literaria y política de Marchena hasta su muerte.

Como propagador de la sofistería del siglo pasado en España; como representante de las tendencias políticas y anti-religiosas de aquella edad en su mayor grado de exaltacion; como único heredero, en medio de la monotonía ceremoniosa del siglo XVIII, del espíritu temerario, indisciplinado y de aventura que lanzó á los españoles de otras edades á la conquista del mundo intelectual y á la del mundo físico; como ejemplo lastimoso de talentos malogrados y de condiciones geniales potentísimas, aunque el viento de la época las hizo sólo eficaces para el mal, merece el abate Marchena que su biografía se escriba con la posible claridad y distincion, juntando los datos esparcidos y añadiendo bastantes cosas nuevas, que resultan de los papeles suyos que poseemos (1).

(1) Han escrito biografías, curiosas pero muy incompletas, de Marchena, el presbítero D. Gaspar Bono Serrano en su *Miscelánea religiosa, política y literaria* (Madrid, Aguado, 1870, pág. 308), y Mr. Antoine de Latour en *Le Correspondant*

D. José Marchena Ruiz de Cueto, generalmente conocido por el *abate Marchena*, nació en Utrera el 18 de Noviembre de 1768. Sus padres eran labradores, de mediana fortuna.

Comenzó en Sevilla los estudios eclesiásticos, pero sin pasar de las órdenes menores; aprendió maravillosamente la lengua latina, y luego se dedicó al francés, leyendo la mayor parte de los libros impíos que en tan gran número abortó aquel siglo, y que circulaban en gran copia entre los estudiantes de la metrópoli andaluza, aún entre los teólogos. Quién le inició en tales misterios, no se sabe: sólo consta que antes de cumplir veinte años hacia ya profesión de materialista é incrédulo, y era escándalo de la universidad. No eran mejores que él casi todos sus condiscípulos, los poetas de la flamante *escuela sevillana*, pero disimulaban mejor y se avenían fácilmente con las exterioridades del régimen tradicional, mientras que Marchena, ardiente é impetuoso, impaciente de toda traba, aborrecedor de los términos medios y de las restricciones mentales, indócil á todo yugo, proclabama en alta voz lo que sentía, con toda la imprevisión y abandono de sus pocos años y con todo el ardor y vehemencia de su condición inquieta y mal regida. Decidan otros cuál es más funesta: la impiedad mansa, hipócrita y cautelosa, ó la antojadiza y desembozada: yo sólo diré que siento mucho menos antipatía por Marchena, revolucionario y jacobino, que por aquellos doctos clérigos sevillanos, afrancesados primero, luego factores del *despotismo ilustrado*, y á la postre moralistas utilitarios, sin patria y sin ley, educadores de dos ó tres generaciones doctrinarias.

El primer escrito de Marchena fué una *carta contra el celibato eclesiástico*, dirigida á un profesor suyo que habia calificado sus máximas de *perversas y opuestas al espíritu del Evangelio*. Marchena quiere defenderse y pasar todavía por católico, pero con la defensa empeora su causa. El Sr. Cueto ha tenido á la vista el original de esta carta entre los papeles de Forner, y dice de ella "que es obra de un mozo inexperto y desalumbrado, que no ve más razones que las que halagan sus instintos y sus errores," y

(25 de Febrero de 1867). Véanse además los importantísimos datos reunidos por don Leopoldo Augusto de Cueto en los tomos I y III de su bella colección de *Poetas líricos del siglo XVIII*.

que en ella andan mezclados "sofismas disolventes, pero sinceros, citas históricas sin juicio y sin exactitud... sentimentalismo filosófico á la francesa, arranques de poesía novelesca" (1).

Más importante es otra obra suya del mismo tiempo que poseo yo, y que parece haberse ocultado á la diligencia de los anteriores biógrafos. Es una traducción completa del poema de Lucrecio *De rerum natura*, en versos sueltos, la única que existe en castellano. No parece original, sino copia de amanuense descuidado, aunque no del todo imperito. No tiene el nombre del traductor, pero sí sus cuatro iniciales *J. M. R. C.*, y al fin la fecha, 1791, sin prólogo, advertencia ni nota alguna. La versificación, dura y desigual, como en todas las poesías de Marchena, abunda en asonancias, cacofonías, prosaismos y asperezas de todo género; denuncia donde quiere la labor y la fatiga; pero en los trozos de mayor empeño se levanta el traductor con inspiración verdadera, y su fanatismo materialista le sostiene. En los trozos didácticos decae; á los pasajes mejor interpretados siguen otros casi intolerables por lo desliñado del estilo y lo escabroso de la metrificacion. Marchena era consumado latinista, y por lo general entiende el texto á las mil maravillas; pero su gusto literario, siempre caprichoso é inseguro, lo parece mucho más en este primer ensayo. Así es que entre versos armoniosos y bien contruidos no titubea en intercalar otros que hieren y lastiman el oído más indulgente; repite hasta la saciedad determinadas palabras, en especial la de *naturaleza*, abusa de los adverbios en *mente*, anti-poéticos por su índole misma, y atiende siempre más á la fidelidad que á la elegancia. Véanse algunos trozos para muestra, así de los aciertos como de las caídas del traductor. Sea el primero la famosa invocación á Venus: *Æneadum genitrix, divum hominumque voluptas*.

Engendradora del romano pueblo,
Placer de hombres y Dioses, alma Venus,
Que bajo de la bóveda del cielo,
Por do giran los astros resbalando,
Pueblas el mar que surca nao velera,

(1) El original autógrafo de este escrito de Marchena (17 pp. 4.º) existe en poder de D. Luis Villanueva en Barcarota (Extremadura). Lleva una nota autógrafa de D. Joaquín María Sotelo, durísima para Marchena.

Y las tierras fructíferas fecundas:
 Por tí todo animal respira y vive:
 De tí, Diosa, de tí los vientos huyen,
 Ahuyentas con tu vista los nublados,
 Te ofrece suaves flores varia tierra,
 Las llanuras del mar contigo rien,
 Y brilla en nueva luz el claro cielo.

Al punto que galana primavera
 La faz descubre, y su fecundo aliento
 Recobra ya Favonio desatado,
 Primero las ligeras aves cantan
 Tu bienvenida, oh Diosa, porque al punto
 Con el amor sus pechos traspasaste:
 En el momento por alegres prados
 Retozan los ganados encendidos,
 Y atraviesan la férvida corriente.
 Prendidos del hechizo de tus gracias
 Mueren todos los séres por seguirte
 Hácia do quieras, Diosa, conducirlos,
 Y en las sierras adustas y en los mares,
 En medio de los rios caudalosos,
 Y en medio de los campos que florecen,
 Con blando amor tocando todo pecho,
 Haces que las especies se propaguen.

Tampoco carece de frases y accidentes graciosos esta traducción de un lozanísimo pasaje del mismo libro primero:

¿Tal vez perecen las copiosas lluvias,
 Cuando las precipita el padre Éter
 En el regazo de la madre Tierra?
 No, pues hermosos frutos se levantan,
 Las ramas de los árboles verdean,
 Crecen y se desgajan con el fruto,
 Sustentan á los hombres y alimañas,
 De alegres niños pueblan las ciudades...
 Y donde quiera, en los frondosos bosques
 Se oyen los cantos de las aves nuevas;
 Tienden las vacas de pacer cansadas
 Su ingente cuerpo por la verde alfombra,
 Y sale de sus ubres atestadas
 Copiosa y blanca leche: sus hijuelos,
 De pocas fuerzas, por la tierna hierba
 Lascivos juguetean, conmovidos
 Del placer de mamar la pura leche.

Ni falta vigor y robustez en esta descripción de la tormenta:

La fuerza enfurecida de los vientos
 Revuelve el mar, y las soberbias naves
 Sumerge, y desbarata los nublados;
 Con torbellino rápido corriendo
 Los campos á la vez, saca de cuajo
 Los corpulentos árboles, sacude
 Con soplo destructor los altos montes,
 El ponto se enfurece con bramidos
 Y con murmullo aterrador se ensaña.
 Pues son los vientos cuerpos invisibles
 Que barren tierra, mar y el alto cielo,
 Y esparcen por el aire los destrozos:
 No de otro modo corren y arrebatan
 Que cuando un rio de tranquilas aguas
 De improviso sus márgenes extiende,
 Enriquecido de copiosas lluvias
 Que de los montes á torrentes bajan,
 Amontonando troncos y malezas:
 Ni los robustos puentes la avenida
 Resisten de las aguas impetuosas;
 En larga lluvia rebosando el rio,
 Con ímpetu estrellándose en los diques,
 Con horroroso estruendo los arranca,
 Y revuelve en sus ondas los peñascos...

Quizá en ninguno de sus trabajos poéticos mostró Marchena tanto desembarazo de dicción como traduciendo al gran poeta epicúreo y naturalista. Parece como que se sentía en su casa y en terreno propio al reproducir las blasfemias del poeta gentil contra los Dioses, y los elogios de *aquel varon griego*,

De cuya boca la verdad salia,
 Y de cuyas divinas invenciones
 Se asombra el universo, y cuya gloria
 Triunfando de la muerte, se levanta
 A lo más encumbrado de los cielos.

(CANTO 6.º)

¡Oh tú, ornamento de la griega gente,
 Que encendiste el primero entre tinieblas
 La luz de la verdad!...
 Yo voy en pos de tí, y estampo ahora
 Mis huellas en las tuyas, ni codicio
 Ser tanto tu rival, como imitarte
 Ansío enamorado. ¿Por ventura,
 Entrará en desafío con los cisnes

La golondrina, ó los temblantes chotos
Volarán como el potro en la carrera?

Tú eres el padre del saber augusto,
Y del modo que liban las abejas
En los bosques floríferos las mieles,
Así tambien nosotros de tus libros
Bebemos las verdades inmortales...

(CANTO 3.º)

No era Marchena bastante poeta para hacer una traducción clásica de Lucrecio, pero estaba identificado con su pensamiento; era apasionadísimo del autor y casi fanático de impiedad; y traduciendo á *su poeta*, le dá este fanatismo un calor insólito y una pompa y rotundidad que contrasta con la descolorida y lánguida elegancia de Marchetti y de Lagrange. Los buenos trozos de esta version son muy superiores á todo lo que despues hizo, si es que la vanidad de poseedor no me engaña.

Los sitios retirados del Piério
Recorro, por ninguna planta hollados:
Me es gustoso llegar á íntegras fuentes
Y agotarlas del todo, y me deleita,
Cortando nuevas flores, coronarme
Las sienes con guirnalda brilladora,
Con que no hayan ceñido la cabeza
De vate alguno las eternas Musas,
Primero porque enseñe cosas grandes
Y trato de romper los fuertes nudos
De la supersticion agobiadora,
Y hablo en verso tan dulce, á la manera
Que cuando intenta el médico á los niños
Dar el ajeno ingrato, se prepara
Untándoles los bordes de la copa
Con dulce y pura miel... (1)

Marchena saludó con júbilo la sangrienta aurora de la revolucion francesa, y si hemos de fiarnos de oscuras tradiciones, quiso romper á viva fuerza los lazos de la *supersticion agobiadora*, y entró con otros mozalbetes intonsos y con algun extranjero de baja ralea en una des-

(1) El manuscrito de mi biblioteca (único que conozco) me fué regalado por mi amigo D. Damian Menendez Rayon. Por si alguna vez llega á publicarse, he hecho en él numerosas correcciones, con intento de remediar los lunares de estilo y versificación, tan abundantes en el trabajo de Marchena.

cabellada tentativa de conspiración republicana, que abortó por de contado, dispersándose los modernos Brutos, y cayendo uno de ellos, llamado Picornell, en las garras de la policía. Marchena, que era de los más comprometidos en aquella absurda intentona, y que además tenía cuentas pendientes con la Inquisición, se refugió en Gibraltar y desde allí pasó á Francia.

La facilidad extraordinaria que poseía para hablar y escribir lenguas extrañas, el ardor de sus ideas políticas, que llegaban entonces á la demagogia más feroz, sus terribles condiciones de polemista acre y desgredado, y la exaltación de su cabeza, le dieron muy pronto á conocer en las sociedades patrióticas, y especialmente en el club de los jacobinos. Marat se fijó en él, y le asoció á la redacción de su furibundo periódico *L'ami du peuple*. Allí Marchena escribió horrores, pero como en medio de todo conservaba cierta candidez política y cierto buen gusto, y los crímenes á sangre fría le repugnaban extraordinariamente, comenzó á disgustarse del atroz personaje con quien su mala suerte le había enlazado, y de la monstruosa y diaria sed de sangre que aquejaba á aquel energúmeno. Al poco tiempo le abandonó del todo, y aconsejado por Brissot, se pasó al bando de los girondinos, cuyas vicisitudes, prisiones y destierros compartió con noble y estóica entereza.

Sobre este interesantísimo período de la vida de Marchena derraman mucha luz las *Memorias* de su amigo y compañero de cautividad el marsellés Riouffe (1). De ellas resulta que Marchena fué preso en Burdeos el mismo día que Riouffe, es á saber, el 4 de Octubre de 1793, conducido con él á París, y encerrado en los calabozos de la Conserjería. Riouffe le llama á secas el *español*, pero Mr. Thiers nos descubre su nombre, al contarnos la fuga de los girondinos por el Mediodía de Francia: "Barbaroux, Pétion, Salles, Louvet (el autor del *Faublas*), Meilhan, Guadet, Kervelégan, Gorsas, Girey-Dupré, Marchena, jóven español que habia ido á buscar la libertad á Francia, Riouffe, jóven que por entusiasmo se habia uni-

(1) Le llamo marsellés, porque de Marsella eran sus padres, aunque él nació casualmente en Roma. El título de su libro, muy utilizado por todos los historiadores de la época del Terror, es *Mémoires d'un détenu pour servir á l'histoire de la tyrannie de Robespierre*. Latour le ha extractado en lo concerniente á Marchena.

do á los girondinos, formaban este escuadron de ilustres fugitivos, perseguidos como traidores á la libertad (1).”

Despues de la prision, Riouffe es más explícito. ”Me habian encarcelado (dice) juntamente con un español, que habia venido á buscar la libertad á Francia, bajo la garantía de la fé nacional. Perseguido por la inquisicion religiosa de su país, habia caído, en Francia, en manos de la inquisicion política de los comités revolucionarios. No he conocido un alma más verdadera y más enérgicamente enamorada de la libertad ni más digna de gozar de ella. Fué su destino ser perseguido por la causa de la república y amarla cada vez más. Contar mis desgracias es contar las suyas. Nuestra persecucion tenia las mismas causas; los mismos hierros nos habian encadenado; en las mismas prisiones nos encerraron, y un mismo golpe debia acabar nuestras vidas...”

El calabozo donde fueron encerrados Riouffe, Marchena y otros girondinos, tenia sobre la puerta el número 13. Allí escribian, discutian, y se solazaban con farsas de pésima ley. Todos ellos eran ateos, *muy crudos, muy verdes*, y para inícua diversion suya vivia con ellos un pobre benedictino, santo y pacientísimo varon, á quien se complacian en atormentar de mil exquisitas maneras. Cuándo le robaban su breviario, cuándo le apagaban la luz, cuándo interrumpian sus devotas oraciones con el estribillo de alguna cancion obscena. Todo lo llevaba con resignacion el infeliz monje, ofreciendo á Dios aquellas tribulaciones, sin perder nunca la esperanza de convertir á alguno de aquellos desalmados. Ellos, para contestar á sus sermones y argumentos, imaginaron levantar altar contra altar, fundando un nuevo culto con himnos, fiestas y música. Al flamante é irrisorio Dios le llamaron *Ibrascha*, y Riouffe redactó el símbolo de la nueva secta que se parecia mucho al de los *theophilántropos*. Y es lo más peregrino que llegó á tomarla casi por lo serio, y todavía, cuando muchos años despues redactaba sus Memorias, no quiso privar á la posteridad del fruto de aquellas lucubraciones y las insertó á la larga, diciendo que ”aquella religion (i) valia tanto como cualquiera otra, y que sólo pareciera pueril á espíritus superficiales.”

(1) *Historia de la revolucion francesa*, cap. 24.

Las ceremonias del nuevo culto comenzaron con grande estrépito: entonaban á media noche un coro los adoradores de *Ibrascha*, y el pobre monje queria superar su voz con el *de profundis*; pero débil y achacoso él, fácilmente se sobreponia á sus cánticos el estruendo de aquella turba desafortada. A ratos queria derribar la puerta del improvisado santuario, y ellos le vociferaban: "¡Sacrílego, espíritu-fuerte, incrédulo!"

En medio de esta impía mascarada adoleció gravemente Marchena, tanto que en pocos dias llegó á peligro de muerte. Apuraba el benedictino sus esfuerzos para convertirle, pero él á todas sus cristianas exhortaciones respondia con el grito de *¡Viva Ibrascha!* Y, sin embargo, en la misma cárcel, teatro de estas pesadísimas bromas con la eternidad y con la muerte, leia asiduamente Marchena la *Guía de Pecadores*, de Fr. Luis de Granada. ¿Era todo entusiasmo por la belleza literaria? ¿Era alguna reliquia del espíritu tradicional de la vieja España? Algo habia de todo, y quizá lo aclaren estas palabras del mismo Marchena al librero Faulí en Valencia el año 1813: "¿Vé Vd. este volúmen, que por lo ajado muestra haber sido tan manoseado y leído como los breviarios viejos en que rezan diariamente nuestros clérigos? Pues está así porque hace veinte años que le llevo conmigo, sin que se pase dia en que deje de leer en él alguna página. Él me acompañó en los tiempos del Terror en las cárceles de París; él me siguió en mi precipitada fuga con los girondinos; él vino conmigo á las orillas del Rhin, á las montañas de Suiza, á todas partes. Me pasa con este libro una cosa que apenas sé explicarme. Ni lo puedo leer, ni lo puedo dejar de leer. No lo puedo leer porque convence mi entendimiento y mueve mi voluntad de tal suerte, que, mientras le estoy leyendo, me parece que soy tan cristiano como Vd. y como las monjas, y como los misioneros que van á morir por la fé católica á la China ó al Japon. No lo puedo dejar de leer porque no conozco en nuestro idioma libro más admirable" (1).

El hecho será todo lo extraño que se quiera, pero su explicacion ha de buscarse en las eternas contradicciones

(1) Así lo oyó el Sr. Bono Serrano de boca del mismo Faulí en 1827, y así lo oyeron otros muchos de boca de D. Juan Nicasio Gallego.

y en los insondables abismos del alma humana, y no en el pueril recurso de decir que el abate gustaba sólo en fray Luis de la pureza de lengua. No cabe en lo humano encariñarse hasta tal punto con un escritor, cuyas ideas totalmente se rechazan. No hay materia sin alma que la informe; ni nadie, á no estar loco, se enamora de palabras vacías, sin parar mientes en el contenido.

Pero tornemos á Marchena y á sus compañeros de prison. Todos fueron subiendo, unos despues de otros, al cadalso: sólo Marchena salió incólume de la general proscripción de los girondinos, y eso que, sintiéndose ofendido por el perdón, habia escrito á Robespierre aquellas extraordinarias provocaciones, algo teatrales á la verdad, aunque el valor moral del autor las explique y defienda. "Tirano, me has olvidado." "Ó mátame, ó dame de comer, tirano." Hay en todos estos apotegmas y frases sentenciosas del tiempo de la revolucion algo de *laconismo* y de estoicismo de colegio, un infantil empeño de remedar á Leónidas y al Rey Agis, á Trasíbulo, y á Timoleon y Tráseas, que echa perder toda la gracia, hasta en las situaciones más solemnes. Plagiar, al tiempo de morir, palabras de Bruto, es lo más desdichado y anti-estético que puede entrar en cabeza de retórico, y nadie contendrá la risa aunque la autora del plagio sea la mimísima Mad. Roland. Yo no llamaré, como Latour, *sublimes insolencias* á las de Marchena, porque toda afectacion, áun la de valor, es mala y viciosa. La muerte se afronta y se sufre honradamente cuando viene: no se provoca con carteles de desafío ni con botaratadas de estudiante. Así murieron los grandes antiguos, aunque no mueran así los antiguos de teatro.

Pero los tiempos eran de retórica, y á Robespierre le encantó la audacia de Marchena. Es más: quiso atraer y comprar su pluma, á lo cual Marchena se negó con altivez nobilísima, siguiendo en la Conserjería, siempre bajo el amago de la cuchilla revolucionaria, hasta que vino á restituirle la libertad la caída y muerte de Robespierre en 9 de Thermidor (27 de Julio de 1794).

La fortuna pareció sonreirle entónces. Le dieron un puesto en el *Comité de Salvacion Pública*, y empezó á redactar con Poulthièr un periódico que llamó *El Amigo de las leyes*. Pero los thermidorianos vencedores se dividieron al poco tiempo, y Marchena, cuyo perpetuo destino fué afiliarse á toda causa perdida, se declaró furibundo ene-

migo de Tallien, Legendre y Fréron; escribió contra ellos venenosos folletos, perdió su empleo, se vió otra vez perseguido y obligado á ocultarse, sentó, como en sus mocedades, plaza de conspirador, y fué denunciado y proscrito, en 1795, como uno de los agitadores de las secciones del pueblo de París en la jornada de 5 de Octubre contra la Convencion (1).

Pasó aquella borrasca, pero no se aquietó el ánimo de Marchena: al contrario, en 1797 le vemos haciendo crúdísima oposicion al Directorio, que para deshacerse de él no halló medio mejor que aplicarle la ley de 21 de Floreal contra los extranjeros sospechosos, y arrojarle del territorio de la República. Conducido por gente armada hasta la frontera de Suiza, fué su primer pensamiento refugiarse en la casa de campo que tenia en Coppet su antigua amiga Mad. de Stael, cuyos salones, ó los de su madre Mad. Necker, habia frecuentado él en París. Pero *Corina* no queria comprometerse con el Directorio, ó no gustaba de la insufrible mordacidad y cinismo nada culto de Marchena, á quien Chateaubriand (que le conoció en aquella casa) define en sus *Memorias* con dos rasgos indelebles: "sabio inmundo y aborto lleno de talento." Lo cierto es que la castellana de Coppet dió hospitalidad á Marchena, pero con escasas muestras de cordialidad, y que á los pocos dias riñeron del todo, vengándose Marchena de *Corina* con espantosas murmuraciones.

Decidido á volver á Francia, entabló reclamacion ante el Consejo de los Quinientos para que se le reconocieran los derechos de ciudadano francés, y mudándose los tiempos segun la vertiginosa rapidez que entónces llevaban las cosas, logró, no sólo lo que pedia, sino un nombramiento de oficial de estado mayor en el ejército del Rhin, que mandaba entónces el general Moreau, famoso por su valor y por sus rigores disciplinarios.

Agregado Marchena á la oficina de contribuciones del ejército en 1801, mostró desde luégo aventajadísimas dotes de administrador militar, laborioso é íntegro, porque su entendimiento rápido y flexible le daba recursos y habilidad para todo. Quiso Moreau en una ocasion

(1) De todo esto hay datos en la *Biographie Universelle* de Machaud, y en una nota de D. Sebastian Miñano á su traduccion de la *Historia de la revolucion francesa* de Thiers.

tener la estadística de una region no muy conocida de Alemania, y Marchena aprendió en poco tiempo el alemán, leyó cuanto se habia escrito sobre aquella comarca, y redactó la estadística que el general pedia, con el mismo aplomo que hubiera podido hacerlo un geógrafo del país.

Pero no bastaban la topografía ni la geodesia á llenar aquel espíritu curioso, ávido de novedades y esencialmente literario: por eso en los cuarteles de invierno del ejército del Rhin, volvía sin querer los ojos á aquellos dulces estudios clásicos, que habian sido encanto de las serenas horas de su juventud en Sevilla. Entónces forjó su célebre fragmento de Petronio, fraude ingenioso, y cuya fama dura, aun entre muchos que jamás le han leído. Los biógrafos de Marchena han tenido muy oscuras é inexactas noticias de él. Unos han supuesto que estaba en verso: otros han referido la vulgar anécdota de que, habiendo compuesto Marchena una cancion harto alegre en lengua francesa, y reprendiéndole por ella su general Moreau, se disculpó con decir que era traduccion de un fragmento inédito de Petronio, cuyo texto latino inventó aquella misma noche, y se le presentó al dia siguiente, cayendo todos en el lazo.

Pero todo esto es inexacto y hasta imposible, porque el fragmento no está en verso, ni tiene nada de lírico, ni ha podido ser nunca materia de una cancion, sino que es un trozo narrativo, compuesto *ad hoc* para llenar una de las lagunas del *Satyricon*, de tal suerte, que apenas se comprenderia si le desligásemos del cuadro de la novela en que entra. Sabido es que la extraña novela de Petronio, *auctor purissimæ impuritatis*, monumento precioso para la historia de las costumbres del primer siglo del Imperio, ha llegado á nosotros en un estado deplorable, llena de vacíos y truncamientos, en que quizá haya desaparecido lo más precioso, aunque haya quedado lo más obscuro. El deseo de completar tan curiosa leyenda ha provocado supercherías y errores de todo género, entre ellos aquel que con tanta gracia refiere Voltaire en su *Diccionario filosófico*. Leyó un humanista alemán en un libro de otro italiano no ménos sabio: "*Habemus hic Petronium integrum, quem sæpe meis oculis vidi, non sine admiratione.*" El alemán no entendió sino ponerse inmediatamente en camino para Bolonia, donde se decia que estaba el Petro-

nio entero. ¡Cuál sería su asombro cuando se encontró en la iglesia mayor con el cuerpo íntegro de San Petronio, patrono de aquella religiosa ciudad!

Lo cierto es que la bibliografía *petroniana* es una serie de *fraudes honestos*. Cuando en 1662 apareció en Trau de Dalmacia el insigne fragmento de la *cena de Trimalcion*, que casi duplicaba el volúmen del libro, no faltó un falsario llamado Nodot que, aprovechándose del ruido producido en la Europa literaria por aquel hallazgo, fingiese haber encontrado en Belgrado (*Alba-Græca*) el año 1688 un nuevo ejemplar de Petronio, en que todas las lagunas estaban colmadas. A nadie engañó tan mal hilada invención, porque los fragmentos de Nodot están en muy mediano latín y abundan en groseros galicisimos, como lo pusieron de manifiesto Leibnitz, Cramer, Perizonio, Ricardo Bentley y otros muchos cultivadores de la antigüedad; pero como quiera que los suplementos de Nodot, á falta de otro mérito, tienen el de dar claridad y orden al mutilado relato de Petronio, siguen admitiéndose tradicionalmente en las mejores ediciones.

Marchena fué más afortunado, por lo mismo que su fragmento es muy breve, y que puso en él los cinco sentidos, bebiendo los alientos al autor, con aquella portentosa facilidad que él tenía para remedar estilos ajenos. Toda la malicia discreta y la elegancia un poco relamida de Petronio, elegantísimo cuentista de decadencia, han pasado á este trozo, que debe incorporarse en la descripción de la monstruosa zambra nocturna, de que son actores Giton, Quartilla, Pannychis y Embasicòetas. Claro que un trozo de esta especie, en que el autor no ha emulado sólo la pura latinidad de Petronio sino también su desvergüenza inaudita, no puede trasladarse en parte alguna ni ménos en obra de asunto tan grave como la presente: con todo eso, y á título de curiosidad filológica, pongo en nota algunas líneas que no tienen peligro, y que bastan á dar idea de la *manera* del abate andaluz en este singular ensayo (1).

(1) Vid. *Fragmentutum Petronii, ex bibliothecae S. Galli antiquissimo ms. excerptum, nunc primum in lucem editum; gallice vertit ac notis perpetuis illustravit Lallemandus, Sacrae Theologiae doctor*. (Toda esta portada es burlesca, como se vé: la edición se hizo en Basilea, en 1802; es hoy rarísima, y apenas hay biblioteca pública que la posea). Ha sido reimpressa el año 1865 en Bruselas, con la falsa data de Soleure, precedida de una introducción biográfica, escrita por el *bibliófilo Jacob* (Paul La-

El éxito de esta *facecia* fué completísimo. Marchena la publicó con una dedicatoria jocosa al ejército del Rhin, y con cinco notas de erudición picaresca, que pasan, lo mismo que el texto, los límites de todo razonable desenfadado. Así y todo, muchos sabios cayeron en el lazo: un profesor alemán *demonstró* en la *Gaceta literaria universal de Fena* la autenticidad de aquel fragmento: el Gobierno de la Confederación Helvética mandó practicar investigaciones oficiales en busca del código del monasterio de S. Gall, donde Marchena declaraba haber hecho el descubrimiento. ¡Cuál sería la sorpresa y el desencanto de todos, cuando Marchena declaró en los papeles periódicos ser él único autor de aquel bromazo literario! Y cuentan que hubo sabio del Norte que ni aún así consintió en desengañarse.

En las notas quiso alardear Marchena de poeta francés, como en el texto se había mostrado ingenioso prosista latino. Su traducción de la famosa oda ó fragmento segundo de Safo, tan mal traducida y tan desfigurada por Boileau, no es ciertamente un modelo de gusto, y adolece de la

croix). La tirada fué cortísima y sólo para aficionados (112 ejemplares y 20 más en papel superior). Es un cuaderno de VIII-53 págs.

El fragmento sin las notas puede leerse en uno de los apéndices del *Catulo* de Noel (año XI, 1803, pág. 344), y, traducido al francés, figura también en el *Petronio* de Nisard, donde es lástima que falte el texto latino. Véase alguna muestra de él:

"Haec dum fiunt, ingenti somno fores repente perstrepunt, omnibusque quid tam inopinus sonitus esset mirantibus, militem, ex excubiis nocturnis unum, districto gladio, adolescentulorumque turba stipatum, conspicimus. Trucibus ille oculis ac Thraconico gestu omnia circumspiciebat: tandem Quartillam intuens: ¿Quid est (inquit) mulier impudentissima? ¿Falsis me pollicitationibus ludis, nocteque promissa fraudas? At non impune feres, tuque amatorque iste tuus me esse hominem intelligetis... Tunc vero anus illa ipsa, quae dudum me domicilium quaerentem luserat, velut e coelo demissa, miserae Pannychidi auxilio fuit. Magnis illa clamoribus domum intrat, vicum pererrare praedones autumat, frustra cives Quiritium fidem implorare, nec vigilum excubias, aut somno sopitas, aut comensationibus intentas praesto esse. Hic miles graviter commotus, praecipitanter se ex Quartillae domo abduxit; eum insecuti comites, Pannychida impendente periculo, nos omnes metu, liberarunt..." Siento no poder transcribir lo más característico de este relato.

Noel (que, como queda dicho, le copia entero y le elogió mucho) llama á Marchena *español notable por la prodigiosa variedad de sus conocimientos*.

A propósito de la segunda oda de Safo (de que hay en castellano cinco ó seis traducciones, entre ellas una mía), recordaré que nuestro insigne comentador Aquiles Stacio completó la versión latina de *Catulo* con la siguiente estrofa, no digna ciertamente de caer en olvido:

*Sudor it late gelidus trementi
Artubus totis, violamque vincit
Insidens pallor, moriens nec auras
Ducere possum.*

palabrería á que inevitablemente arrastran los alejandrinos franceses; pero tiene rasgos vehementísimos y frases ardorosas y enérgicas, que se acercan al original griego (ó á lo ménos á la traducción de Catulo) más que la tibia elegancia de Boileau, de Philips ó de Luzan:

*A peine je te vois, à peine je t'entends,

 Immobile, sans voix, accablé de langueur,
 D'un tintement soudain mon oreille est frappée,
 Et d'un nuage obscur ma vue enveloppée:
 Un feu vif et subtil se glisse dans mon coeur.*

El *tintinnant aures* nunca se ha traducido mejor.

Perdónense estos detalles literarios; no es fácil resistir á una inclinación arraigada, y además, ¡cuánto sirven para templar la aridez de la historia, y para completar el retrato moral de los personajes! Consuélese el lector con que nuestros heterodoxos de este siglo suelen ser gente de poca y mala y nada clásica literatura, y que han de entretenernos poco con su latin ni con su griego.

Animado Marchena con el buen éxito de sus embustes, quiso repetirlos; pero esta vez con poca fortuna, por aquello de *non bis in idem*. Escribió, pues, cuarenta exámetros á nombre de Catulo, y como si fueran un trozo perdido del canto de las Parcas en el bellissimo *Epitalmio de Tétis y Peleo*, y los publicó en París, el año 1806 (1) en casa de Fermin Didot, con un prefacio de burlas en que zahería poco caritativamente la pasada inocencia de los sesudos filólogos alemanes: "Si yo hubiera estudiado latinidad (decía) en el mismo colegio que el célebre doctor en teología Lallemand, editor de un fragmento de Petronio, cuya autenticidad se demostró en la *Gaceta* de Jena, yo probaría, comparando este trozo con todo lo demás que nos queda de Catulo, que no podía ser sino su-

(1) *Catulli fragmentum*. París, 1806. Firminus Didot. (No hay más portada que ésta.) Le reimprimió Fed. Schoell, en su *Répertoire de littérature ancienne*. (París, 1808, pp. 184 á 188), con las correcciones de Eichstaedt, publicadas en un programa de la universidad de Jena el 7 de Agosto de 1807, con ocasión del nombramiento de nuevo rector.

Eichstaedt dice de Marchena: "*Josephus Marchena, natione Hispanos, inter Franco-gallos bellica virtute non minus quam scientia clarus, caeterum, ut Catullino quodam praeconio omnia complectamur, homo venustus et dicax et urbanus.*"

En mis *Estudios Poéticos* está traducido en verso castellano el fragmento de Marchena, tal como se publicó al principio, y sin los versos que añadió Eichstaedt.

yo, pero confieso mi incapacidad, y dejo este cuidado á plumas más doctas que la mia.”

Pero esta vez el supuesto *papiro herculanense* no engañó á nadie, ni quizá Marchena se habia propuesto engañar. La insolencia del prefacio era demasiado clara: los versos estaban henchidos de alusiones á la revolucion francesa y á los triunfos de Napoleon, y además se le habian deslizado al hábil latinista algunos *lapsus* de prosodia y ciertos arcaísmos afectados que Eichstaedt, profesor de Jena, notó burlescamente como variantes.

El aliento lírico del supuesto fragmento de Catulo es muy superior al que en todos sus versos castellanos mostró Marchena. ¡Fenómeno singular! Así él como su contemporáneo Sanchez Barbero eran mucho más poetas usando la lengua sabia que la lengua propia. Véase una muestra de esta segunda falsificacion:

*Virtutem herois non finiet Hellespontus.
Victor lustrabit mundum, qua maximus arva
Ætiopum ditat Nilus, qua frigidus Ister
Germanum campos ambit, qua Thybridis unda
Laeta fluentisona gaudet Saturnia tellus.
Currite, ducentes subtemina, currite, fusi:
Hunc durus Scythia, Germanus Dacusque pavebunt.
Nam flammae similis, quom ardentia fulmina cæli
Juppiter iratus contorsit turbine mista,
Si incidit in paleasque leves, stipulasque sonantes,
Tunc Eurus rapidus miscens incendia victor
Sævit, et exultans arva et silvas populatur:
Hostes hand aliter prosternens alter Achilles
Corporum acervis ad mare iter fluviis præcludet.
Currite, ducentes subtemina, currite, fusi.
At non sævus erit, com jam victoria laeta
Lauro per populos spectandum ducat ovantem,
Vincere non tantum norit, sed parcere victis.*

Además de estos trabajos, publicó Marchena en Francia muchos opúsculos políticos é irreligiosos (de que he logrado escasa noticia) y algunas traducciones. Entre los primeros figuran un *ensayo de teología* (1), que fué refutado por el Dr. Haeckel en la cuestion de los clérigos

(1) *Essai sur la Theologie*, Paris, 1797.—Heckel à Marchena sur les pretres insermentés 8.º *Quelques reflexions sur les fugitifs francais*, 1795, 8.º—*Le Spectateur Francais*. Año V, 1796. 12.º

juramentados, no sin que Marchena aprovechase tal ocasion para declararse *espinosista*: algunas *restexiones sobre los fugitivos franceses*, escritas en 1795, y *El Espectador Francés*, periódico de literatura y costumbres que empezó á publicar en 1796, en colaboracion con Valmalette, y que no pasó del primer tomo, reducido á pocos números.

Despues de la desgracia de Morcan, Marchena se hizo bonapartista y fogoso partidario del Imperio, que consideraba como la última etapa de la Revolucion, y primera de lo que él llamaba *libertad de los pueblos*, es decir, el entronizamiento de las ideas de Voltaire, difundidas por la poderosa voz de los cañones del César corso. No entendia de otra libertad, ni otro patriotismo Marchena, aunque entónces pasase por moderado y estuvieran ya lejos aquellos dias de la Convencion, en que él escribia sobre la puerta de su casa: "*Ici l'on enseigne l'atheisme par principes.*"

La verdad es que no tuvo reparo en admitir el cargo de secretario de Murat, cuando en 1808 fué enviado por Napoleon á España. Accion es esta que basta para deshonrar á Marchena, cuando recordamos que ni siquiera la sangre de Mayo bastó á separarle del infame verdugo del Prado y de la Moncloa. ¡Cuán verdad es que, perdida la fé religiosa, no tiene el patriotismo en España raíz ni consistencia, ni apenas cabe en lo humano que quien reniega del agua del bautismo y escarnece todo lo que sus padres adoraron y lo que por tantos siglos fué sombra tutelar de su raza, y educó su espíritu, y formó su grandeza, y se mezcló como grano de sal en todos los portentos de su historia, pueda sentir por su gente amor que no sea retórica hueca y baladí, como es siempre el que se dirige al ente de razon que dicen *Estado*. Despues de un siglo de enciclopedia y de filosofía sensualista y utilitaria, y sin más moral ni más norte que la conveniencia de cada ciudadano, es lógica la conducta de Marchena, como es lógico el *exámen de los delitos de infidelidad* de Reinoso, que otros han llamado *defensa de la traicion á la patria*. Uno de los más abominables efectos del fanatismo político por libertades y reformas abstractas, es amortiguar ó cegar del todo en muchas almas el desinteresado amor de la patria. Viniera de donde viniera el destructor de la Inquisicion y de los frailes, le aceptaban los afrancesados, y de buen grado le servia Marchena.

Por aquellos días que antecederon á la jornada de Bailén, solía asistir á la tertulia de Quintana. Allí le conoció Capmany, que nos dejó en cuatro palabras su negra semblanza, entre las de los demás tertulios: "Allí conocí al impío y apóstata Marchena, renegado de su Dios, de su patria y de su ley, fautor y cómplice de los franceses que entraron en Madrid con Murat."

Ya antes de este tiempo andaba Marchena en relaciones con Quintana y los suyos. Ciertas alusiones de los versos del abate nos inducen á creer que en sus mocedades cursó algún tiempo las aulas salmantinas. Lo cierto es que fué desde 1804 colaborador de las *Varietades de ciencias, literatura y artes*, no con su propio nombre, sino con las iniciales *F. M.*, presentándole los editores como "un español ausente de su patria, más de doce años habia, y que en medio de las vicisitudes de su fortuna no habia dejado de cultivar las musas castellanas." Allí se anunció que proyectaba una nueva traducción de los poemas ossiánicos, más perfecta é íntegra que las de Ortiz y Monteuigón, y se pusieron para muestra varios trozos. A Marchena, falsario por vocacion, le agradaban todas las supercherías, aún las ajenas, y traduciendo los *pastiches*, de Macpherson, anduvo mucho más poeta que en sus versos originales, de tal suerte, que es de lamentar la pérdida de la version entera. Como las *Varietades* (1) son tan raras (yo nunca he visto ejemplar completo, ni lo es el que tengo) y como, por otra parte, la poesía ossiánica, no obstante su notoria falsedad, conserva cierta importancia histórica, como primer albor del romanticismo nebuloso y melancólico, y como primera tentativa de poesía artificialmente nacional y autónoma, quizá no desagrade á los lectores ver estampado aquí, tal como le interpretó Marchena, el famoso apóstrofe *Al Sol*, con que termina el poema de Cárton, original del *Himno al Sol*, de Espronceda.

¡Oh tú, que luminoso vas rodando
Por la celeste esfera,
Como de mis abuelos el bruñido
Redondo escudo! ¡Oh Sol! ¿De dó manando

(1) Los fragmentos *ossiánicos* de Marchena están en los núms. 16, 17 y 18 (1804).

En tu inmortal carrera
 Va, dí, tu eterno resplandor lucido?
 Radiante en tu belleza
 Majestuoso te muestras, y corridas
 Las estrellas esconden su cabeza
 En las nubes; las ondas de Occidente,
 Las luces de la luna oscurecidas
 Sepultan en su seno; reluciente
 Tú en tanto vas midiendo el amplio cielo.
 ¿Y quién podrá seguir tu inmenso vuelo?
 Los robles empinados
 Del monte caen; el alto monte mismo
 Los siglos precipitan al abismo;
 Los mares irritados
 Ya menguan y ya crecen,
 Ora se calman y ora se embravecen.
 La blanca luna en la celeste esfera
 Se pierde; mas tú, ¡oh Sol! en tu carrera
 De eterna luz brillante
 Ostentas tu alma faz siempre radiante.
 Cuando el mundo oscurece
 La tormenta horrorosa, y cruge el trueno,
 Tú, riendo sereno,
 Muestras tu frente hermosa
 En las nubes, y el cielo se esclarece.
 ¡Ay! que tus puros fuegos
 En balde lucen, que los ojos ciegos
 De Ossian no los ven más; ya tus cabellos
 Dorados vaguen bellos
 En las bermejas nubes de Occidente,
 Ya en las puertas se muevan de Oriente.
 Pero también un día su carrera
 Acaso tendrá fin como la mía;
 Y sepultado en sueño, en tu sombría
 Nube, no escucharás la lisonjera
 Voz de la roja aurora:
 Sol, en tu juventud gózate ahora.
 Escasa es la edad yerta,
 Como la claridad de luna incierta
 Que brilla entre vapores nebulosos
 Y entre rotos nublados....

Estos versos jugosos y entonados, aunque pobres de rimas, son muestra clarísima de que sus largas ausencias y destierros no habían sido parte á que Marchena olvidara la dición poética española, sin que para abrillantarla ni remozarla necesitara recurrir entónces á los extraños giros,

inversiones y latinismos con que en sus últimos años afeó, prosa ó verso, cuanto compuso (1).

A los pocos dias de haber llegado Marchena á Madrid, imperando todavía *pro formula* el antiguo régimen, se creyó obligado el tolerantísimo y latitudinario inquisidor general, D. Ramon José de Arce, á mandar prender al famoso girondino, cuya estrepitosa notoriedad de ateo habia llegado hasta España. Se prendió y mandó recoger sus papeles (algunos de los cuales tengo yo á la vista); pero Murat envió una compañía de granaderos, que le sacó á viva fuerza de las cárceles del Santo Tribunal. Con esta ocasion compuso Marchena cuatro versos insulsos, que llamó *epigrama*, y que han tenido ménos suerte que su chanza contra Urquijo.

El Rey José hizo á Marchena director de la *Gaceta* y archivero del ministerio del Interior (hoy de Gobernacion), le dió la cruz del *pentágono* y le ayudó con una subvencion para que tradujera el teatro de Molière, secundando á Moratin, que acababa de trasladar á la escena española, con habilidad nunca igualada, *La escuela de los maridos*. Marchena puso en castellano las comedias restantes (2); pero sólo llegaron á representarse é imprimirse *El avaro*, *El hipócrita* (*Tartuffe*) y *La escuela de las mujeres*, recibidas con mucho aplauso en los teatros de la Cruz y del Príncipe. Estas traducciones, ya bastante raras, disfrutaban de fama tradicional, en gran parte merecida. Con todo eso, Marchena no tenia verdadero ingenio cómico, y sus versos, ásperos como guijarros, y casi siempre mal cortados, nada conservan de la fluidez y soltura necesarias al diálogo de la escena. Pero el hombre de talento donde quiera le muestra, aún en las cosas más ajenas de su índole; y por eso las traducciones de Marchena se levantan entre el vulgo de los arreglos dramáticos del siglo XVIII *quantam lenta solent inter viburna cupressi*. Hubiera acertado en hacerlas todas en prosa. Los roman-

(1) Alguien ha atribuido estos fragmentos á Maury; pero ni las iniciales (que en este caso deberian ser J. M. M.), ni las señas que se dan del traductor, ni el estilo, ni la versificacion convienen. Además, hay un dato que corta toda cuestion, y es el existir dos poemas de Ossian en el código de poesías de Marchena, recientemente descubierta en París. De Maury no sabemos que tradujera nunca al supuesto bardo caledonio.

(2) Así lo afirma en sus *Lecciones de filosofía moral*, pero se ignora el paradero de esta version completa.

ces de su *Tartuffe* (1) son tan pedestres y de tan vulgar asonancia como los de *El baron* y *La mogigata*. Además de las comedias de Molière, tradujo y dió á los actores Marchena otras piezas francesas de ménos cuenta: *Los dos yernos* y *Filinto ó el Egoista*, célebre comedia de Fabre de L'Eglantine, que quiso hacer con ella una especie de *contre-partie*, ó de tesis contradictoria de la del *Misántropo*.

MARCELINO MENENDEZ PELAYO.

(Concluirá.)

(1) La reimpression que de él tengo carece de año y de lugar, y de toda advertencia ó prólogo.

HISTORIA DE NUESTROS DIAS.

I.

Nada más difícil que deducir las ideas generales de los hechos particulares sucedidos á nuestra vista. Como en buena salud apenas advertimos los efectos de la respiracion, de la nutricion, de la absorcion, aunque sostienen las varias combustiones á cuyo calor se suceden las metamorfosis de nuestra vida, y se renuevan los átomos de nuestro cuerpo, en el curso de los sucesos ordinarios apenas acertamos con la trascendencia de los hechos más trascendentales y graves. Observamos, por cierto, mucho mejor el movimiento de los sucesos pasados, que el movimiento de los sucesos contemporáneos. Cual en nuestras navegaciones parécenos que las costas andan y el barco en que vamos metidos está quieto, en la historia parécenos que los tiempos ya sepultos corren, y el dia corriente es un punto inmóvil en la infinidad de los siglos. Y sin embargo, ¡cuán provechosas enseñanzas nos trae cada minuto en la vertiginosa sucesion de los hechos contemporáneos!

Convirtamos á ellos el pensamiento, y reflexionemos. Para los que sienten y piensan como yo siento y pienso, la República es el régimen definitivo de una democracia tan arraigada y extendida como la democracia francesa. Dados los principios cardinales de aquella sociedad, su revolucion tan trascendental á la vida como el Cristianismo y el Renacimiento, su igualdad civil, su régimen social, que ha engendrado millones de propietarios, las libertades religiosas prendidas fuertemente así en las leyes como en las costumbres, la ruina de todas las antiguas aristocracias y la desaparicion de todos los antiguos privilegios, no cabe duda que á tal estado, ya definitivo, corresponde una incontrastable República. Duélanse cuanto les pida el desengaño los adoradores de las viejas institucio-

nes y de los pasados tiempos; á la esencia y á la sustancia de la sociedad francesa corresponde por conclusion lógica necesaria el organismo republicano, como á cierto estado físico y químico de la tierra nuestra corresponde á su vez el humano organismo. Pero no puede dudarse que la República hoy, al pasar de su período de iniciación á su período de consolidación, atraviesa una crisis peligrosa, como solemos los mortales tener enfermedades peligrosas también al pasar de una edad á otra edad de la vida en nuestro forzoso desarrollo.

Permitidme, para explicar la situación de Francia en el momento en que pongo la pluma en el papel, traer á colación algunos recuerdos personales que, mal de mi grado, atraviesan ahora por mis mientes. Hallábame yo en cierta velada gratísima, de las que reunía tras sus espléndidos banquetes nuestra ilustre amiga Mad. Adam, allá en su casa del Boulevard Poissonier, por el año 1875, cuando se acercó mi buen amigo Spuller adonde yo estaba sentado y solo, mientras los demás comensales sorbian su café y fumaban su cigarro, y trabó una conversación política conmigo, mucho más franca que las sostenidas á la mesa, las cuales, por la importancia de los personajes y por la vivacidad y el ruido, tomaban aspecto de solemnes discusiones en abreviado pero elocuentísimo Congreso. Tuve yo al confidente y privado de Gambetta, durante el período trascurrido entre la sublevación del general Prim en Castilleja y la sublevación nuestra en Madrid el año 1866, de corresponsal en *La Democracia*; y como entónces ocurriera el conflicto austro-prusiano y la guerra consiguiente, pude apreciar en sus comunicaciones toda la nobleza de su temperamento leal y honrado, así como toda la prevision de su profunda inteligencia política. Por Spuller conocí en mi emigración á Gambetta, con quien anudé cordial amistad, entibiada más tarde por el disentimiento de nuestros juicios sobre la política más conveniente á Francia y España, no curado él de su republicanismo radical y cada día más decidido yo por mi republicanismo conservador. Un poco ducho, por mi carácter de tribuno y por mi manía de apostolado, en el arte difícil de difundir mis pensamientos, cuyos secretos á veces brotan á borbotones contra mi voluntad de los labios, y hasta reflejan su fuego interior en los ojos, hablé á Spuller con la franqueza propia del Mediodía, bien opuesto, por cierto, á la reflexiva reserva del Norte; habléle del servicio prestable al amigo, de todos admirado, y de mí no obstante nuestros disentimientos muy querido, compeliéndole á entrar en resuelta polí-

tica y á decidirse por la izquierda ó por la derecha, por alguna de las dos fracciones en que necesariamente se halla dividida la democracia francesa. «Líbreme Dios, me contestó Spuller, de aconsejarle tal determinacion: Gambetta debe ser á un mismo tiempo el jefe de Casimiro Perier y el jefe de Enrique Rochefort.»

Cualquiera que haya saludado no más un periódico francés, alcanza fácilmente la significacion de tal frase, con sólo recordar cómo Casimiro Perier, nieto del célebre ministro de Luis Felipe que organizó la resistencia del Estado nuevo á los excesos revolucionarios despues del año 30; hijo del ministro de Adolfo Thiers que cooperó al establecimiento de la tercera República; significa con todas estas tradiciones la moderacion dentro de los republicanos; como Rochefort significa el socialismo averiado, la utopia extrema, la comunidad revolucionaria, la prensa demagógica, el desorden constante, los delirios todos de la extrema izquierda.

Nada más ilusorio que la política propuesta por Spuller, ni más contrario á un verdadero estadista. Por ella, obras conservadoras y palabras radicales; una presidencia pública de la Cámara y una oposicion, más ó menos disfrazada, en secreto; inclinaciones cuasi cesaristas de un lado por la centralizacion absorbente y por la uniformidad imperial y de otro lado inclinaciones cuasi demagógicas por la intransigencia comunera y la utopia social; conservacion del Concordato oficialmente y solemnes declaraciones positivistas y guerra incansable á las órdenes monásticas; complacencias unas veces con el Senado y otras veces descaradas amenazas; la revision constitucional y la anti-revision sostenidas en los mismos dias; el puesto parlamentario más alto convertido en una especie de gobierno irresponsable; rivalidades con el Elíseo por el método electoral y sumision tardía; jefatura de la izquierda en el Congreso y tendencias á presidir un ministerio que no riña con la derecha; política oportunista por bandera y ciudadanos de Belleville por electores; las contemplaciones continuas al ejército y la rebaja del tiempo de servicio; una incertidumbre fuera del poder, que en solo un lustro le ha gastado como no le gastáran veinte años de poder con ideas claras y firmes resoluciones.

Mas, en verdad, todo ha cambiado para Gambetta. Aquel Enrique Rochefort, de quien deseaba conservar la direccion, le ha mordido en la honra, maltratándole con su ironía trocada en sarcasmo, cual no maltrató á Napoleon III mismo en su protervo trono. Aquellos electores del Monte Aventino, con cuya custodia se ofrecia de continuo

á los patricios y á los cónsules como el más popular de los tribunos, han comenzado por silbarle y han concluido por preferirle un escritor ingenioso y ático á quien él negara, desde las alturas de su popularidad, toda esperanza de victoria. La mayoría entrada en el nuevo Parlamento, no ha resultado, ni tan dócil, ni tan numerosa, ni tan nutrida, como la deseaban los comités nacidos á la sombra del palacio Borbon. Se han vuelto contra toda veleidad revisionista periódicos tan importantes como el *Diario de los Debates* y *El Tiempo*. La responsabilidad del poder se acerca con toda su abrumadora pesadumbre; y la redaccion de un programa con alguna reforma tangible se aleja como los espejismos del desierto. Por todo porvenir ofrécese alguna modificación baladí en el método de reclutar los senadores; algun cambio personal en el escalafon de la magistratura; la caída de los distritos que desvanecieron las conjuraciones reaccionarias del 16 de Mayo, reemplazados por las circunscripciones, que ofrecen pavorosos enigmas; y unos cuantos seminaristas, sacados de sus aulas, acrecentando en las filas del ejército el número de los rancheros. ¿Merecian estos pobres resultados tan estruendoso ruido?

El error de los republicanos franceses se semeja, como un huevo á otro huevo, al error de los republicanos españoles. ¡Ah! Los dos partidos creyeron que con la República llegaban al principio, cuando llegaban al término de la revolucion. Los dos imaginaron que la República era la base, cuando la República era la cúspide de la reforma. Los dos decidieron que la República se asemejaba á una verdadera navegacion, cuando la República se asemejaba por completo á un verdadero puerto. Las ideas extendidas por el espíritu de la última centuria, y de esta centuria nuestra, han hallado su organismo en la forma republicana; y al hallar su organismo en la forma republicana, han concluido y perfeccionado su lógica evolucion. Por consiguiente, la República es término de series dialécticas, resúmen de período largo, áncora de consumados progresos, corona de sublime movimiento, el epílogo y no el prólogo de una revolucion, la cual, iniciada felizmente á los comienzos de nuestro siglo, se halla hoy en toda su madurez, y reviste, por tanto, con la forma republicana, el organismo correspondiente á su esencia. Obra de conservacion y no de innovacion es la obra de Gambetta.

Y obra de conservacion verdadera, nada tan peligroso á su prosperidad como los asaltos continuos á la firmeza de instituciones ya profundamente arraigadas y la siembra incesante de agitacion polí-

tica diaria que á nada conduce. Para validar con el ejemplo las palabras dichas en los últimos discursos, precisaba no haber antes suscitado tantas cuestiones en tropel como pudiera cualquier juntero hacerlo, tras inesperado pronunciamiento, en sesiones de rojo club. Ese insano afán de reformas rojas, suscitado por palabras fulgurantes, se ha de volver contra Gambetta en cuanto coja las riendas del Gobierno. Cuando, despues de haber prometido tanto, vea el público que ha hecho tan poco, perderá una popularidad, la cual durára, de ostentar en Cahors y en Tours, cuando pronunció los discursos reformistas, la entereza ostentada en Nenubourg y en Honfleur, al pronunciar los discursos conservadores. Reformas económicas, reformas judiciales, reformas administrativas ha menester Francia ciertamente. Convendria mejorar la percepcion de los impuestos, disminuir la tardanza de los procedimientos, ampliar la libertad provincial, corregir los vicios enormes de la triste administracion militar, promover y cumplir el grandioso plan de obras públicas iniciado por Freycinet, coronar la obra maravillosa en la instruccion primaria tan bienhadadamente comenzada por Ferry, mas huyendo de toda innovacion política: que las constituciones de los pueblos republicanos han menester el privilegio de que goza la constitucion americana, y de que se huelgan cuantos viven á su gloriosa sombra, el privilegio de la tradicion y de la antigüedad, bastante poderoso de suyo á inspirar el respeto íntimo y la sumision y la obediencia voluntarias. No sentimos impaciencia por cambiar su constitucion los que creemos en la eternidad de la República.

II.

La grande agitacion electoral de Francia coincide con la grande agitacion electoral de Alemania. El Imperio no está ménos conmovido que la República. Para organizar una mayoría gubernamental ha tenido el canciller que captarse la voluntad de los partidarios de Roma y la voluntad tambien de los socialistas de cátedra. Con estos dos términos contrarios, forma, por medio de una síntesis cuasi hegeliana, abigarrado partido, el cual puede retroceder hasta la humillacion delante del Papa si es preciso y adelantar al mismo tiempo hasta los límites de las más avanzadas utopias. Im-

perio sin Pontificado es cosa incomprensible, como Emperador sin tendencias socialistas. Por consiguiente, contra los liberales nacionales, que rechazan la economía proteccionista, la voluntariedad ministerial, los Parlamentos siervos, el poder cuasi autocrático, la reaccion cuasi jesuítica, organiza, por virtud de un expediente burocrático, mayoría compuesta de dos factores entre sí tan opuestos como aquellos que quieren llevar el Emperador hasta el patio de Canosa, eterno testigo del influjo preponderante de la monarquía pontificia sobre la monarquía civil, y aquellos que quieren la mejora de las clases bajas, por medios menos ruidosos y principios menos radicales que los medios y los principios de las antiguas escuelas socialistas, templadas sí, pero no destruidas, en esta nueva transformación del cesarismo. Para satisfacer á los unos el canciller les arroja como pasto los judíos, responsables del movimiento liberal germánico; y para satisfacer á los otros les arroja los nacionales liberales, inconsecuentes con las escuelas socialistas. No puede pintarse con verdad el regocijo que reina en la legion germánica de los impenitentes reaccionarios, tan fanáticos y supersticiosos como los carlistas de Francia ó España. Los señores feudales de Alemania; los románticos, enamorados todavía del gótico y del ultramontanismo; los güelfos, llorosos y doloridos por la ruina de sus antiguas dinastías; los católicos de Baviera, que aún se imaginan servir al Emperador Carlos de Austria ó estar en la guerra de treinta años; los sajones, pagados de su historia como los portugueses, juran á una por su honor y por su fé la cruzada contra esos nacionales que han rematado la corona germánica, forjada en cien combates, con el gorro frigio cosido en las sesiones revolucionarias de las Asambleas de Francfort y colorado por la sangre de los nobles muertos en las batallas sangrientas, que mantuvieron allá el año cuarenta y ocho por la nacion arqueológica de las antiguas creencias y de los tiempos antiguos, contraria de todo en todo á esta nacion de los viejos revolucionarios y de los arrepentidos republicanos. Pero ¡ah! que la inteligencia del canciller con los católicos de Prusia y con los reaccionarios de Baviera y de Sajonia encierra grandes peligros para su obra magna, para la unidad alemana. Crea en la solidaridad histórica de los partidos el ilustre repúblico aleman. Y el partido reaccionario de Alemania quiere, como el partido reaccionario de Italia, ¡oh! el fraccionamiento y division de su patria. El Imperio débil y el Pontificado fuerte significan para ellos la política conocida hoy en Europa con la denominacion de

particularismo, cuyas tendencias van derechas al restablecimiento de los antiguos Estados, de las Dietas antiguas, de una Germania con príncipes feudales y electores eclesiásticos, tal como la sueñan todos cuantos quisieran saltar sobre la revolucion religiosa y la revolucion política, para caer de nuevo en los siglos bienhadados de la Edad Media. Los católicos de Colonia que aún sueñan con su destruido arzobispo reinante; los arqueólogos de Nuremberg que quisieran reducir los ciudadanos á juguetes de su monarca histórico, como los polichinelas de su industria son juguetes de los niños traviesos; los artistas prerafaelianos; los caballeros de Baviera, sacrificados en la guerra eterna contra el liberalismo y la reforma; todos los restauradores de aquellas córtés de reyezuelos, cuyo ejército estaba reducido á sus pinches y lacayos, córtés de músicos y danzantes, de filósofos á sueldo, de poetas adormecedores y durmientes, de sabios con librea, fustigados por Heine y dispersos por el viento de las ideas unitarias, cuyo influjo ha dado el Imperio alemán á los marqueses de Brandeburgo, acaparadores de los bienes pertenecientes á la órden teutónica y compañeros de Mauricio de Sajonia en el paseo militar á Inspruch contra el Concilio y el Emperador; todos se frotan las manos de gusto y se creen próximos á ver entrarse de pronto por sus puertas una reaccion servida á domicilio por aquel á quien llamaron antes, en su furor separatista ó teocrático, el demonio del Norte, ni más ni ménos que los protestantes de todas procedencias han llamado á Felipe II el demonio del Mediodia. Pero ¿cuánto tiempo durará esta coalicion transitoria? Las ideas unen como desunen los intereses, porque las ideas nacen de la sublime fé y los intereses del refinado egoismo. Y las ideas de unidad alemana y de progreso en el desarrollo de las libertades públicas, llevaron á los nacionales germánicos al Imperio revolucionario como los intereses de iglesia, de secta, de patria diminuta, de Estado pequeño, llevarán á los ultramontanos de todos matices contra el Imperio revolucionario. Conservar el nuevo Estado, alemán y progresivo, con los viejos elementos particularistas, paréceme un error equivalente al error de los republicanos gambettistas, que quieren erigir su República conservadora y gubernamental sobre los comuneros de Belleville. Toda reaccion violenta lleva en sus entrañas, por necesidad, una revolucion inevitable, como toda revolucion violenta lleva por iguales motivos y razones en sus entrañas una inevitable reaccion.



III.

¿Quién, que de liberal se precie, no habrá soñado alguna vez con la tribuna en Roma, la Agora en Atenas, el Parlamento en Londres, la logia en Florencia, la columna de Julio en París, el Capitolio en Wassingthon, los sitios ungidos por el derecho y consagrados en la memoria del humano linaje? Pero, ¿quién querrá ver los alcázares del despotismo, que deshonoran nuestro nombre y humillan nuestra dignidad? Yo me figuro á Peterhof, la madriguera del Czar. Prados verdes, pero baldíos; bosques umbrosos y espesos, pero tristes; surtidores que sin cesar corren y que parecen compuestos por torrentes de lágrimas; palacios más tristes que prisiones; mucha magnificencia en los edificios y mucho cultivo en la campiña; pero todo ello consagrado á solaz de una familia de autócratas, omnipotentes y hartos. Luégo, en los espaciosos y mudos salones, bajo las altas cóncavas bóvedas, sobre las alfombras donde vuestros pies se hunden, ¡cuántos espectros! Los crímenes que ha perpetrado el despotismo para fundarse y sostenerse; las víctimas de las conjuraciones cortesanas, cuyas sombras andan errantes y luctuosas por los aires envenenados de ponzoñosos recuerdos; los siervos, que bajo el látigo han construido aquellos templos de sus tiranos y sepulcros de sus derechos; la tradicion cruenta, que de todo ello se desprende y que os empaña hasta la conciencia y la ennegrece, como corrompen la sangre los miasmas palúdicos; cuantas cosas veis y tocais, tienen relacion tan estrecha con el despotismo, en su seno encerrado, que podriais creerlas su propia inseparable forma. Desde la terraza de aquel Versailles moscovita, descúbrese á lo lejos la desembocadura del Neva en la mar del Norte, como un rio de sombras en plúmbeas simas; y la ceñuda Kronstandt, cuyas murallas de granito y cuyas fortalezas de formidable aspecto señalan con sus siniestras líneas la entrada en los desolados y tristísimos dominios de una omnipotente autocracia. Imaginaos allí un hombre circuido de triple círculo de guardias, sin los cuales no puede vivir; amenazado por agentes invisibles de ideas exterminadoras, que parecen diluidas en los aires, y que caen como sombras sobre su corazon y sobre su conciencia; imagináoslo temiendo que los suelos se abran, que los

aires se incendien, que la muerte venga de súbito á derribarle desde un trono siempre vacilante, á una eternidad infernal; y decidme si merece la compasion pública quien, olvidado hasta de los principios de su tiempo y de las condiciones de su autoridad, quiere inspirar á los que están decididos á morir un terror imposible.

No hace muchos dias que dejó tal sitio y se dirigió á la capitalidad antigua de su Imperio, la ciudad de los Ivanes, Moscou, huyendo de la capitalidad moderna de su Imperio, la ciudad de los Romanoff, Petersburgo. En el camino sus guardias ahuyentaban las gentes para que al Emperador no se acercasen y no le dijese como desean algo necesario á la vida cual la luz y el aire, los derechos á la libertad. Y eso que iba con afan á la Sede apostólica de los Césares moscovitas. Roma pasa por la eterna madre de los Emperadores latinos, Constantinopla por la eterna madre de los Emperadores griegos, Moscou por la eterna madre de los Emperadores rusos. La tierra de aquella ciudad es la esposa del Czar como Juno la esposa de Júpiter. Este matrimonio entre la Cibele moscovita y el autócrata, engendra el despotismo patriarcal y eterno que anhelan conservar Alejandro III y el campesino moscovita contra los nobles de todos los castillos y los estudiantes de todas las universidades. Moscou, la Roma eslava; la ciudad de los blancos muros, á la cual abraza el rio Moskova y cela el fuerte Kremlin; centro de los ferrocarriles imperiales por factoría importantísima y por punto estratégico de primer orden; la capital de los grandes barrios y de las altas pirámides; formada de fugitivos errantes cual la Ciudad Eterna, y que rica en tantas iglesias como dias tiene el año, que levantan á las alturas cuatro mil torres doradas, parece una ciudad asiática, perdida completamente, á guisa de los tártaros, en las estepas boreales de la vieja Europa.

Un viaje á Moscou en los comienzos del nuevo reinado, y antes de la coronacion, podia interpretarse por un grande homenaje de recuerdos y un grande incentivo de promesas, tributados á la más histórica y más reaccionaria de todas las ciudades moscovitas. Allí, donde se alza la puerta del Salvador, que los ortodoxos atraviesan de rodillas; la torre de cien metros, que los viajeros saludan desde lejos con oraciones de bizantina liturgia; la campana de doscientas toneladas de peso, que no suena, falta de apoyo, como no suenan las lenguas rusas, faltas de libertad; el cañon mónstruo, que debe aterrar á los heterodoxos; el ikono thaumaturgo, que han gastado con sus besos místicos los labios de cien generaciones devotas; la

iglesia de la Intercesion, que se parece á la gran basílica de Venecia y á la gran pagoda del Indostan, como Rusia se parece al continente asiático y al continente europeo; las rotondas áureas con sus escamas de porcelanas varias, y los campanarios chinescos, y los cuadros de figuras rígidas; allí han debido celebrarse los desposorios del jóven Czar Alejandro con la rusa y arqueóloga política panslavista. Y en virtud de tal creencia, las aclamaciones han menudeado; y el gallardo príncipe, receloso y aturdido como gamo ligero en dia de caza, descansó unas horas en la confianza de que aún le quedaban fieles vasallos dispuestos á morir por él, como en la ópera del músico Glinska, en las antiguas capitales de la grande Rusia.

Pero la política panslavista se funda en el ódio á la vecina Germania. No se puede con exactitud averiguar quién aborrece más al aleman y su Imperio; si el enemigo de Oriente, ó sea el eslavo moscovita; si el enemigo de Occidente, ó sea el exaltadísimo francés. La furia francesa es reciente, contemporánea, brotada de heridas que puede curar el tiempo con sus bálsamos de olvido y la fortuna con sus vueltas de cara; mientras la furia eslava es tan vieja como la tierra, como la nacion, como la sávia que corre por las selvas y como la sangre que corre por las arterias de todos los viejos moscovitas adscritos á la religion ortodoxa y al Imperio ruso. Por consecuencia, ¡cuánto no habrá sido su asombro al ver el viaje panslavista de Moscou seguido por el viaje aleman de Dantzic! En Moscou Alejandro parecia el Czar anterior, y en Dantzic el Czar posterior á Pedro el Grande. Allí amenazaba y aquí aquietaba á la Alemania imperial. Allí parecia predicar la cruzada ortodoxa contra la proterva Europa occidental, y aquí predicar la inteligencia de todos los europeos con su dinastía cuasi germánica, para impedir los arrebatos moscovitas y refrenar á la inquieta é invasora Moscovia.

Pero no debe Alejandro forjarse ilusiones. Las enemistades históricas, tradicionales, eternas se levantan sobre todas las conveniencias transitorias del momento y sobre todos los arreglos diplomáticos del mundo. Prusia hoy no puede vivir sin el afecto de Austria, y Austria no puede renunciar á sus intereses en la península de los Balkanes, contrarios de todo en todo á los intereses de Rusia. La nacion que está sobre los orígenes del Danubio y sobre su enriquecido y amplio curso, desea estar tambien sobre la desembocadura; deseo fomentado por Prusia y cuya satisfaccion de ninguna suerte puede consentir la nacion poseedora de la Besarabia y de la Crimea. El dia que Austria se dirija en nombre del germanismo

amenazador á Salónica, se dirigirá Rusia en nombre del eslavismo amenazado á Constantinopla. Si Austria tiene para este fin territorios recientemente desgajados de Turquía, tiene por su parte Rusia territorios desgajados de Rumanía. Si Austria ha formado con la Bosnia y la Herzegovina, marcas alemanas en el Imperio turco, Rusia también ha formado con su Rumelia otras marcas moscovitas en el mismo Imperio. Todo esto es una guerra próxima en gérmen, que no podrán evitar las visitas más ó ménos corteses, ni las alianzas más ó ménos diplomáticas. Todo esto es una guerra de Rusia y Francia quizás con Alemania y Austria.

Por lo demás, nada puede; si en Dantzig se han reunido los dos Emperadores contra el movimiento interior de Rusia; nada puede la fuerza de los imperios contra la fuerza de las ideas. La constante aspiración á la libertad, que agita las entrañas del territorio ruso, concluirá por tragarse tronos mayores que el trono de Alejandro. Hay dos enfermos en el mundo; el califa de los musulmanes y el aristócrata de los moscovitas. El uno muere de interior desorganización, y el otro muere de complicaciones externas. La conjuración nihilista mata al uno, y al otro lo matan complicaciones como la de Túnez, dificultades como las de Trípoli, pronunciamientos como los de Egipto, pérdidas como las de Thesalia y Chipre, odios como los de Rusia y abrazos como los de Inglaterra. Suena en este siglo de la libertad la última hora de todos los despotismos, hasta en los inmóviles senos del Oriente.

EMILIO CASTELAR.

EL EBRO POR FRONTERA.

(CONCLUSION.) (I)

§ 8.º

¿Pero es cierto que D. Alonso VII quedó por tan dueño de Rioja y de todo el territorio de las Provincias Vascongadas, como dicen el Sr. Sandoval, y sus secuaces?

El P. Moret dice positivamente que no. Doce escrituras aduce éste para probar que D. García, el restaurador de la corona de Navarra, fué durante toda su vida señor de parte de Rioja, sobre todo de Logroño, y además de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya, las cuales en su mayor parte son ciertas (2). Parece pues indudable que D. García se consideró Rey de las Provincias Vascongadas, y áun de alguna parte de la Rioja; pero falta saber en qué concepto, si por derecho, por reconquista ó por homenaje hecho al Rey de Castilla. Eso es lo que no quiere decir el P. Moret, que, cuando queria, sabia callarse cosas muy buenas. En el capítulo VI del libro III dice como quien pasa sobre ás-cuas (pág. 694): "Parece que esta recuperacion de la Rioja, de los lugares principales de ella, Nájera, Logroño y Calahorra (3), fué muy al principio del año siguiente de Cristo 1135 (4), poco despues que los invadió D. Alonso VII de Castilla, y pasó á Zaragoza, y que aquel mismo año, ya para Mayo habian tomado *algun modo de con-*

(1) Véase la página 390 de este tomo.

(2) En el tomo L de la *España Sagrada* se copia otra del archivo de la catedral de Tudela, otorgada en 1135, en que así se intitula.

(3) La frontera de Navarra del Ebro aquende.

(4) *Vocarent Regem Imperatorem pro eo quod Rex Garsias et Rex Zafadola Sarracenorum et Comes Raymundus Barchinonensium et Comes Adefonsus Tolosanus in omnibus essent obedientes ei* (pág. 346).

cierto ambos Reyes sobre la Rioja. Cita Moret un documento posterior, en que se dice cuando D. Alonso hizo pleito en Nájera con el Rey D. García. Y al comentar la palabra pleito (*fecit pleito in Naxera*), añade (§ 19) que debió reducirse á algun linaje de juicio ó pleito, cosa singular." Pero la palabra pleito, en latin *placitum* (*plaito pleito*) significa á veces arbitraje y á veces *pleyto homenaje*. Lo cierto es, áun cuando lo quiera ocultar Moret, pues consta por otros lados, que D. García hubo de hacer pleyto homenaje, y tanto que aquel año asistió á la coronacion del Rey D. Alonso VII, como Emperador en Leon, ni más ni ménos que como el Rey moro Zafadola, segun consta de vários documentos, además de la crónica toledana, más segura en las cosas de Leon y Castilla la Nueva que en las de Aragon y Navarra (1). Y ésta añade que el Rey D. García llevó del brazo al de Castilla para coronarse, y cuenta al navarro entre los que le juraron *ut in omnibus essent obedientes ei*. Y no le duró mucho el juramento, pues dos años despues procuró emanciparse de aquel vasallaje, viendo al Emperador enredado en guerra con el de Portugal. Y, si es cierta la narracion de la crónica de Alonso VII, éste se apoderó de Navarra hasta Pamplona, derrotó dos veces á D. García, y éste tuvo que apечugar con vasallaje perpétuo, y, por contera, casar con una bastarda del Emperador, llamada doña Urraca, hija de una de sus concubinas, llamada Gontroda, hija de Pedro el señor de Astúrias; pues en materia de castidad no se pareció el *Santo Rey* D. Alonso VII á su maldito y depravado padrastro el Batallador, *mal cristiano*, al cual no se conoció nunca concubina ni bastardo (2), á pesar de *las cosas* de su mujer.

La célebre crónica concluye así á estilo de comedia, añadiendo una buena noticia; á saber, que doña Gontroda, cuando vió á su hija *tan alta*, se metió monja en Oviedo, y fué lo mejor que pudo hacer para darle al diablo con la puerta en los hocicos.

(1) *Ut Rex Garsias serviret Imperatori sine fraude cunctis diebus vitae amborum.*

(2) Por lo visto, en aquellos tiempos se estilaba que los buenos cristianos tuvieran mancebas, y los malos cristianos no las tuvieran.

De mal cristiano trataban al Batallador la *Compostelana* y el *refitolero anonimo* de Sahagun, más embustero que el Cide Hamete del siglo XII, en todo lo que se refiere al Batallador.

Resulta, pues, que D. García se tituló Rey de las Provincias Vascongadas, con sumision al Emperador por aquellos territorios, como D. Ramon Berenguer se decia reinante en Zaragoza y Calatayud (1), por el homenaje que tenia hecho á su cuñado el Emperador por aquellos territorios, segun queda dicho.

Una vez entronizada la fuerza en vez del derecho, aparece que ninguno de los tres Reyes dejaba de aprovechar la ocasion de apoderarse de los codiciados territorios adyacentes al Ebro, siempre que podian usurpárselos á sus vecinos, á pesar de paces, treguas, tratados y juramentos. Es muy sustancioso, á propósito de esto, el siguiente párrafo del P. Moret: "Parece que al principio del reinado del Rey D. Sancho (el hijo de D. García de Navarra) por haber quedado éste de menor edad, el Emperador don Alonso VII y el conde de Barcelona, D. Ramon Berenguer, volvieron á revalidar ligas antiguas y particiones del reino de Navarra, que varias veces habian hecho." Lib. 3.º, capítulo 3.º, § 6.º

El P. Moret calla los tratados que habia hecho D. García con Alonso VII para repartirse á Aragon, y la poca formalidad de aquél cuando D. Ramiro le quiso prohiar, para volver á unir las coronas de Aragon y Navarra, puntos á que no podemos descender aquí, pero que tratan los historiadores aragoneses.

Y luégo á vuelta de hoja viene el siguiente párrafo (9.º, cap. 7.º, lib. 3.º):

"Como los Reyes de Castilla y Aragon se habian aprovechado de la ocasion de la menor edad del Rey D. Sancho de Navarra, así tambien él logró la de los pocos años de su sobrino D. Alonso VIII de Castilla y Leon, por causa de su tutoría. Y fenecida la guerra de Aragon, al cabo de veinticinco años que duraba, la renovó contra Castilla *para recobrar* las tierras de la Rioja y Bureva hasta Montes de Oca, que, por derecho de la primogenitura (2) y di-

(1) Véase el tomo XLIX de la *España Sagrada*.

(2) El P. Moret alega la primogenitura del Rey de Navarra, porque no quiso reconocer á D. Ramiro I por hijo legítimo, pues, por lo demás, hubo de confesar que era primogénito. En el § 86 del largo capítulo 2.º, del libro 3.º, despues de batir en brecha á Briz Martinez, en algo con razon y en algo sin ella, tiene que concluir diciendo: "En cuanto podemos colegir y rastrear de los instrumentos, D. Ramiro fué habido siendo el Rey Sancho soltero y muy mozo, y esto mismo arguyen los honores y tratamiento del padre... viene á ser muy crecida donacion á hijo bastardo."

vision del Rey D. Sancho el Mayor, eran de la corona de Pamplona, y las habian ganado los Reyes de Castilla en ocasiones semejantes de turbaciones de la república. Recobró en esta guerra el Rey D. Sancho á Logroño, Navarrete, Entrena, Grañon, Cerezo, Briviesca y hasta los Montes de Oca y cerca de Búrgos, como se vé en el arzobispo D. Rodrigo" (1).

Aquí queda otra vez deshecha la frontera del Ebro.

La narracion de las pérdidas y ganancias de pueblos y treguas hechas despacio y rotas de priesa, seria muy pesada. En 25 de Agosto de 1176 los Reyes de Castilla y Navarra comprometieron sus diferencias en manos del Rey de Inglaterra Enrique II. Los navarros fundaron su derecho en la posesion de los Reyes D. García y D. Sancho, hijo y nieto de D. Sancho el Mayor, pero sin insistir en el testamento de éste, torpeza que con razon les echa Moret en cara, y reclamaban nada ménos que hasta Agreda, ó lo que es lo mismo, el Duero por frontera.

Aún fué más disparatada la peticion de los embajadores castellanos, pues fundaron su *torcido derecho* en la conquista de D. Alonso VI, como si la usurpacion fuera razon, y aún alegaron derecho á Roda, junto á Zaragoza, porque Alonso VII se la habia ganado al moro Zafadola, y por análogas razones reclamaron la mitad de Tudela. ¡A tales abogados, tal juez! El Rey de Inglaterra dió una sentencia disparatada, transigiendo sólo las últimas reyertas, y aún eso á favor del Rey de Castilla, mandando devolverle á éste las plazas de Logroño, Navarrete y otras tres más, y en cambio dejó las tres ménos importantes al de Navarra (2).

Mal contentos ambos Reyes por la sentencia del de Inglaterra, vinieron á nuevas avenencias dos años despues, en Abril de 1179. Quedó por Navarra el territorio de Durango hasta la desembocadura del Zadorra en el Ebro, excepto Morellas y algun otro castillo. Por la parte de Rioja salió tambien perdiendo Navarra. Todavía en aquella division sacó á salvo este reino sus indisputables derechos sobre Guipúzcoa; pero habiéndose empeñado el Rey D. Sancho el Fuerte de Navarra en guerras y alianzas con los africanos, el de Castilla se apoderó á toda prisa de Alava y Gui-

(1) Año 1162. D. Rodrigo lo dice en el cap. 26 del lib. 7.

(2) Moret, cap 7, lib. 3.º, § 11 al 15, que sigue la relacion del inglés Howden.

púzcoa, no sin que se defendiese briosamente contra aquél la ciudad de Vitoria, recién fundada, favorecida y fortificada por el Navarro.

Perdidas por éste la Rioja y las Vascongadas, quedando sin marina y cerrado aquel reino entre los Pirineos y la ribera del Ebro, salvo el pequeño triángulo de Rincon á Córtes, y de aquí á Malon, único trecho que le quedó del Ebro aquende, vino á quedar casi incomunicada y por fin á tener que depender de Francia.

§ 9.º

Mas á mediados del siglo siguiente surgió nueva cuestión sobre frontera inopinadamente entre Aragon y Castilla, con motivo de las reyertas de los Reyes Pedros de aquellos países, ambos á cual peores. De pretexto sirvió para ella el haberse apoderado D. Francés de Perellos de dos naves genovesas en aguas de Andalucía, y casi á vista del Rey de Castilla. Es muy posible que, aun sin esto, no hubieran dejado de venir á las manos en las envidias y rencores que ambos Monarcas abrigaban. Comenzó la guerra de fronteras sitiando castillejos y quemando pueblos. Esto era muy frecuente; pero aquella vez (1357), pasó tan adelante, que D. Pedro se apoderó de Tarazona, en donde su gente hizo, hasta en la catedral, estragos, que apenas hubieran hecho los moros. Sitiaba á Borja cuando llegó el de Aragon, y hubo aquél de alzar el sitio. Vino el Legado del Papa, estableció treguas con amenazas de excomunion, exigió que cada uno de los contendientes le entregase las plazas conquistadas; pero el castellano se negó á entregar á Tarazona, pues abrigaba el proyecto de volver á tener el Ebro por frontera.

Excomulgóle el Legado, y él se tragó la excomunion. Rompióse la tregua: los hermanos del de Castilla, incitadores en gran parte de aquellos males, se encargaron de hostilizarle en venganza de los asesinatos de sus hermanos, y D. Enrique, el que luégo los vengó en Montiel, corrió y taló las tierras de Soria y Almazan. Las tropas del Cruel fueron derrotadas en los campos de Araviana (1359) y el alcaide de Tarazona entregó la ciudad al de Aragon, por temor de que iba aquél á mandarle asesinar, pues nadie

tenia segura su cabeza con aquel para algunos *justiciero*. Al siguiente los campos de Rioja volvieron á ser teatro funesto de aquellas discordias: los aragoneses y castellanos descontentos se apoderaron de Nájera. Ya estaban para venir á las manos los dos Reyes en tierra de Borja, cuando logró el Legado imponer nuevas treguas, de que tuvo que arrepentirse el aragonés, ménos astuto que su contrario en esta ocasion. A un tiempo se vió atacado el Ceremonioso por los condes de Fox y Armañac, que entraron por el Rosellon; por el Rey de Navarra, que entró en Aragon por Cinco Villas, y por el Rey de Castilla, que se puso sobre Calatayud con pujante ejército de más de 30.000 hombres y 28 bombardas, gran golpe de artillería para aquel tiempo.

El propósito del castellano, reforzado con auxilios de los Reyes de Portugal y Granada, era no parar hasta Zaragoza y apoderarse de Valencia y de todo Aragon del Ebro aquende, y unirlo á Castilla para siempre. Al navarro ofrecia todo lo que ganase en territorio de Cinco Villas y hasta dar frente á Zaragoza, dejando la pujante monarquía aragonesa reducida á las montañas de Jaca, como parte del Principado de Cataluña, pues las Baleares se proponia recuperarlas el destronado de Mallorca, que para ello se disponia en Nápoles.

Parecia imposible que pudiera Aragon resistir al empuje de tantas fuerzas empeñadas en su destrucción y reparto. Salvaron entónces la nacionalidad aragonesa las comunidades de Calatayud y Daroca, acostumbradas á la guerra de frontera, por espacio de dos siglos. Calatayud detuvo al ejército castellano durante cuatro meses, cosa que parece imposible; y, aunque tomó la villa, quedó éste tan destrozado, que ya no pudo el Cruel pasar adelante, y hubo de volver á Castilla por nuevas fuerzas. Cuando, rehecho su ejército, puso al año siguiente sitio á Daroca, fué aún ménos afortunado que en Calatayud, y aunque se apoderó de Borja, Tarazona y Magallon, que no eran comunidades, comprendió, que ni le era posible incorporar á Castilla el territorio de Ebro aquende, que habria de ganar palmo á palmo, ni dominar las voluntades, que le serian siempre hostiles y levantiscas.

El navarro avanzó por Tiermas y subió hasta Jaca, haciendo grandes destrozos; pero los montañeses de Aragon le probaron que no eran ellos ménos valerosos en sus

montañas que los navarros en las suyas, y hostilizándole por todas partes, con esa guerra de montaña tan formidable en todos tiempos para los invasores de España, se vió tan comprometido, que ni pudo tomar á Jaca ni conservar lo ganado en aquella tierra.

Con fuerzas que reunió en Cataluña y gente levantada en Francia pasó el Ebro el Ceremonioso, tomando la ofensiva (1363), si bien no pudo llegar á tiempo de impedir la toma de Cariñena, despues de larga defensa, en donde el inhumano, más que cruel, conquistador cortó pies, manos, orejas y narices á los principales defensores. Y á tan feroz verdugo se quiere hacer pasar por *Justiciero*, y aún por buen católico, ocultando crímenes, tergiversando hechos y con la frívola, inmoral y anticristiana sinrazon de que necesitaba vengarse, y que sus víctimas eran tambien hombres malvados. Pues ¿qué ejemplo les daba? Acosado por todas partes, hubo de retirarse á Galicia, donde hizo ¡el buen católico y justiciero! asesinar al arzobispo de Santiago, partiendo sus bienes con los asesinos, como pudiera hacer Jaime el Barbudo, ó el más vulgar bandolero de la Mancha. Por lo que hace á sus competidores, no seré yo quien los defienda: *suum cuique*.

Todavía en 1366 hubo nuevos proyectos de rectificacion de fronteras. D. Pedro el Cruel, apoyado torpemente por el príncipe de Gales y por el Rey de Navarra Cárlos el Malo, peor que los tres Pedros de Aragon, Castilla y Portugal (que es cuanto se puede decir), volvió á España, y derrotó á sus bastardos hermanos entre Nájera y Navarrete. El navarro, con un ejército de ingleses y navarros, volvió á tentar fortuna en Aragon, sitió á Jaca y asaltó dos veces sus murallas, sin poder apoderarse de ellas, dejando gran número de muertos en los fosos, y, viendo el levantamiento de la montaña, y que iba á ser sitiado por hambre, regresó á toda priesa á sus Estados. El inglés reclamaba el señorío de Vizcaya, que D. Pedro le habia ofrecido, y éste no se mostraba muy dispuesto á entregarle, conociendo, tanto él como el de Navarra, la torpeza de ceder aquel territorio y el de Guipúzcoa, que el inglés se preparaba á anexionar á la Gascuña, si de buenas no se lo cedian.

La daga fratricida de D. Enrique el de Trastámara puso fin á aquellas contiendas de un modo horrible, pero útil para la paz de España. A Mosen Beltran Claquin le dió el fratricida por su traicion las ciudades de Soria y Moli-

na, y el Ceremonioso la de Borja. El francés vendió esta ciudad al arzobispo de Zaragoza, se apoderó de Soria á la fuerza y cometió allí mil horrores. Por huir de ellos los de Molina se pusieron en manos de Aragon, y el Justicia de Calatayud la fortificó y abasteció con gente y bastimentos de aquella comunidad.

§ 10.

Las cuestiones de frontera en el siglo XV ya no tuvieron la importancia que en los siglos anteriores. Todavía en tiempos de D. Juan II de Castilla y del otro de Navarra y Aragon, hubo reyertas frecuentes en las fronteras, pero sin trascendencia ni elevadas miras.

D. Juan II de Castilla no podia apoderarse de los castillejos de Ariza y Cetina con gran ejército: el duque de Medinaceli se apoderaba de Villarroya por traicion de un tal Melero, á quien un hermano suyo dió de puñaladas, despues de pedir cambio de apellido. El marqués de Santillana peleaba en las faldas de Moncayo con varia fortuna, y otro dia dirigia sus serranillas y villanescas á las vaqueras de tierra de Agreda y Araviana. Pero estos hechos ya no tenian importancia para nuestro asunto; y áun á veces doña María de Castilla, cuando estaban para venir á las manos las tropas de su marido Alonso V y de su hermano D. Juan II de Castilla, hacia armar su tienda entre uno y otro campo, para impedir que su hermano y su marido viniesen á las manos, logrando que la nombrasen árbitra y le entregasen los castillos usurpados.

Pero á la muerte de D. Juan II de Navarra y luégo de Aragon, la cuestion cambió de aspecto. Navarra volvió á caer otra vez en poder de Francia, hasta que D. Fernando el Católico, aprovechando las excomuniones pontificias contra los condes de Fox, fautores del cisma de Pisa, y las discordias intestinas de los próceres navarros, se apoderó de aquel país por un golpe de mano rápido y vigoroso, y no á título de Rey de Aragon, sino de Regente de Castilla. No lo llevaron en paciencia los franceses, que ya habian saboreado las aguas del Ebro, y á quienes halagaba la utilidad que les tenia el extender sus dominios hasta las riberas del célebre rio.

§ II.

La demasiada extension que se ha dado á los puntos controvertidos con motivo de la invasion de Alonso VII en Aragon y Navarra, que son los más culminantes y principales de este trabajo, para rectificar las erradas apreciaciones de no pocos escritores en la cuestion de fronteras de Aragon, Castilla y Navarra, obliga á pasar rápidamente por los últimos, que, si no debian omitirse para completar el trabajo, tampoco tienen tanta importancia. No entraremos, pues, aquí á describir una por una las invasiones de fronteras, no sólo hasta el Ebro, sino en gran parte de la Rioja, con las peripecias de sus combates y aventuras, y entre ellas la oscura y merecida muerte del gran malvado César Borja, que no veo por qué nosotros le hemos de llamar *Borgia*. Pasaremos tambien por alto el valor del capitán Iñigo de Loyola en la defensa del castillo de Pamplona, y la célebre defensa de Alfaro, en que las mujeres desplegaron contra los franceses tanto valor como los hombres, y en que cantaban éstas al caudillo de aquéllos las sabidas coplas, motejando á los pueblos que habian resistido ménos.

Este es Alfaro, don Conde de Fox,

Este es Alfaro, mas non para vos.

En Calahorra os dan gallinas

En Logroño os dan capones

En Alfaro torcejones

Que os causan mucho dolor.

Este es Alfaro, don Conde de Fox

Este es Alfaro, mas non para vos.

La pujanza del Emperador Carlos V, los desastres de Francia y sus guerras civiles impidieron á los Monarcas franceses pensar por entónces en adelantos de fronteras, aún cuando el astuto y burlon Enrique IV no dejó de echar alguna mirada para volver á unir la Navarra española con la suya; y puede muy bien conjeturarse por más de un hecho que eso entraba en sus propósitos; y lo hubiera logrado quizá en todo ó en parte si hubiera vivido más tiempo.

En el siglo siguiente en que decayó España y Francia

logró engrandecerse bajo la maquiavélica diplomacia de los cardenales Richelieu y Mazzarino, hubo la toma de Fuenterrabía y otros hechos, que acreditaron no estar olvidados aquellos proyectos de anexiones.

§ 12.

Pero quien obró más descaradamente en este sentido fué Luis XIV. Bajo su inspiracion y para fomentar sus ambiciosos é insaciables proyectos, anexiones y conquistas, escribió el arzobispo de París Pedro de Marca su insidiosa obra sobre la Marca Hispánica. Partiendo de un principio falso y hasta absurdo en lo jurídico y en lo diplomático, pretendia que las conquistas de Carlo Magno en España le daban derecho á reclamar gran parte de Cataluña como territorio de Francia. Por la parte de Guipúzcoa pretendia como suyo, y con fútiles razones de mal entendida geografía suya, que el monte Olarso y todo el territorio de San Sebastian en Guipúzcoa era de Francia.

Fomentando Luis XIV la sublevacion de Cataluña estuvo para hacer suyo todo aquel país, que costó trabajo sacar de entre las rapaces garras de su águila francesa, no sin que se quedara con territorios que no eran suyos y que todavía son de Francia. La debilidad de la córte de España y su Gobierno, las intrigas de alcoba que la embajada francesa tejió alrededor del desgraciado Carlos II, pusieron á Luis XIV en mejor camino, y prefirió pedir el todo en vez de disputar una parte. Era mejor llevar las fronteras hasta el Estrecho de Gibraltar, con la frase de *no más Pirineos, que pensar en el Ebro por frontera*.

En el siglo pasado el riojano P. Risco, en su precioso *Tratado de la Vasconia*, descubrió y trituró los errores y gratuitas suposiciones de Pedro de María. Este libro por desgracia es poco conocido y ménos apreciado. Los amantes de la integridad territorial de España deben tenerle en mucha estima. Por desgracia, el P. Risco, si bien descubrió los sofismas del algo jansenista arzobispo de París, en lo que se refiere á la Vasconia, no pudo hacerlo con respecto á la parte de Cataluña, tanto ó más interesante.

Allí está, además de la cuestion del Rosellon, la siempre candente de la soberanía del Valle de Andorra, en la que Francia se ingirió á nombre de los Condes de Fox,

á quienes los obispos de Urgel dieron en hora menguada la mera *lugartenencia*, de la que luégo abusaron aquéllos, al modo que los malos mayordomos, con falsos arriendos se van apoderando de las rentas y fincas de sus amos.

Todavía en este siglo estuvimos abocados á la cuestion del Ebro por frontera, cuando Napoleon III, siguiendo las huellas de Luis XIV, y viendo restablecidos los Pirineos y roto el funestísimo pacto de familia, á que él no podia recurrir, y, despues de saborear las fáciles adquisiciones de Niza y Saboya, principió á fomentar nuestras sempiternas discordias, y codiciar por un lado el meter á Waterlío dentro de Francia á costa de Bélgica, echar un puente entre Marsella y Argel, apoyando sus estribos en las Baleares, y avanzar fronteras, hasta el Rhin por un lado, y el Ebro por el otro. Hubo la osadía de proclamarlo en revistas y periódicos, y malos españoles que entraran en ello. Los inmorales y desvergonzados manejos de Napoleon III en la descabellada intentona de San Carlos de la Rápita, ponen de manifiesto cuáles eran las tendencias, y de qué modo y con qué prenda queria hacerse cobro de sus mezquinos auxilios, él que en nada y nunca obró de balde. La historia aclarará más aquellos sucesos y esas aspiraciones, que, si no tienen bastante luz, en cambio tampoco están enteramente á oscuras.

Y entretanto que la historia levanta por completo el velo de esas y otras maquiavélicas gestiones, en que la única disculpa será el deseo de contrarestar las gestiones británicas para apoyar otra revolucion de peor género, hay que ser parcos en estas revelaciones, que el tiempo se encarga de ir haciendo poco á poco.

Pero si la historia y la experiencia han de servir de algo, y con la luz de lo pasado se han de ilustrar los misterios del porvenir, en cuanto á la prudencia humana le es permitido penetrarlos, conveniente será no tener olvidadas esas aspiraciones para un dia aciago, que Dios aleje de nuestra patria, en que pujante Francia y debilitada España por nuestras sempiternas discordias, dividida la Península en taifas morunas, con *emires republicanos*, y descuartizada la unidad nacional con petardos bilaterales sinalagmáticos, volvieran á suscitarse como nuevas esas ideas añejas, y el águila altanera viniera á hacer presa en las carnes del leon, durante su periódica fiebre.

VICENTE DE LA FUENTE.

EPÍSTOLA

Á LA STA. D.^a MARÍA LUISA ALVAREZ Y GUIJARRO,

QUINCE DIAS DESPUES DE SU BODA.

Desde un rincon del jardinillo mio,
que tantas veces te ofreció su encanto
en las serenas noches del estío,
mi amistad cariñosa
esta carta te envia
á ese verjel, donde la nueva esposa,
á la orilla del mar, contempla el dia.
Ya que el azar, cual siempre inoportuno,
me privó de escuchar la voz cristiana (1)
que funde dos espíritus en uno;
y no me dejó ver tus lindos ojos
con lágrimas sellar la despedida
que dan las niñas, al mirarse esposas,
á la porcion más bella de su vida,
deja que en son de padre y de maestro
¡terrible privilegio el de las canas!
un sermon te dirija,
con poéticas galas disfrazado,
cual se envuelven las píldoras amargas
en papel trasparente y plateado.

Ayer no era posible que mi acento
te hablara del deber y la conciencia,

(1) Alude el autor á no haber podido asistir á la ceremonia de los desposorios.

sin que se abrieran tus cerrados ojos
á la prosáica luz de la existencia.

Amor filial tu corazon llenaba;
tu cara sonreia;
y oraciones tu labio murmuraba
que apenas tu cerebro comprendia.
Hoy otro amor tu corazon encierra,
y en ignorado y mágico desvelo
ves algo más allá, tras de la tierra,
y mucho más allá detrás del cielo.
Hoy ya presientes que la humana vida
es áspero camino,
que la débil mujer cruza más fuerte
con álguien que comparta su destino:
hoy ya sabes que existe entre los séres
amante y tierno lazo...
y sabes por qué suelen las mujeres
pasear con sus cónyuges del brazo;
y hoy sabe ya tu espíritu atrevido,
al escuchar el canto de las aves,
mejor que *Campoamor*, lo que es un nido (1).
Ya cuando tiendas la ávida mirada
por el inmenso mar, desde la orilla,
y veas en la ola alborotada
columpiarse la mísera barquilla,
comprenderás el llanto
de aquella solitaria pescadora
que espera con sus hijos en la playa
el incierto regreso del que adora.
Ya entenderás por qué, la que á tu puerta,
entre las brumas del invierno helado,
limosna te pedia,
sin cuidarse de si, transida y yerta,
al niño que colgaba de su seno
con sus propios harapos envolvía.
Y ya traducirás el incopiable

(1) Campoamor, tío de la desposada, y autor, entre sus preciosos pequeños poemas, del de *La novia y el nido*.

balido tembloroso
de la oveja que vuelve á la majada,
y encuentra frio y muerto al corderillo
que dejó en el redil de madrugada.
Ayer eran tus ojos el santuario
donde la edad de la inocencia anida,
y hoy á través de sus cristales lees
las páginas del libro de la vida.
Ayer tus lábios puros murmuraban
plegarias sin sentido,
y ántes de concluir las se cerraban;
hoy de tus lábios rojos y serenos
se eleva la oracion corta y sentida,
y rezas mucho más rezando ménos.

Y es que en tu seno el corazon se agita,
y tu razon comprende
de las mujeres la mision bendita.
Deja, pues, al poeta y al amigo
que áun ausente te ama,
desplegar á tu vista esos deberes
en dulce y venturoso panorama.

¡Ya no eres sola tú! Placer y pena,
dicha y pesar, fortuna y desconsuelo,
tu corazon no puede
esconder en la cárcel de sí mismo;
que al unirse al mortal que en tí se mira,
Dios borró de tu pecho el egoismo.
¡Tampoco sola estás! Grande ó pequeño
el riesgo ó el dolor que te acongoje
afrenta sin reparo:
á tu lado hay ya siempre
quien te dé proteccion, valor y amparo.

Si antes fué tu virtud la pura esencia
que el pecho virginal embalsamaba,
y que escondida entre el pudor guardaba
de tus mayores la sagrada herencia,
hoy, además, es arca misteriosa
donde el nombre y honor de tu marido
has de guardar con mano avariciosa
del mundo, del pecado y del descuido.

¡Tu labio siempre sea
justo y veraz! que el dolo y la mentira
ni aún para el bien venturas acarrea.
Aparta de tus juicios el encono;
sé compasiva ante el error ajeno;
la caridad cristiana nos enseña
que pida siempre para el malo, el bueno.
No cual servil esclava
doblar la frente al sempiterno yugo
te exige el nuevo estado;
pero sí, como alegre compañera,
cifrarás tu ventura y tus placeres
en el placer que tu marido quiera:
¡en eso más que en nada, en eso estriba
el inmenso poder de las mujeres!
Sufrida en el dolor, fuerte en la lucha,
obediente al deber, dócil al ruego,
es la mujer la sombra bienhechora,
el hada bendecida,
que del feliz mortal que la posea
hace alegre el hogar, breve la vida!
Si Dios bendice de tu casto lecho...
¡No escondas, no, la frente ruborosa
de tu marido en el alegre pecho!
¿Qué es sin hijos la esposa?
¡Estéril tierra en el vergel florido;
seco erial donde las tiernas aves
colgar no pueden su amoroso nido!
Si un día, el más feliz de tu existencia,
pálida, avergonzada y temblorosa,
temiendo si te engañas,
al impulso de un sér desconocido
sientes estremecerse tus entrañas...
¿Qué te voy á decir? Frases vacías,
conceptos sin sentido...
¡Dios, nuestro eterno padre,
es quien puede inspirar únicamente
sus inmensos deberes á una madre!
¡Sélo tú, cual la tuya... ó cual la mia,
cual la de todos sé!... ¿qué desgraciado

á su madre por otra cambiaria?
Con dulce amor la religion cristiana
nos ofrece su bálsamo divino,
cuando la fé desde la edad temprana
aparta los abrojos del camino.
Lleva á tus hijos por tan suave senda;
edúcalos en tan sublime anhelo;
no puedes dar á Dios más grande ofrenda
ni merecer mejor la paz del cielo.
Y cuando pagues el comun tributo,
como el árbol frondoso
las hojas pierde al sazonar su fruto,
¡alegre llega al eternal reposo,
si al borde de tu tumba solitaria
se eleva hácia el Señor, envuelto en llanto,
de tus hijos la fúnebre plegaria!

Estos los votos son que te dirige
mi afecto puro y santo,
desde un rincon del jardinillo mio,
que tantas veces te ofreció su encanto
en las serenas noches del estío!

LUIS MARIANO DE LARRA.

LA LIQUIDACION

DEL

PROTECCIONISMO.

Decía Montaigne que muchos desaparecen de este mundo sin haber descargado todo su equipaje; y si esto puede aplicarse á las colectividades, á ninguna, en mi concepto, cuadra mejor que á los proteccionistas. Desde que emprendieron en Europa su gran campaña *política*, y fué realmente despues de la paz general de 1815, no hay sofisma que les sea extraño, ni género de táctica á que no apelarán, ni rinconada científica que no hayan escudriñado para amparar su conocido lema del patriotismo industrial. Filosofía, historia, ciencias políticas, estadística, tecnología, etnografía, filología, todo lo han invocado, todo lo han ido barajando sucesivamente con pasmosa fecundidad y nunca desmentida constancia. Batidos en el terreno económico, lo han desechado por estrecho, pretendiendo remontarse á más altas elucubraciones; ceñidos en toda regla por el argumento cerrado, han cambiado repentinamente de medio, como los antiguos ergotistas. A cada golpe asestado á su doctrina han soltado la palmeta, y, desentendiéndose de escuelas, han empezado á disparar sobre la masa nuevas enfiladas de números, de razas, de eminencias históricas y de sistemas prácticos. Su norma es especular con el ruido del combate, y si hay que darse por vencido, no pasar jamás por derrotado: *dominati non domati*, como dicen los venecianos en su famosa lápida *della Piazzetta*.

Mi polémica con ellos empezó hace veintidos años, cuando mis amigos se reunieron en la Bolsa. Nuestro plan de ataque y de defensa no ha variado desde entónces en lo más mínimo. Las mismas razones de fondo, las mismas citas históricas, el mismo linaje de estadística. Desde aquella fecha, cada vez que se ha tocado en poco ó en mucho á los aranceles de aduanas, hemos examinado los resulta-

dos, inspirándonos en idénticos principios y manejando el mismo género de cifras. Condición de la verdad es ser inalterable. Strozzi, Dormer y otros libre-cambistas de nuestro período austriaco, decían sustancialmente lo mismo que decimos nosotros los incorregibles discípulos del gran Bastiat.

Opongamos á esto el génesis proteccionista, tomándolo desde Colbert, el inventor de la panacea. Entónces el proteccionismo era un sistema tan completo en lo político y en lo económico, como perfectamente ajustado á la lógica de los tiempos. Cuando todas las fuerzas sociales iban cayendo, una tras otra, bajo el dominio de la autoridad real, única expresion del Estado en aquella época, no era fácil que la industria se sustrajera á la ley comun; y con efecto, el Estado llegó á absorberlas todas: á la nobleza por la espada ó por la corrupcion, al clero por la energía, las letras por la venalidad, el arte por el halago, la industria por la reglamentacion. Lo que eran los reglamentos industriales, incluyendo en ellos las licencias de trabajar, por sabido se calla; y no es ménos sabido que la industria así agarrotada, mejor dicho, atraillada, exigia una compensacion. Esta compensacion la encontró en el sistema protector: no lo olviden sus defensores. Reglamentacion y proteccion marcharon siempre juntas en los albores del sistema. Mercedes y privilegios, á cambio de la dictadura industrial: *do ut des*, tal fué la fórmula del proteccionismo en sus grandes tiempos. Así, y gracias á este juego bien sostenido, estuvo funcionando la máquina proteccionista durante un par de siglos, sin otro entorpecimiento que las represalias arancelarias y las guerras que ellas producian. Ni eran entónces los aranceles de aduanas el único instrumento de la proteccion, como lo han sido despues casi exclusivamente. El mecanismo se componia de varias piezas ajustadas y engranadas con suma destreza: al lado de las prohibiciones y de los altos derechos sobre los productos similares, habia las fábricas del Estado, las subvenciones á determinadas industrias, el sistema colonial y los privilegios de las grandes Compañías mercantiles. Fuese moda, ó capricho, ó fatalidad de los tiempos, ello es que todas las naciones de alguna importancia obedecieron á este plan y adoptaron, con ligeras variantes, idéntico patron de política industrial: lo mismo la Francia de Colbert y de Choiseul que la Inglaterra de Buckingham, de Cromwell y de Walpole, el Portugal de los Eryceiras y de los Pombales, la Prusia de Federico II, la Rusia de Pedro el Grande y Catalina II, el Austria de María Teresa y de Kautitz, la España de Ensenada, Floridablanca y Campomanes.

El delirio del bloqueo continental determinó un cambio brusco en los procedimientos proteccionistas. Vá desapareciendo ó cesa enteramente, la accion directa del Estado sobre la industria, y triunfa en toda la línea la intervencion por medio de la aduana. Es el período en que Inglaterra inventa su teoría del precio remunerador y de la escala móvil, adoptada despues por los franceses: en que Francia se distingue por la recrudescencia arancelaria de la Restauracion y de la Monarquía de Julio: en que Alemania crea el Zollverein sobre la base del libre-cambio de raza, pero con el visible intento de contener las *inundaciones* inglesas: en que las Córtes de 1820, y más tarde el ministro Búrgos, decretan los precios de hambre en nuestro régimen de cereales, llevándonos, por la sola fuerza de las cosas, al arancel especial de 1841 para los géneros de algodón.

Si fué un bien ó un mal esta tendencia á ir concentrando en la aduana toda la táctica proteccionista, no es ahora ocasion de decidirlo. A primera vista parece un bien; porque, sobre desligar al Estado de compromisos serios y directos con la industria, aparenta respetar la libertad industrial; pero en el fondo creo que es un mal, y un mal gravísimo. Fraccionada en mínimas partes la contribucion que el sistema protector impone á los consumidores por medio de la aduana, resulta que el individuo, exceptuando tal vez el obrero, la siente poco, aunque la masa general salga enormemente perjudicada. De donde nace la ilusion de los hombres llamados prácticos que, sin tener en cuenta la accion *general* de los impuestos sobre la organizacion económica de un país, creen admisible toda contribucion, por dura que sea, con tal que no suscite reclamaciones periódicas y alarmantes. ¡Cuánto mejor es decir al contribuyente la verdad desnuda, y señalarle en un rincon del presupuesto la partida que ha de pagar y el concepto *industrial* por que la paga! Un presupuesto para fábricas nacionales, una prima detallada en especies metálicas, un capítulo votado en Córtes para subvenciones ó garantías de interés, tienen esta ventaja: son cuentas claras. Ahora mismo las agradeceríamos nosotros á los legisladores proteccionistas. El país juzgaria, y juzgaria pronto. Sospecho que por esta razon el proteccionismo se encastilla cada vez más en la aduana.

A nuevos rumbos, nuevas teorías. ¿Nuevas digo? Verdadera teoría proteccionista no la hubo ni en el siglo XVII, ni en el XVIII. La reserva del mercado nacional para las industrias se confundia con la reserva del mercado nacional para los metales preciosos. El sistema proteccionista y el sistema balancista se inspiraban en una misma

idea. Variaban los fines, pero no los medios, que consistían en aumentar la exportación y disminuir las importaciones: las puertas abiertas y las puertas cerradas del abate Gándara. Pero ya llegado el siglo presente, fué preciso renunciar á apoyarse en la doctrina balancista, sopena de caer en ridículo; lo cual no obsta para que de vez en cuando algún proteccionista trasnochado la recuerde y la salude al paso como un antiguo conocido, imitando en esto á Voltaire, que hacia una inclinación de cabeza cada vez que citaban un texto suyo sin nombrarle.

Llegaron por fin los proteccionistas á tener su doctrina propia: cosa por cierto bien extraña en hombres que nos acusaban diariamente de teóricos, echándonos en cara nuestro llamado espíritu de escuela. Conste que ellos no sosegaron hasta que se hicieron una escuela y una teoría. Los que se reían de nuestro culto á Adán Smith, á Say y á Bastiat, supieron fabricarse sus idolillos y empezaron á quemar incienso á List, á Carey de Filadelfia y á Dupont-White. Recuerdo que estos tres nombres sonaban mucho cuando abrimos la primera campaña. Tenían á Carey por autoridad de gran valía porque, como ciudadano de la República anglo-americana, pretendía demostrar que, dentro de la democracia más libre, cabe el régimen arancelario más opresor y restrictivo. Y claro es que cabía en el terreno de los hechos; como cabía la esclavitud, que todavía por aquellos años hacia cuatro millones de víctimas en los Estados Unidos. Dupont-White daba á los proteccionistas la clave política con su teoría *bonachona* del Estado. Al amparo del docto publicista, venían á sostener que el interés particular, ya individual, ya colectivo, es poco ménos que ciego é impotente, y que el hombre de Estado, por el mero hecho de ejercer el poder, posee una especie de infalibilidad temporal y el riquísimo don de la doble vista, inaccesible á los profanos; con lo cual dicho se está que queda plenamente justificada la autocracia económica como forzoso corolario de la autocracia política.

Pero con quien más se envanecían los proteccionistas de aquella época, colocándole al nivel de los semi-dioses, era con el alemán Federico List. Sus conclusiones fueron artículos de fé; su *Sistema nacional*, el evangelio de la secta. List habia tenido la habilidad de hacer creer dos cosas igualmente inexactas: la primera, que él habia sido el creador del Zollverein alemán; la segunda, que el Zollverein era una solución radicalmente proteccionista. Estos inocentes desahogos de la vanidad tuvieron la dicha de hacer fortuna, y subiendo

de punto el prestigio del autor, contribuyeron no poco á popularizar sus dos famosas teorías de las nacionalidades económicas y de las fuerzas productivas.

En el fondo, la teoría de las nacionalidades económicas era la misma doctrina balancista llevada á su último grado de sutileza. Ambos sistemas pretenden encerrar á cada nacion dentro de sus solos recursos económicos; y la diferencia consiste en que el balancismo explica la unidad económica fundándose en una falsa nocion del numerario, al paso que el sistema de List explica aquella unidad por las afinidades de raza, de lengua, de costumbres, de gobierno y hasta de configuraciones geográficas. Olvida lo esencial, que es el cambio, fenómeno eminentemente cosmopolita é internacional, que queda desvirtuado, si no anulado, desde el momento en que se le marcan por límite las fronteras de los Estados. Si el fanatismo consintiese tener ojos, List y sus amigos se hubieran convencido de que el mismo Zollverein, cuya paternidad se atribuian, ha sido, es y será el argumento más contundente contra los sistemas económico-nacionales. Ahora mismo, y despues de constituido el Imperio de la Alemania del Norte, ¿representa el Zollverein una nacionalidad? ¿Representa siquiera una raza? Dígalo el abigarrado Imperio austriaco, identificado en alma y cuerpo con la Union aduanera alemana. Luego el ensayo, aunque fecundo, no es muy halagüeño para la proteccion: y en último término, tanto el Zollverein como el Stauerverein, son soluciones prácticas para llegar al libre-cambio.

El sofisma de las fuerzas productivas creadas á copia de prohibiciones y á expensas del consumo general, se ha desvanecido tambien ante la evidencia de los hechos. Fuerzas productivas son los agentes naturales, los inventos y el espíritu industrial, cosas todas que la proteccion no crea ni estimula; antes, al contrario, tiende á restringirlas por la seguridad de un beneficio sin el aguijon de la competencia. Solamente desconociendo por completo la historia de la industria, se puede asegurar que Inglaterra debe sus fuerzas productivas á las medidas proteccionistas de los Tudor, de Cromwell ó de los Estuardos. Sin proteccion, los ingleses hicieron de la manufactura de algodón la reina de sus industrias; con proteccion, con muchísima proteccion, las sederías de Spitalfields no consiguieron vencer á las lionesas, ni lo han conseguido hasta que el ministro Huskisson suprimió las prohibiciones y rebajó los altos derechos sobre las sedas extranjeras. Sin proteccion, Inglaterra *se ha creado* desde 1846 una agricultura que no tuvo jamás antes de aquella

fecha; con proteccion, con grandísima proteccion, la marina inglesa distó mucho de llegar á medio millon de toneladas, al paso que desde la abolicion del Acta las va contando por millones. A este tenor, las industrias, es decir, las *fuerzas productivas* alemanas, han ido creciendo, no por los rigores arancelarios, sino proporcionalmente á la moderacion de los derechos; en Francia la pañería, los lanajes y los hierros mejoraron más en los diez primeros años de una libertad comercial relativa que en cuarenta y cinco de restriccion absoluta; y en cuanto á nuestro país, si algo ha medrado la más exigente de las industrias protegidas, que es la algodонера, todo es debido á haberse entreabierto las puertas á la competencia extranjera con dos reformas bien meditadas; porque de la primera, que se hizo en 1849, data cuanto hay de serio y de importante en nuestro ramo de algodones como capital, importacion de primera materia, grandiosidad de las fábricas, mejora de procedimientos, renovacion de material, número de operarios, perfeccion y baratura del artículo.

Todo esto se ha demostrado matemáticamente y con una exuberancia de cifras que holgarian en este escrito. Los proteccionistas han opuesto las suyas; que para todo tienen de ellas un arsenal bien provisto. Pero si algo demuestra claramente que la opinion general no está ya de su parte, es la clase de defensores con que cuentan. O son los mismos interesados, ó son hombres políticos que se apoyan transitoriamente en una masa determinada de intereses, ó hábiles abogados que ponen su lengua al servicio de las causas comprometidas.

El giro que ha ido tomando la política mercantil europea de treinta y cinco años á esta parte, es otra demostracion evidentísima de que cada vez le va faltando más al proteccionismo el concurso de la opinion pública. Hasta el año de 1846, todas las corrientes son favorables á la proteccion; desde entónces comienza la desbandada. En 1846 cae en Inglaterra la legislacion sobre cereales, y en 1849 el Acta de navegacion; desde 1860 y 61 desaparece en Francia la escala móvil y empiezan los tratados de comercio; Bélgica, Holanda, el Austria y hasta Rusia moderan notablemente sus aranceles; nosotros llevamos á cabo las dos reformas de 1849 y 1869. No hay que negar la elocuencia de estos hechos, sobre todo, teniendo en cuenta la diversidad de régimen político en los países que los han realizado. Es un cambio de frente que no cabe atribuir á la casualidad, ni á las exigencias de partido, ni á las intrigas de unos pocos. La univer-

salidad del movimiento libre-cambista *oficial* en Europa, supone una razón superior, y ésta no puede ser otra que la evidencia de los resultados. Es más; han sido infructuosos todos los esfuerzos de los proteccionistas para torcer otra vez el carro hacia sus senderos. Lo han intentado en Francia sin conseguirlo, y eso que tenían á Thiers de presidente, y al fabricante Pouyer Quertier de ministro. Lo proyectaron en Inglaterra aprovechando el pánico producido por la gran crisis económica de 1873, y no lo lograron, áun estando en el poder los torys y á su cabeza Beaconsfield, el más acérrimo enemigo de los *peelistas*. Lo han pretendido en España tratando de explotar la política del primer período de la Restauración; y tan desgraciados han sido que, á pesar de algunas conquistas parcialísimas en los plazos de rebaja, en los trigos y en los carbones, hoy, á juzgar por lo que vamos viendo, se les viene encima el nublado con sólo llevar adelante la reforma de 1869 sin más contemplaciones ni esperas.

Tantas contrariedades han concluido por quebrantar el bando proteccionista, obligándole á cambiar, más que de prisa, su material de guerra. Sus grandes oráculos de hace veinte años se estaban desprestigiando; los infalibles erraban. Citarlos, comentarlos, ensalzarlos fuera temeridad, ó *cursi*, ó anticuado. Hoy el gran pontífice de la secta ya no es List, si no Wagner, el jefe del socialismo de cátedra; hoy el gran político no es Colbert, no es Cromwell, no es Thiers, es Bismarck; hoy el gran estadista no es Carey, sino Morrill, autor de las tarifas vigentes en la República de Washington; hoy no priva el nacionalismo económico, sino un provincialismo separatista que raya en los límites del cantonalismo; hoy no se trata de fuerzas productivas, sino de derechos compensadores. Hasta el tono y el lenguaje han variado con las mudanzas de los tiempos. En la primera época, los proteccionistas discutían con fé, con calma, sin irritación y con seriedad de concepto; hoy, ó contrariados por su mala estrella, ó desesperando del triunfo, apelan de continuo á la amenaza, al dicitario, á la calumnia. A cada paso nos llaman vendidos al extranjero y explotadores de no sé qué causa, como si en algo nos pareciéramos á los proteccionistas, explotadores *natos* del país. En fin, tales enormidades dicen de nosotros, que me moverían á risa ó á compasión, si no me inspirasen el más profundo desprecio.

Apresurémonos á dejar estas pequeñeces, y hagámonos cargo de las novísimas evoluciones del proteccionismo. List ha sido reemplazado por el socialismo de cátedra. En efecto, los socialistas de cátedra han tratado de rehacer el concepto de Estado, dándole una mi-

sion, más que tutelar, absorbente. Ha de presidir, según ellos, á todas las funciones sociales, y por consiguiente, á las económicas. Abrirá, cerrará, prohibirá, subirá ó bajará derechos, según las conveniencias públicas apreciadas por el instinto burocrático.

Pues yo empiezo diciendo á los proteccionistas, para su propio provecho: cuidado con el socialismo de cátedra. Aunque ha hecho algunos prosélitos en Bélgica, en Italia y en España, contadísimos en Francia y en Inglaterra, el *katheder socialismus* es ante todo un engendro alemán ajustado á los patrones del nuevo Imperio del Norte. Las doctrinas de los Wagner, de los Brentano y Heidelberg son un cesarismo industrial que hace juego con el cesarismo político de Bluntschli y con el cesarismo histórico de Mommsen y de Mr. de Sybel. Todo se enlaza con gran precisión; todo va enderezado al mismo fin: el triunfo del gubernamentalismo. Su gran campaña negativa contra el *laissez faire* y la escuela de Manchester, se traduce por otra campaña positiva, favorable á la reglamentación industrial, hasta el extremo de pedir algunos socialistas el restablecimiento de los gremios. ¿Piensa el proteccionismo seguir estos atrevidos senderos? Los proteccionistas modernos, acostumbrados desde hace tantos años á echar la carga sobre el consumidor y sobre la Hacienda, sin rastro de reciprocidad, ¿se resignarán fácilmente á pasar por la ley común de la disciplina burocrática hasta en los más ínfimos detalles de las fábricas?

De otro inconveniente adolece el socialismo de cátedra para los proteccionistas. Este socialismo tiene un *sentido* igual al del segundo período napoleónico; pero más ampliado y teorizado. Pretende ser democrático, y ante todo favorable á las clases obreras. Es el socialismo blanco que viene de arriba y corre paralelamente al socialismo rojo de Luisa Mitchell, del Dr. Pœpe y de Bakounine. Pues bien; siento tener que decirlo á los proteccionistas: el proteccionismo moderno es extraño á estos dos movimientos. El proteccionismo europeo, creado á la sombra de la reacción de 1815 y sostenido casi incólume hasta 1846, es esencialmente *mesocrático*: no sólo no se preocupa del obrero, sino que le es hostil, por más que lo contrario pretenda. ¿De qué se quejaban en Inglaterra Cobden y sus amigos? De que la protección favorecía sólo á los *landlords*. ¿A quién se referían los agitadores de Lyon y de París bajo Luis Felipe? A los *maîtres de forges* y otros personajes de cuenta que, monopolizándolo todo, municipios, consejos generales, Cámaras y alta administración, se decretaban leyes protectoras para sus intereses, echando á

los obreros las migajas á cambio de encarecer las subsistencias. Dicen nuestros adversarios que hoy es proteccionista en España la mayoría de los obreros. Falta averiguarlo; y en todo caso, conven-dria saber por qué lo es y en qué sentido lo es. Preguntad á los obre-ros si les satisface la tendencia de nuestros antiguos aranceles res-tractivos. Si nosotros, en vez de patriotismo tuviésemos mala in-tencion, ¿qué más quisiéramos que ver el resultado de una Cámara de patronos y operarios discutiendo *juntos* un arancel protector?

No digan que esto son hipótesis inadmisibles. Ahí están los obre-ros de la California que no me dejarán mentir. *Master Jonathan* se empeña en erizarse de aranceles para preservar de la competencia extranjera á sus fabricantes. ¿Qué dicen entretanto los operarios de San Francisco y del Sacramento? Que la competencia de los obre-ros chinos no les deja vivir. Pues, ó no hay lógica en la proteccion, ó tirar para todos, como el escribano del cuento. El argumento del operario americano no tiene réplica. Si vosotros, dice á los indus-triales, alejais el producto británico en beneficio de vuestro capital, yo, á mi vez, rechazo el trabajador amarillo en beneficio de mis jor-nales.

Bueno es recordar á menudo este detalle á los proteccionistas, ya que en estos últimos tiempos abusan con tanta frecuencia del ejem-plo de los Estados-Unidos, á falta de otras razones serias. Conven-go en que la República americana sostiene á todo trance el sistema protector; convengo en que pretende conciliar la dictadura comer-cial con las libertades democráticas. Lo que no admito es que el proteccionismo sea un producto espontáneo de la política america-na, ni que haya resuelto las crisis económicas de la Union, ni que haya dado firmeza á sus industrias, ni mucho ménos que la opinion pública del país lo acepte como artículo de fé. Para conocer la pro-cedencia y el carácter del proteccionismo americano, basta recordar ligeramente su historia. Hasta el compromiso de Clay no hay rastro ni señal de sistema protector: entónces comienzan los rigores aran-celarios y duran hasta la guerra de sucesion como ardid de los hom-bres del Norte para compensar las concesiones hechas á los esclavis-tas del Sur. Desaparece la esclavitud con la toma de Richmond, y viene tras ello la recrudescencia del proteccionismo con la amplia-cion de las tarifas Morrill. ¿Qué significa la tarifa Morrill ántes y despues de la guerra? La ley del vencedor impuesta á los del Sur, á los vencidos; y de ello hay una prueba terminante en el hecho de que algunos años antes de que estallara la guerra social, ya se nota-

ba en los Estados-Unidos cierta tendencia á moderar los aranceles. Que el arma de combate sostenida por los proteccionistas haya conjurado las crisis americanas, tampoco es verdad. No sólo las últimas crisis económicas se han dejado sentir en América con tanta ó más intensidad que en Europa; no sólo han tenido el obligado acompañamiento de quiebras formidables, suspensiones ó liquidaciones de fábricas, ahogos de los Bancos y huelgas colosales, sino que se han agravado con el aditamento de la cuestion monetaria resuelta por el Congreso en sentido favorable á los acreedores del Oeste, á quienes se ha *protegido*, permitiéndoles liberarse con dollars depreciados. Si las exportaciones de trigo por Chicago van en aumento, si con ellas se cree amenazada la agricultura europea, si hay otra amenaza para Inglaterra y para toda Europa en el desarrollo de las sederías, de la ferretería y de los nacientes vinos americanos; esto, amen de lo que tenga de exagerado, es *lo que se ve*, sin perjuicio de lo que contribuyen á ello la fertilidad del territorio, la influencia de las instituciones sociales, el espíritu de asociacion y la privilegiada actividad de la raza yankee. En cambio, *no se ve*, ó no se quiere ver, la inferioridad en que la proteccion ha colocado á la marina anglo-americana con relacion á la inglesa; ni la trasformacion artificial de cultivos en el Sur, que está arruinando á muchos cosecheros; ni la formacion de centros libre-cambistas en Nueva-York y en otras poblaciones de importancia; ni la seriedad que va adquiriendo allí este movimiento, secundado por estadistas eminentes y por corporaciones mercantiles de primer orden.

La última evolucion *económica* de Bismarck es otra muletilla que, durante algun tiempo, han explotado con cierto éxito los proteccionistas. No es de extrañar, cuando hasta algunos economistas de buen temple llegaron á impresionarse ante la actitud del canciller aleman y los distingos de los neo-socialistas ingleses Dilke, Cliffe Lisle y otros pocos. Era cosa de decir á cada uno de aquellos economistas liberales, como Jesucristo á San Pedro: *modicæ fidei, quare dubitasti*. Prescindamos de Inglaterra, donde el nubarron proteccionista no ha llegado á estallar, y donde la causa del libre-cambio, asegurada en la opinion, tiene en el poder tan sólidas garantías como Gladstone, Fawcett y John Bright.

Queda el fantasma aleman, es decir, la conversion de Mr. de Bismarck. Hablemos formalmente; ¿es una verdadera conversion la del canciller? Él mismo se ha descubierto, declarando que su principal objeto era sentar la Hacienda alemana sobre las contribuciones in-

directas, y por consiguiente, sobre la aduana y los consumos. Los grandes hombres poseen grandes secretos; y eso de obtener pingües rendimientos de aduanas, á fuerza de subir los derechos, seria uno de aquellos arcanos providenciales que logran quebrantar las más firmes convicciones. Tambien podria acontecer que Mr. de Bismarck se equivocase: que por el lado de las equivocaciones y de las contradicciones suelen flaquear de vez en cuando los mejores hombres de Estado, áun teniendo la talla del confeccionador de la Alemania del Norte. Por ejemplo, Bismarck creyó haber fundado la unidad alemana; y nunca ha estado la Alemania más deshecha ni más moralmente destrozada que desde aquel punto en que el Rey Guillermo empezó á ceñir la imperial corona. Creyó que, con la gloria de Sedan y con el botin de los vencidos, habia hecho de su patria un Potosí, asegurando, por luengos siglos, la riqueza del territorio; y pocas veces el suelo germánico habrá presenciado, como desde entónces, ni crisis más profundas, ni negocios peor combinados, ni más pronunciados apuros en la Hacienda. Creyó haber hundido á la nacion francesa; y nunca la Francia se ha levantado con más brío, ni ha sido mayor su prosperidad industrial, ni se ha ido poniendo en mejores condiciones para tomar la revancha. Y si de las equivocaciones pasamos á las contradicciones, lo dije en otra ocasion (1), y lo repito ahora: no fien mucho los proteccionistas en palabras que lleva el viento. Hoy es proteccionista Bismarck, no por conviccion, sino para utilizar una fuerza política que cuadra á sus planes en un momento dado. Cuando aquel instrumento no le sirva, lo romperá. Tambien supo adular á Lassalle, el corifeo de los socialistas, y despues les declaró la guerra. Hoy coquetea con Roma y antes perseguia á los católicos.

Mistificacion se llama esta figura; y no extrañaré que á los proteccionistas les parezca cosa muy corriente y muy natural, cuando todos sus argumentos antiguos y modernos no son más que una serie de mistificaciones. ¿Qué significan, verbigracia, los derechos compensadores presentados al público como la alta novedad de la teoría? Son la traduccion de una fórmula proteccionista bastante añeja y por nosotros victoriosamente refutada: igualar las condiciones de produccion. Si los artículos extranjeros sufren en sus respectivos países ménos cargas fiscales que aquí los nuestros, justo es,

(1) *Informacion oral sobre el derecho diferencial de bandera.*—Marzo de 1880.

dicen, que aquellos artículos paguen en la aduana unos derechos que compensen nuestra desventaja, restableciendo el equilibrio. Confesemos que el argumento es especioso. ¿Sería patriótico, añaden, conceder una especie de privilegio al extranjero? Pague él por lo ménos lo que pagamos nosotros: no seamos parias en nuestra propia tierra.

Esto es lo que se repite diariamente con tono lastimero y en nutridos párrafos de corte literario que forman, como si dijéramos, la parte sentimental de la doctrina. Ya nos tenían acostumbrados á estas lamentaciones; pero entónces se referían casi exclusivamente á las cargas y obstáculos naturales. ¿Cómo hemos de competir, exclamaban, si todo nos sale aquí más caro; el capital, la obra de mano, la primera materia? Igualémonos y venga la competencia. Y nosotros replicábamos: sabed que todo país tiene derecho á disfrutar de los progresos industriales; que el progreso industrial consiste en obtener la perfeccion, la abundancia y la baratura del artículo con una rebaja en el costo de produccion; que si los industriales de un país han conseguido colocarse en estas condiciones, toca á los industriales de otro país obtenerlas por su propio esfuerzo y nunca por medios legislativos que sostengan la imperfeccion, la escasez y la carestía. La igualdad de condiciones es simplemente un absurdo económico. Pugna con la naturaleza y con toda la historia del trabajo. Con la naturaleza, porque ella distribuye desigualmente las aptitudes, lo mismo para las industrias que obran sobre fuerzas vitales que para aquellas cuya accion se ejerce sobre las mecánicas. Pugna con la historia del trabajo. Si para plantear una novedad industrial hubiese que esperar la igualdad de condiciones, el mundo económico no sería gobernado por los hombres de génio y los inventores, sino por el productor más torpe ó perezoso. Y entónces, ¿qué sería de la maquinaria, qué del vapor, qué de los ferro-carriles y de tantas otras maravillas, orgullo de la edad presente?

Naturalmente no he querido hacerme cargo de lo que haya de exajerado y muchas veces de falso en esta eterna queja de las condiciones de produccion. No ha habido país en que, á cada reforma arancelaria, los interesados no hayan puesto el grito en el cielo sosteniendo que sus condiciones eran las más desfavorables. Los aficionados á números podrian hacer sobre esto una estadística curiosa. Oyendo á los pretendientes, vendriamos á parar á que todos ellos trabajan con igual desventaja; con lo cual, su soñada igualdad de condiciones resultaria establecida de hecho.

Ahora, según hemos visto, se inclinan más á igualar las cargas fiscales. ¿Por qué no se han de igualar? Hé aquí una cosa perfectamente asequible, porque depende en un todo de la voluntad humana. Seguros pueden estar los proteccionistas de que, en este terreno, nos encontrarán siempre á su lado. Pero hay una *ligera* diferencia entre nuestro procedimiento y el suyo. Ellos quieren igualar sosteniendo las cargas actuales y añadiendo otras nuevas; nosotros igualaríamos á fuerza de rebajar. Nosotros suprimiríamos obstáculos; ellos los añadirían. Prescindamos ya de ideas; ¿por cuál de estas dos soluciones se decidirá la mayoría de los intereses? Facilísima es la respuesta. No crear, porque creados están, sino ir sacando á la luz los intereses favorables al libre-cambio; tal es la táctica que la experiencia nos aconseja. Donde esta táctica se ha puesto en plena ejecución, el proteccionismo se agita, pero no decide. Aquí vamos entrando por la buena senda; nuestras grandes industrias de exportación y otras que tienen la importación por base han empezado á agruparse en torno nuestro. Con ello ha empezado también el período de liquidación para el sistema de los protegidos. Cuando las fuerzas industriales se vayan midiendo y comparando, no ya los consumidores, sino los mismos fabricantes acabarán por convencerse de que la práctica de la libertad mercantil es la más racional, la más justa, la más segura y para todos la más beneficiosa.

JOAQUIN MARÍA SANROMÁ.

SONETO (INÉDITO)

DEL DOCTOR Y ACADÉMICO, QUE FUÉ,

SEÑOR DON JOSÉ MUSSO Y VALIENTE,

Á SU ESPOSA,

CON OCASION DE HABERSE ÉSTA CUBIERTO EL ROSTRO CON LA MANTILLA,
AL DIVISARLE.

No corras, no, con tímido recelo
sobre la del amor lumbre divina,
por hurtarla á mis ojos, la cortina,
con nubes escondiéndome ese cielo.

En vano lo ocultó cándido velo,
si el corazon solícito adivina
y va á coger la rosa peregrina
pasando el muro con osado vuelo.

Deja, mi bien, que al verla se enagene
quien á solas gozándola suspira
porque alivio su ardiente sed no tiene.

Ablanda el pecho; vé que se retira
la juventud, y helada vejez viene...
y, ya que no el amor, el tiempo espira!

REALISMO.

I.

Analizar es destruir.

¿No?

Pues bien, es descomponer. Me dá lo mismo.

Contemplemos las cosas que nos rodean y tomémoslas á ojo de buen cubero, si es que pretendemos conservar algo de lo que poseemos para nuestro particular recreo, porque comunmente el encanto que experimentamos con la presencia de las cosas que nos deleitan ó que nos son más agradables, tiene mucho de perspectiva, pues esas cosas vienen á ser, poco más ó menos, sacos, dentro de los que no se debe meter la mano, en atencion á que, generalmente hablando, están vacíos.

Analícese, aunque no sea más que por un momento, el desbordado raudal de la riqueza que nos inunda, y nos veremos en la necesidad de pedir limosna.

No penetremos nunca el misterio de lo que gastamos, y así ignoraremos siempre el secreto de lo que debemos.

Una liquidacion es un análisis, y liquidar es arruinarse. Me parece que en el lenguaje comercial hemos convenido en que una casa en liquidacion es una casa en ruina.

Convengamos, por lo ménos, en que no hay nada que descomponga tanto el armonioso conjunto de un bolsillo como una cuenta no satisfecha.

Todas las cosas tienen su vida privada, su vida íntima, como si dijésemos, su hogar doméstico; vida que se nos escapa al querer penetrar en sus misterios. Así es que, si nos empeñásemos en hacer la diseccion anatómica de un hombre vivo, al cabo de la operacion nos encontraríamos con un cadáver, del cual se nos habia escapado el misterio de la vida entre los dedos.

Fijémonos bien, y observaremos la descomposición social que nos invade, y advertiremos que ese fenómeno es señal de que la sociedad se encuentra bajo la acción destructora del análisis, porque la corrupción es analítica por su naturaleza.

Yo digo: la mayor parte de las superficies brillantes que nos rodean y nos deslumbran hay que tomarlas sin penetrar en el fondo que ocultan, y hay que hacer con ellas lo que frecuentemente se hace con las monedas falsas, esto es, tenerlas por verdaderas y darlas á todo el que quiera tomarlas. Vaya Vd. á analizar un billete de Banco, y se encontrará con que, en último resultado, no tiene más valor que el que ofrece bajo su palabra.

Analizar una moneda equivale á fundirla ó deshacerla, á desautorizarla, á tirarla por la ventana, realmente á quedarse sin ella; porque se va alambicando tanto el uso de los metales ricos en la fabricación de la moneda, que pronto no tendrán más valor que el de la forma externa. Entretanto, todo el que posee un duro falso, y lo averigua, queda *ipso facto* comprometido á perder veinte reales.

La cosa es clara; para medir las regiones misteriosas que á nuestros ojos desenvuelve la luna de cualquier espejo, hay que romper el cristal en que están contenidas; y, ¡oh desdicha humana! roto el cristal, desaparece el espejo.

Quiero decir que las cosas hay que tomarlas al pie de la letra. ¿Qué importa lo que sean, si nos agrada lo que parecen?

Mil veces desdichado el químico que intente analizar el bello compuesto de una mujer hermosa.

Cada hombre ve desde el punto en que está el límite de sus deseos; el camino es largo ó corto, ancho ó estrecho, áspero ó suave, cuesta arriba ó cuesta abajo; de cualquier modo que sea, lo emprende y llega más tarde ó más temprano. ¿Y qué? Que hay que volver á empezar, porque el límite que se estaba tocando con la mano aparece mucho más lejos todavía.

La realidad es como el horizonte: siempre está más allá de donde le vemos. El día en que en el lenguaje de los hombres las palabras expresen el verdadero concepto de las cosas, realidad querrá decir perspectiva.

Entretanto, los espíritus prácticos, dejándose de locas apariencias, yendo, como vulgarmente se dice, al grano, han inventado una suma, una cifra, un valor que no hay número para expresarlo, y han dicho: «Lo positivo.» De esta manera creen haber su-

mado todas las realidades de la vida. Pues bien; lo positivo es una cantidad, una riqueza, un *summum* de dicha material que aún no ha visto nadie realizado.

Precisamente el hombre positivo es aquel á quien siempre le falta algo, bastante, mucho, quizá todo.

En esta escuela práctica de la vida positiva se ha desenvuelto el principio, ya universal, de que la riqueza es la representación, digámoslo así, técnica de todas las felicidades humanas; pero al echar la cuenta, nos resultan, en números redondos, dos sumas contradictorias.

¿Quién quiere ser rico?

Todos.

¿Quién lo es?

Nadie.

¿Por qué?

Porque mucho no es nada, si no es todo lo que se quiere, y se quiere todo.

Creso es el ideal de los ideales. ¿Quién no lo conoce? El estrépito de sus millones resuena por todas partes; su fausto no tiene competencia; sus trenes retumban sobre el empedrado de las calles como trenes de artillería; sus salones deslumbran; su mesa es capaz de resucitar á un muerto; su influencia es decisiva, porque lleva consigo el triunfo avasallador de la riqueza.

Da un te, y es una letra abierta.

Los capitales se doblan en su presencia.

Su palabra es oro; su firma siembra prosperidades.

Nosotros llamamos á ese poema oscuro, tan impenetrable como el de Goethe, lo mismo que el poeta alemán llama al suyo: lo llamamos fausto.

Hé ahí lo positivo, la realidad deslumbradora de la vida, el realismo de la felicidad humana.

Analícemos rápidamente tan risueña perspectiva; acerquémosla á nuestros ojos, aunque por un momento se desvanezca el encanto.

Veamos, ante todo, quién es de quién: ¿Los millones pertenecen al hombre, ó es el hombre el que pertenece á sus millones?

¿La opulencia es un despilfarro ó una especulación?

¿Su lujo es lujo ó negocio?

¿Es prodigalidad ó avaricia?

¿Da ó siembra?

Cuando arroja el dinero por la ventana, ¿resta ó suma?

Cuando dá una fiesta, ¿se divierte ó negocia?

Su coche va siempre á escape. ¡Oh cuenta de la vida! Le sobra oro y le falta tiempo. Desde el último rincón de sus caballerizas hasta la cama en que duerme, todo es tienda, y almacén su palacio.

Si bien se mira, es un jornalero que pasa el día y la noche en el taller de sus negocios, tirando de un millón, de diez millones, de cien millones. Viene á ser el primer empleado de su casa, mozo de cordel siempre cargado con el fardo de sus ganancias. ¡

En su casa es un artesano, en la calle un negociante, en los salones un mercader, en las antesalas de los poderes públicos un pretendiente.

Pide, solicita y adula.

Compra, alquila y soborna.

Su mano, semejante á la de los pobres que imploran la caridad pública en las esquinas de las calles, la encontrareis siempre extendida y abierta, no para dar, sino para recibir, porque este hombre, práctico y positivo, no tiene nunca bastante.

Para él no hay más acciones buenas ó malas que las acciones de las empresas que prosperan, ó las acciones de los Bancos que quiebran.

A sus ojos no hay más títulos que los de las deudas que están en alza en las cotizaciones de las Bolsas.

Analizad, pues, ese compuesto de grandeza, de opulencia, de esplendor y de fortuna, y encontrareis en el fondo del conjunto, tal vez al más pequeño de los hombres, acaso un bolsillo lleno, y con frecuencia un corazón vacío. O lo que es lo mismo, el más cruel de los desengaños: la miseria en el fondo de la riqueza misma. ¿A qué buscar con implacable escalpelo tantas tristezas escondidas en las entrañas de tantas alegrías?

Aceptemos como realidad las locas quimeras de lo positivo, y si no somos dichosos, quiere decir que acabaremos por creer que lo somos.

La ciencia ha multiplicado la extensión de la mirada por medio de ingeniosos instrumentos, y ha penetrado en el foco luminoso del sol que nos alumbra, y en medio de torrentes de luz ha descubierto que el sol tiene manchas. Afortunadamente, el astro del día no se ha ofendido por semejante descubrimiento, y continúa indiferente y majestuoso alumbrando á la tierra como si tal cosa.

El crisol funde el diamante, y el análisis penetra en el fondo de su composición y sólo encuentra carbono cristalizado; pero el mis-

terio de sus luces persiste, la piedra preciosa no se dá por ofendida, y la naturaleza indiferente reproduce sus brillantes ejemplares.

El diamante se rie del análisis á que se le ha sometido, porque el hombre no ha sabido más que destruirlo.

II.

Lo positivo es el realismo de la vida práctica, de la vida material. No sería justo negar á nuestro siglo lo que podemos asegurar que forma el fondo auténtico de su carácter; por más que alguna vez aparezca medio oculto por ráfagas pasajeras de fugitivo entusiasmo, no le es posible hacer traicion al positivismo que le encadena. Pudiera decirse que el hombre moderno, despojándose de las brillantes quimeras que han sido siempre como los resplandores del espíritu humano, ha entrado resueltamente en posesion de la realidad de las cosas.

Ello es que parece emancipado del yugo que le imponian las locuras de la imaginacion y las visiones de la fantasía, y que, digámoslo así, más juicioso, más reflexivo, sólo se deja guiar por el impulso de los instintos.

En la realidad busca el encanto de la vida; lo que no se pesa, lo que no se mide, lo que no se cuenta, lo que no se cotiza, lo que no se subasta, pertenece á un mundo imaginario, enteramente fantástico, que no tiene traduccion posible en el tanto por ciento de la vida práctica.

Este hombre, tipo propio de nuestra época, que de tejas arriba sólo ve el espacio, el vacío, la soledad, nada, y de tejas abajo caminos de hierro, opulentas ciudades, empresas, Bancos, negocios, Bolsas, dinero, todo, va siempre al grano. Semejante á las letras de cambio, marcha constantemente en busca del valor que representa, y sólo en la prosperidad de los intereses materiales encuentra la realidad de la vida.

Hasta en la realidad misma de las cosas suelen observarse curiosas contradicciones. Por ejemplo: hoy, quieras que no quieras, las majestades reales empiezan á cotizarse en baja, al mismo tiempo que los sueños de la república empiezan á realizarse. Pues bien, al paso que ya casi todos somos republicanos, la ciencia, el arte, la política, las costumbres son cada vez más realistas.

La filosofía, cansada por lo visto de vanas abstracciones, ha hecho sencillamente de su capa un sayo y se ha declarado *posi-*

tivista, y niega resueltamente todo lo que está fuera de los límites de la demostración humana, más aún, de la demostración científica, como vana quimera, loca preocupación ó necia paparrucha. Niega, pues, la cuadratura del círculo, en razón á que científicamente no puede demostrarse.

Nos ha incomunicado con el mundo de los sentimientos, que jamás explicará la ciencia positiva. De esta manera simplifica la vida moral, reduciendo el alma á completa nulidad, más bien suprimiéndola como mera preocupación, porque vaya Vd. á demostrar geoméricamente la autenticidad de este sér invisible, que ve con nuestros ojos, habla con nuestra lengua y anima nuestra vida, por más que cada cual lleve dentro de sí mismo la revelación de su presencia.

Así nos ha despojado de las ilusiones de la fé, porque sea la que quiera la necesidad ingénita del espíritu humano, en punto á creer lo que está fuera del alcance de la razón, es lo cierto que para la vida práctica, para la vida mecánica y positiva, basta con la fé pública encomendada á la proverbial honradez de los escribanos. La ciencia no puede ya admitir otra.

De la misma manera nos ha arrancado de la esclavitud de la esperanza, porque, en fin, ¿qué es esperar más que perder el tiempo? ¿Qué plazo es ese sin estipulación previa, que no consta en instrumento público, con presencia de testigos, cuya realidad legal haga testimonio en juicio? ¿A qué tribunal se puede llevar la queja de las esperanzas defraudadas? La ciencia *positiva* sólo puede admitir las esperanzas que recogen los pretendientes en las antecámaras de los ministros, y aquellas con que recrean al ánimo los jugadores de lotería los días anteriores al sorteo. ¡Esperanza en otra vida! ¡Gran Dios! ¿Acaso puede ser mejor que la realidad auténtica de esta vida que gozamos?

Asimismo nos ha emancipado del dominio de la caridad; porque vamos á ver, ¿qué hay de positivo en el interés que inspiran las desgracias ajenas? ¿Qué tanto por ciento devenga el capital que se aplica á socorrer las desdichas que no son nuestras? ¿Acaso dar una limosna es cobrar una letra? ¿Desde cuándo la piedad, la conmiseración, el sacrificio son títulos de la Deuda? Bueno que la filantropía arroje lejos de sí unas cuantas monedas, para que el espectáculo de la miseria no le moleste; pero el amor al prójimo, ¡Dios santo! ¿Quién está más cerca de mí que yo? ¿Qué cosa hay en el mundo fuera de mí mismo que pueda interesarme?

El *positivismo* de la ciencia ha creado el positivismo de las costumbres y el realismo en el arte.

Realismo artístico, direccion asquerosa, si se quiere, de todas las miserias humanas; pero al fin instructiva en punto á degradaciones morales. Exaltacion de todas las pasiones; sea enhorabuena, mas al cabo hay que convenir en que, no sólo de pan vive el hombre, y justo es darle á la naturaleza lo que le pertenece. Realismo ó naturalismo, ¿qué más dá? Justificacion de todos los vicios, ¿por qué no? ¿Acaso el hombre no los paga bien caros en la vida, para que se le pueda negar el derecho á poseerlos? Espectáculo constante de los cuadros más vergonzoso? Bueno, pero se trata de los sagrados derechos de la industria, y así como á una mujer hermosa no se le puede prohibir que trafique con sus encantos, del mismo modo hay que consentir que la inspiracion, ó lo que sea, negocie las miserias humanas y realice sus mercancías. ¿Gana? Pues está en su perfecto derecho. ¿No es acaso el oro la última palabra positiva de todas las cosas? ¿Por qué razon ha de ser más lícita la prostitucion de la mujer hermosa que la prostitucion del arte?

Al *positivismo* brutal de la ciencia ha sucedido el realismo grosero del arte, porque á la anarquía de las ideas sucede siempre la corrupcion de los sentimientos. Muerta el alma por la accion de esa ciencia, claro está que han de corromperse las costumbres por la accion de ese arte.

La literatura, encargada de animar y embellecer los nobles sentimientos, nos ofrece hoy obras que al desórden material de la forma unen el desórden moral de los pensamientos; porque la corriente *positivista*, que todo lo invade, pasa de las universidades á los teatros, de los libros de texto á los de recreo, de la cátedra á la novela y al drama, del catedrático al poeta.

Este realismo literario, que parece complacerse en buscar los elementos de sus fábulas en las hediondeces de la sociedad, como si no hubiera ya más género humano que el que se revuelca en los lupanares ó se arrastra en los presidios, no tiene, digámoslo en honor de su gloria, más competencia que aquella que le hacen en el gusto público la estadística criminal de los tribunales y las collecciones patibularias de las causas célebres.

Acaba de decir la ciencia que el hombre es Dios, y el arte del día, con un instinto satírico de que él mismo no se dá cuenta, nos advierte casi diariamente que es el dios más despreciable que ha podido caber en cabeza humana.

J. SELGAS.

MANUEL DE LA REVILLA.

III.

Tanto ó más que como crítico, habria influido Revilla como pensador en la cultura y en el progreso de nuestra patria, si no hubiese muerto prematuramente. Los que niegan esto desconocen las cualidades de su talento. No supongo yo, porque esto no puede establecerse de una manera hipotética, que Revilla creara nuevos sistemas filosóficos ó produjera alguna concepcion en este órden de ideas, original y distinta á las que ya conocemos. Pero aunque no llegara á eso, aunque su ingenio no remontase tan alto el vuelo, ¿quién duda de que habria conseguido aquel fin como expositor y vulgarizador de las doctrinas á que estaba afiliado, del pensamiento filosófico que admitia y propagaba? No de otra suerte ha alcanzado el insigne Littré fama y renombre universales. Sus trabajos filológicos, áun cuando tienen innegable mérito; sus escritos políticos, áun cuando han contribuido mucho al afianzamiento de la república en Francia, no significan, ni valen lo que esa dilatada y constante campaña, un dia tras otro seguida con el mismo esfuerzo, con la misma extraordinaria firmeza, con laboriosidad y empeño poco comunes, para divulgar y afirmar los principios de la escuela positivista y las enseñanzas de su sabio maestro, Augusto Comte.

Revilla, como Littré, tenia para esa tarea dotes excepcionales, por la lucidez con que se presentaban siempre á su inteligencia los problemas más árdulos y complicados, y por la claridad con que sabia presentarlos y exponerlos. Era hábil en el arte de asimilarse las ideas por otros descubiertas, y su gran instruccion le facilitaba el medio de aplicar una teoría cualquiera á los diversos ramos de la ciencia y á los varios órdenes de la cultura humana.

Dotado, por otra parte, de un espíritu profundamente lógico, hallábase en condiciones de deducir de un principio todas sus consecuencias, y de buscar entre éstas, para encarecerlas y ponerlas de relieve, las más conformes á la índole práctica y positiva de su investigación. No se necesita más para ser apóstol, y apóstol afortunado de una doctrina. Esas cualidades son las que han hecho del génio francés el vulgarizador universal de todas las grandes ideas, y acaso las que han dado á Francia la autoridad de que goza en el mundo y el influjo que ejerce sobre todos los pueblos de la tierra. A dotes análogas habria debido Revilla un puesto que aquí merecen pocos y que verdaderamente aun no ha ocupado ninguno.

Luégo Revilla era un maestro. Antes de que subiera á la cátedra de la universidad central, en que ha muerto, habia revelado en la del Ateneo su aptitud para la enseñanza y para la propaganda, que no es sino un medio de aleccionar y de instruir. Hasta el tono de sus discursos tenia un dejo magistral, y pocos, entre los que le han oído, podrán decirnos que no aprendían algo en aquella palabra, docta siempre, y que la mayor parte de las ocasiones, en vez de admirar por la energía del apóstrofe, ó de seducir por la belleza de las imágenes, explicaba para persuadir y convencer al oyente. Los alumnos de nuestro primer instituto educador lamentarán siempre su ausencia, como han deplorado el alejamiento de otros ilustres profesores, algunos de los cuales han vuelto ya al magisterio, porque la palabra de Revilla en la cátedra no tiene fácil reemplazo.

En sus libros, que son pocos, y que no dan idea cabal de todo lo que era capaz de hacer, se advierten y pueden aplaudir estas mismas cualidades. Escribió hace ya muchos años un curso de literatura en colaboracion con D. Pedro de Alcántara García, que es uno de los mejores textos que de ordinario se consultan para el estudio de esa asignatura. De Revilla es, en ese tratado, toda la parte filosófica y preceptiva, y de su colaborador la histórico-crítica. Reunen ambas cuantas condiciones pudiera reclamar un crítico escrupuloso de cualquier obra destinada á la enseñanza. En la explicacion de los principios generales y de las reglas de esa ciencia, ha desplegado Revilla sus grandes dotes de propagador y maestro. Ahora que están en moda, aún en los trabajos elementales, las disquisiciones laberínticas y abstrusas, que amontonan en la imaginacion del alumno, en confuso desórden, principios

poco inteligibles y máximas oscuras; ahora es ocasion de aplaudir en Revilla la claridad con que va exponiendo las verdades que afirma, el sólido razonamiento donde busca su prueba, el orden rigurosamente lógico con que las encadena, y del cual nacen la unidad y la armonía de los principios científicos, y el carácter eminentemente práctico con que procura presentarlos, que es digno de aplauso por dos razones: en primer lugar, porque hace más fácil su aprendizaje, dado que lo práctico adquiere más pronto y de un modo más firme carta de naturaleza en el pensamiento del que estudia, y en segundo lugar, porque esa enseñanza es más provechosa, puesto que revela el aspecto útil de los conocimientos que ofrece.

Además de los *Principios de literatura general*, de los que debe leerse la edición de 1877, ampliada y reformada por su autor de acuerdo con las ideas que entónces profesaba y que son las que ha defendido hasta sus últimos tiempos, ha escrito Revilla, en este orden de trabajos, una *Filosofía moral* en colaboracion con el señor Gonzalez Serrano, y una *Introduccion á las Obras filosóficas de Descartes* que publicó en dos tomos, traducidas y anotadas por él, la casa editorial de Perojo. La lectura de estos trabajos ha confirmado nuestro juicio sobre las cualidades de Revilla, como pensador y como maestro. Pero esas cualidades, como las demás de que hemos hablado hasta ahora, sólo revelan que Revilla poseia condiciones externas para figurar con aquel doble carácter. ¿Tenia tambien su pensamiento las indispensables para concurrir al propio fin? Esto es lo que nuestros lectores preguntarán y lo que arguyen como objecion cuantos contradicen que Revilla mereciera el calificativo de pensador. Nosotros creemos que sí; otros difieren en este punto de esa creencia fundándose en lo que llaman la versatilidad de las opiniones de Revilla.

Veamos qué hay de cierto en esa versatilidad. Revilla empezó sus estudios filosóficos bajo la direccion de los más caracterizados representantes del krausismo en España; era discípulo predilecto de Sanz del Rio y de Salmeron, compañero inseparable de Gonzalez Serrano y de Aura Boronat y siguió desde luégo aquella tendencia, como lo revelan sus trabajos en el *Boletin Revista de la Universidad de Madrid*, el libro de ética que hemos mencionado y la primera edición de sus *Principios generales de literatura*. Pero bien pronto los moldes estrechos y exclusivos en que el krausismo se mueve, sus vagas y conceptuosas idealidades, su oscuridad y su

falta de sólido fundamento científico, arrojaron á Revilla de aquel campo, donde no cabia un talento tan lucido y eminentemente práctico como el de nuestro malogrado amigo. Su pensamiento desde entónces flotó en las sombras de la duda, y vacilando entre opuestas tendencias, no llegó durante mucho tiempo á resolverse en pro de ninguna de las afirmaciones capitales que se disputan el imperio de la filosofía contemporánea. En esta época, de crisis para el pensamiento de Revilla, se le vió oscilar entre opuestos criterios, marchando de un modo inseguro á través de las dificultades que le rodeaban. Por entónces regresó de Alemania el Sr. Perojo, que se habia consagrado allí, en las grandes escuelas germánicas, al estudio de los más trascendentales problemas de la filosofía. El Sr. Perojo nos trajo una novedad: el neo-kantismo, y Revilla pareció un momento influido por esa nueva escuela y dispuesto á afiliarse en el número de sus partidarios. Pero el neo-kantismo no es más que una especie de acomodamiento entre las doctrinas más progresivas de la vieja metafísica y el experimentalismo, que gana tantos prosélitos cada día en Inglaterra y en Alemania, entre los pensadores y los hombres de ciencia; el neo-kantismo es una concesion hecha á las creencias positivistas, y de la distincion entre la razon pura y la razon práctica, tal y como la explican los neo-kantianos, á la distincion entre lo cognoscible y lo incognoscible de Herbert Spencer, no hay más que un paso. Revilla salvó muy pronto esa corta distancia y lo vimos consagrarse por completo y sin reservas de ningun género á la propagacion de la mayor parte de las afirmaciones sostenidas por el autor de los *Primeros principios* y á la defensa de la tendencia que personifica.

Yo creo que Revilla no hubiera modificado ya sus creencias en ese punto, y me inspiran esta seguridad dos consideraciones: la de que las ideas que ahora profesaba eran las más conformes á la índole de su genio individual y á las cualidades de su talento, y la de que en esta evolucion no habia hecho otra cosa que seguir el rumbo progresivo marcado por las grandes corrientes que inspiran el pensamiento de la culta Europa.

Revilla dentro del experimentalismo, dentro de la escuela positivista estaba, para valerme de una expresion vulgar y gráfica, como el pez en el agua. Aquel era su ambiente propio, aquella su atmósfera adecuada. Dice el Sr. Aura Boronat, que de esta manera, si no descifraba los enigmas de la vida, se preparaba para un mayor y más acertado conocimiento del mundo y de la realidad, y esto es

exacto; pero hay que tener en cuenta que eso constituía toda la aspiración de Revilla. Él había renunciado ya á explicarse aquellos enigmas que serán un misterio eterno para los hombres. Sabía además que dentro de la ciencia no caben enigmas ni misterios, y que es preciso, si la ciencia ha de significar algo estable y serio, algo fundado y verdadero, cerrar las puertas de su recinto á toda creencia no demostrada y á todo conocimiento no investigado por medios que acrediten su indudable certeza. Sabía que la ciencia sólo puede hacernos conocer la realidad que nos rodea y el mundo en que vivimos, que lo sobrenatural está fuera de nuestro alcance, y la esencia de las cosas escapa á nuestros medios de examen constantemente. Era, pues, indudable, que no hubiese jamás vuelto la vista atrás para perderse en el dédalo de creaciones imaginarias ó fantásticas que constituyen la base y el fondo de la metafísica; era seguro que no hubiese de nuevo levantado la vista á lo alto como no fuera para admirar en silencio lo que la humanidad no ha de poder explicarse jamás. Esa distinción entre lo discernible y lo indiscernible, lo que puede ó no puede conocerse, es tan exacta y había arraigado tanto en su espíritu, que puede considerársela como una adquisición definitiva. Toda la obra de Revilla pensador habría girado alrededor de ella. La muerte le ha impedido construirla. Nos abandona cuando acababa de encontrar el buen camino y de fijar en terreno seguro su planta.

Esta evolución no es un episodio individual ni un hecho aislado: es el cumplimiento de una ley que rige los progresos y la marcha de la historia de la filosofía. Comte lo ha dicho: después de la teología, la metafísica, y después de la metafísica, la ciencia. En nuestro tiempo gran número de pensadores han seguido ese rumbo, y en España, dentro de la escuela á que Revilla se afilió en la primera época de su vida intelectual, no será el suyo el único ejemplo que pueda citarse. De Salmerón se sospecha que pueda seguirlo, á juzgar por las manifestaciones de sus más recientes trabajos. Otro krausista, escritor inteligente, acaba de revelarse inclinado á ello en un libro notable que ha visto estos días la luz y que los lectores de la REVISTA conocen ya. Nos referimos á la obra que, bajo el título de *El hombre primitivo y las tradiciones orientales* (1), acaba de publicar D. Manuel de Sales y Terré. En el pró-

(1) Véanse las *Noticias bibliográficas* del número anterior.

logo de esa obra el Sr. Sales describe con tanta concision como verdad aquel movimiento, y confiesa hasta qué punto se siente arrastrado por las fuerzas que lo producen. «Estamos siendo testigos, dice, sin advertirlo apenas, de la más profunda revolucion que ha pasado la ciencia desde el origen de los tiempos. Del reinado de la metafísica, que ha dado vida y direccion al pensamiento europeo durante más de tres siglos, como antes se la diera la teología, estamos pasando al de la investigacion experimental y *positiva*... de tal manera, que ningun conocimiento, por elevado que sea, debe ser considerado como tal si no tiene alguna raíz en el suelo de la experiencia.» El Sr. Sales no quiere conceder que esto sea positivismo; sea en buen hora: no hemos de reñir por cuestiones de nombre. El hecho es que esa revolucion se lleva á cabo, que esa revolucion ha destronado á la metafísica, que esa revolucion establece la ciencia sobre nuevas bases, y que, admitidas éstas, hay que convenir en lo capital, en el fundamento, con esas doctrinas de Spencer y de los experimentalistas, antes tan vituperadas en nombre de un idealismo vago, vano y deficiente. Revilla, como pensador, no hizo otra cosa que someterse á esta revolucion y aceptar sus conquistas, comprenderla y secundarla con todo el entusiasmo que inspiraban á su alma esas luchas del pensamiento y de la inteligencia, para las cuales habia nacido, en las que vivió y dentro de cuyo seno vino á encontrarle la muerte el dia infausto de su pérdida y de nuestro desconsuelo.

Revilla era, pues, un positivista. De entre las varias tendencias que hay en esa escuela habia seguido la de Spencer, si bien en su manera de concebir la realidad y los fines de la vida y de explicarse las leyes éticas que rigen el mundo moral parecia muchas veces inclinado á cierto pesimismo desolador y funesto. Ya hemos explicado por qué. Dolores físicos y angustias del espíritu le llevaban con frecuencia á ese extremo y mantenian su pensamiento en constante afliccion y perpetuo desasosiego. Era un desventurado que halló pocas horas de calma y pocos momentos de reposo y de alegría en este mundo, que él llamaba entónces valle de lágrimas. Pero el pesimismo de Revilla no era como el de Schopenhauer, pura concepcion filosófica; ni le arrancaba, como á Leopardi, notas desesperadas, dichas *grosso modo*, en el apogeo del desaliento y de la incredulidad. Era un matiz melancólico y sentido que esmaltaba sus producciones literarias, un tinte suave que sombreaba pálidamente sus juicios ó una queja amarga que brotaba de sus poesías y de sus confiden

cias íntimas como protesta lanzada para desquitarse de las contradicciones de la existencia. Yo creo que el tiempo, bálsamo para ciertas heridas, el olvido de males que su pasión abultaba y las glorias y dichas que debía reservarle el porvenir, le hubiesen curado de ese achaque moral, verdadera dolencia de su pensamiento, y no, como algunos han supuesto, carácter distintivo y cualidad permanente de sus juicios. Entónces Revilla se habría mostrado tal como era, sin sombra alguna que oscureciera sus ideas. Por desgracia esto no ha sido posible y, ahí está á nuestros ojos el motivo de que muchos no vislumbren su figura tan clara y correctamente definida como nosotros acabamos de recordarla.

IV.

Hemos dicho que Revilla era ante todo crítico, porque en primer término y de un modo constante se dedicó al ejercicio de ese árduo ministerio, en nombre de la literatura y de la ciencia, para contribuir al progreso intelectual y al adelanto de la cultura en nuestro suelo. Pero, sobre todo, Revilla era orador. Como orador es como desplegó sus mayores y más altas cualidades, rayando á una altura en la que pocos podrán aventajarle. Y si como pensador ó crítico no ha dejado indelebles huellas de su personalidad, porque ahora empezaba á producir obras completamente maduras y sazonadas, aún, por desgracia, es más fugitivo y perecedero el recuerdo que ha de quedarnos de sus facultades oratorias y de la esplendidez con que las demostraba en los más brillantes torneos académicos. Los que tuvieron la fortuna de oírle alguna vez no podrán olvidar nunca aquella palabra llena de encantos; pero el día en que desaparezcan dejará de existir ese recuerdo, y el orador no será mas que una sombra lejana é indecisa, porque los discursos de Revilla no han quedado en parte alguna donde pueda admirarlos la posteridad.

Me decia en cierta ocasion un ilustre tribuno demócrata que nuestra juventud, rica de escritores insignes, no lo es de oradores elocuentes. Yo creo, por el contrario, que hay en esa juventud, á la que el tribuno conoce poco, verdadera exuberancia de maestros de la palabra. Lo que ocurre es que ciertos géneros oratorios han llegado á su ocaso y acabarán por desaparecer de entre

nosotros; pero ni esos géneros constituyen la única elocuencia posible, ni siquiera la que más triunfos está llamada á alcanzar. Lo que hay es que el gusto del público se ha modificado bastante, y que, sirviéndole y atendiéndolo, los oradores que se forman procuran ya no parecerse á los que agotaron la pauta que hasta ahora estuvo más en boga.

Nos explicaremos, porque este punto no deja de tener importancia y aún de ofrecer un interés palpitante. Con los oradores sucede mucho de lo que acontece con los periódicos. Alguna vez hemos leído y comparado los que se escribían en España á mitad de este siglo y los que se escriben en la actualidad. Coged cualquiera de ellos; un número de *La Democracia* ó de *La Discusion*, por ejemplo, y examinadlo atentamente. ¿Qué se vé allí? Tres ó cuatro artículos de fondo brillantemente escritos, con un lujo de galas literarias excesivo, con una elocuencia, un fuego y un calor extraordinarios. El primero explica al pueblo alguno de sus más preciados derechos, éste diserta sobre tal problema constituyente, esotro envuelve en generalidades pomposas rudo ataque á la política imperante: todos están muy bien escritos y tienen trozos de una belleza imponderable... Siguen á los artículos los sueltos, redactados en el mismo tono y dirigidos al mismo fin; son episodios de la perpétua polémica doctrinal que el periódico mantenía. Pasados los sueltos, hallais algunas noticias, trasnochadas é incompletas, y para concluir, la seccion festiva de rúbrica, donde se moteja, zahiere y burla al adversario. Ese es el gran periódico, el periódico propagandista de nuestros padres.—Vengamos ahora al tiempo presente y ¡qué inmensa diferencia! Temas concretos llanamente analizados, párrafos breves exponiendo con lisura y juzgando con discrecion las cuestiones del dia, noticias de última hora redactadas en un lenguaje correcto y sencillo, sin olvidar los más pequeños pormenores, telegramas en que brilla esa áspera concision que les comunica el hilo metálico por donde se transmiten, informaciones sobre todos los asuntos en que se ocupa el hombre inteligente, datos y referencias de todos los pueblos del globo; pocos comentarios y muchas enseñanzas. Ese es el periódico de ahora; la noticia apenas condimentada y el juicio apenas bosquejado de los hechos que se consignan.—Ese es el periódico que comparte con el vapor y la electricidad el imperio de nuestro mundo, de este mundo moderno que se agita en la plenitud de la fuerza y de la vida. Las disertaciones, las galas, el bello ropaje,

la propaganda sabia la hemos relegado á los libros y á las revistas. En los periódicos no se admite ya nada de eso.

Pues lo mismo sucede con los oradores. El orador artista, que sacrifica los conceptos al brillo del estilo, que envuelve sus párrafos en nubes de color, incienso y poesía, que reduce su doctrina á grandes y maravillosas síntesis, que invoca al hablar en confuso monton todos sus recuerdos históricos, filosóficos, arqueológicos, arquitectónicos y pastoriles, que canta y trina como las aves canoras, que pinta y sublima y apasiona con el fulgor de imágenes peregrinas, no merece nuestra adhesión, siquiera haga todo eso magistralmente. Nos embelesará, nos admirará, le aplaudiremos, pero no pensamos entregarle nuestro convencimiento, ni dejarnos persuadir de sus brillantes y artificiosas disertaciones. Eso lo reservamos para el orador que explica, razona y convence; que sabe discutir y depurar los hechos, analizarlos y poner de relieve su sentido ó su alcance. A éste hay que pedirle—¿quién lo duda?—lenguaje correcto, estilo lleno de elegancia, formas no exentas de galanura y de brillo; pero nosotros somos una generación, que más que de todo eso, se cuida y preocupa del fondo de las cosas, del pensamiento que late en las entrañas de un discurso, de las ideas que viene á propagar, de la fuerza dialéctica de los argumentos que contiene y del efecto que produce. La oratoria, para nosotros, no es fin, sino medio, y tanto más merece nuestro aplauso un discurso que se pronuncia cuanto mejor consigue el objeto que el orador se propuso al decirlo.

Oradores de aquellos á quienes antes hemos aludido, retratando su estilo, habia más en otro tiempo. Oradores de esos que pertenecen al segundo grupo, abundan más ahora que antes. En el número de ellos, de éstos últimos, debemos clasificar á Revilla. Hemos dicho de él que rayó á una altura en la que pocos podrán aventajarle, y no nos mueve á afirmarlo así ningun linaje de parcialidad ó exageración. Eso es cierto, porque pocos habrá que reúnan en tan alto grado como Revilla las cualidades que le caracterizaron bajo el punto de vista con que lo estudiamos.

Si la oratoria es un arte bello-útil, y al cultivarla es preciso tener en cuenta esa doble condición, pocos habrá que respondan á ella como nuestro amigo. Sus discursos eran siempre bellas é interesantes lecciones, agradables por la corrección y elegancia del lenguaje, por el método lógico y la claridad irreprochable con que exponía sus creencias, por la erudición amena y variada con que

las ilustraba y por la espontaneidad con que brotaba la palabra de sus labios, fácil y rápida, abundante y animada. Luégo, en el fondo, Revilla, de ordinario aparecía consagrado á sostener las nobles soluciones que el espíritu progresivo de nuestro tiempo ha dado á los grandes problemas de la filosofía, de la política, de la moral y del derecho. Las sostenía depurando las razones que aquilatan su justicia, evidenciando la falsedad de las opuestas, arguyendo y demostrando. Así lograba siempre convencer al auditorio y desarmar á sus contradictores. ¡Cuántas veces su palabra alcanzó notorios triunfos en la cátedra del Ateneo! Aún me parece que le escucho intervenir en los debates, entrando en ellos con calma, serenamente, para abordar las cuestiones de un modo magistral, plantearlas como yo allí no he oído á ningun otro, y resolverlas con ese sentido práctico que obligaba á todos á reconocer la superioridad y el alcance de su talento.

Para estas luchas, Revilla no necesitaba apercebirse; estaba constantemente en guardia y provisto de las armas que habia de emplear en la contienda. Eso, aunque parezca inexacto, sucede á pocos oradores. Algunos, entre los más afamados, necesitan larga y laboriosa preparacion para producir una obra cualquiera. Yo sé de uno que suministra á los periódicos, veinticuatro horas antes de pronunciarlos, sus discursos, tal y como luégo los dice. Y no lo hago constar aquí en desdoro de su nombre, á cuyo valor, en mi concepto, nada perjudica ese hecho; lo refiero para poner de relieve uno de los méritos más singulares que adornaban á Revilla, de quien sé que la mayor parte de las veces hablaba sin disponerse á ello, diciendo lo que le dictaba la inspiracion del momento.

Pero no sólo por eso merece figurar Revilla entre los oradores más eminentes de nuestro país. Es acreedor á que se le considere así porque poseia la cualidad dominante de la oratoria parlamentaria. Revilla era, como nadie lo ha sido, dueño de su palabra. En este punto no le aventajaba ninguno de los que en la actualidad merecen y ocupan la primera fila entre los oradores políticos de España. En la polémica, al contestar rectificando los discursos de sus adversarios, sobresalía y se revelaba esa condicion. «Su palabra, ha dicho el Sr. Palacio Valdés, en el notable volúmen que lleva por título *Los oradores del Ateneo*, respondía siempre con escrupulosa exactitud á los más ligeros choques del pensamiento y caminaba con gran desembarazo por sus pliegues más profundos.

Su inteligencia era viva y ejercitaba las transiciones repentinas con una facilidad maravillosa.» Él, que no era escribiendo correcto, lo era por todo extremo hablando. Había tanta espontaneidad en su pensamiento, y tan pura elegancia en su forma, y tanta rapidez en su concepción, que no le bastaban, por lentos y difíciles, los medios ordinarios de fijar la palabra en el papel para conservarla y trasmitirla; necesitaba expresarse de un modo más rápido y lo había hecho orador su propia naturaleza. Muchos oradores hay entre nosotros, pero como yo he oído pocos á quienes les ocurriera eso, por esto he afirmado que ninguno le aventajaba.

Desde los principios de su carrera él, que se conocía y que indudablemente apreciaba sus cualidades, prefirió hablar á escribir, y todavía era casi un niño cuando comenzó á formar sociedades y tertulias filosóficas con algunos compañeros de su edad. En ellas discutía siempre con tanta profundidad y acierto, que ninguno le disputaba la preeminencia y todos aceptaron de buen grado su supremacía. De allí pasó al Ateneo y á la cátedra, y del Ateneo y la cátedra hubiera pasado al Parlamento, si entre nosotros ese tránsito fuera como en otros países, fácil y accesible para el verdadero genio, ó si no dependiera las más veces de circunstancias personales que sólo la casualidad asocia y reúne. En el Ateneo es donde yo ví á Revilla y donde él, durante un largo espacio de tiempo, ha ejercitado y desenvuelto de una manera brillante sus cualidades oratorias. Allí, en los últimos años, intervino en casi todos los debates importantes planteados en la sección de ciencias morales y políticas y en la de literatura y bellas artes. Habló sobre todos los problemas que en la actualidad preocupan al mundo culto, y sobre todas las cuestiones más trascendentales de nuestra época. Su laboriosidad y su elocuencia hallaron al fin un premio, y en el curso de 1879-80 fué elegido presidente de la sección de literatura, por gran mayoría de votos. Discutióse aquel año en esa sección sobre los principios á que debe obedecer la crítica literaria para influir provechosamente en la educación del gusto y el desarrollo del arte, y Revilla hizo el resúmen del debate. Quizás este sea el único discurso suyo que se conserva. El Sr. García lo ha encontrado entre sus papeles, preparado ya para darlo á la estampa. Yo creo que debe publicarse en seguida y que quizás, revolviendo las actas del Ateneo, se encuentren en ellas extractos completos de los que pronunció sobre diversos temas. Cuando ménos esos extractos, ya que no conserven la admirable forma de sus peroraciones, podrán

dar idea de las doctrinas que sostuvo y defendió, y tratándose de Revilla, esto es mucho. También creemos que alguna mano solícita y piadosa debe recoger aquellos de sus trabajos que andan diseminados en libros y revistas, para reunirlos, ordenarlos y darlos nuevamente á la estampa en coleccion. Entre sus papeles, y en poder de sus amigos más íntimos, acaso haya algo inédito por otra parte. El Sr. Mellado me ha dicho que él conserva unas cartas filosóficas, donde Revilla expone su criterio religioso, aproximándose mucho á los idealismos y extravíos de la última época de la vida de Comte. Este y otros estudios del ilustre crítico deben darse á luz. Ya que Revilla no pudo levantar una obra completa, que no contiñen esparcidos y diseminados, como lo están en la actualidad, los materiales que habia ido acumulando y que iba, sin duda, á utilizar en ese período de la existencia en que ya se procede con más orden, mayor método y más madura reflexion.

V.

Voy á dar término á este trabajo hablando de Revilla como hombre político. La creencia general entre sus amigos, creencia general que comparten y han hecho pública algunos de sus biógrafos, de que Revilla carecia de condiciones, bajo este punto de vista, me ha movido á tratarlo separadamente y con alguna extension. Yo creo lo contrario; creo que Revilla, que se sentia inclinado á la política, contaba con cualidades que le hubiesen hecho tambien brillar en las ardientes y apasionadas luchas de nuestros partidos. Es más; yo veo en su historia, en su brevísima historia, rasgos y huellas que le caracterizan ya de un modo completo, dentro de ese orden de ideas. Revilla tenia personalidad política definida y dan pruebas de un juicio harto superficial y somero los que no han visto en él, con la claridad y la determinacion con que nosotros lo vemos, ese aspecto, que tiene verdadera importancia. Consagrado yo, por otra parte, más que á ningun otro género de trabajos, á los trabajos políticos, es natural que procurase conocerle de ese modo. No sólo he seguido paso á paso sus actitudes y la marcha de sus ideas, por lo que se desprendia de los discursos

que pronunciaba y de los artículos que ha publicado, sino que procuré gran número de veces conversar con él acerca de las cuestiones más palpitantes. Casi no he hablado con Revilla de otra cosa, y puedo jactarme de conocer exactamente lo que pensaba y lo que quería, y cómo se iba formando su juicio sobre los problemas pendientes en la actualidad.

Revilla era demócrata. A raíz de la revolución de 1868 vino á la vida pública. Su primer acto fué la publicación de un periódico político, *El Amigo del pueblo*, que redactaba con Martra, Mellado y Blanco Asenjo. Era demócrata, y demócrata republicano; y en las columnas de aquel periódico, que representaba entónces las generosas aspiraciones de una juventud entusiasta, sostuvo y defendió con tanta energía como brillantez la causa de los derechos del hombre, de la libertad de la conciencia y de la soberanía popular. Se ha dicho que *El Amigo del pueblo* era una especie de trasunto ó copia de aquel otro periódico del mismo nombre que en París redactó Marat en los días tempestuosos de la gran revolución; pero esto no es exacto. Revilla y sus compañeros eran, sin género alguno de duda, republicanos y avanzadísimos; pero tenían bastante buen gusto para no convertirse en demagogos. La demagogia no recluta sus adeptos ordinariamente entre los hombres cultos, y Revilla era ya entónces de los más distinguidos, como lo prueba, entre otros escritos suyos dados á luz en las columnas de *El Amigo del pueblo*, el notable artículo *Los santos de la humanidad*, que con escándalo hemos visto condenado por los tribunales hace poco tiempo, al reproducirlo no sé cuál periódico de los actuales.

El Amigo del pueblo desapareció, refundiéndose en *La Igualdad*, uno de los diarios más populares y de mayor circulación que ha tenido aquí el partido republicano. Mellado y Martra fueron á él y lo redactaron hasta 1875, en que dejó de publicarse. De Revilla no sé si fué también redactor de ese periódico, aún cuando me inclino á creer que no haría sino colaborar en él de vez en cuándo. Revilla no tenía afición al periodismo. No era rico, pero poseía una modesta fortuna, bastante para atender á las primeras y más ineludibles necesidades de la vida, y aquí nadie acepta las penosas condiciones en que vive un redactor de periódico político, á ménos de no instársele una necesidad urgente. A punto fijo no puedo indicar en qué diarios escribiría Revilla desde esa época hasta el año de 1873; pero sin duda alguna colaboró en todos los de sus ideas, ó en los más caracterizados por lo ménos, llegando á adquirir una

reputacion sólida y estable como escritor político á la par que la conquistaba como crítico y hombre de ciencia. En aquellos escritos defendió las ideas generalizadas y admitidas entre sus amigos. Como á tantos otros, le arrastró y sedujo aquella imprudente y absurda propaganda federalista, raíz y fuente de nuestras mayores desdichas. Pero ¿cómo no habia de seducirle en momentos en que inteligencias tan claras y talentos tan superiores como el de Castelar, el de Figueras ó el de Salmeron eran presa tambien de aquella fiebre de lo desconocido y de lo utópico? La propaganda del federalismo ha sido, no sólo funesta para la patria, sino funesta para las ideas de la democracia. Han trascurrido muchos años desde que esa propaganda se extinguió casi por completo, y todavía el temor de que renazca mantiene vivo y enérgico en nuestra sociedad un espíritu de reaccion incontrastable y justificado. Revilla fué partidario de las ideas federales; pero yo le he oido decir que jamás le satisfizo la indeterminacion y la vaguedad con que las explicaban sus apóstoles y propagandistas. Era imposible que el sentido eminentemente práctico de nuestro pobre amigo no protestase contra aquella forma inconcebible de preparar, entre exageraciones y delirios, un porvenir lleno de amenazas sombrías y de tristes contrariedades.

Revilla fué tambien socialista; pero socialista á la manera que lo son los hombres más eminentes de Europa en nuestro tiempo, por filantropía y por convencimiento de que al Estado es preciso reconocerle en la actualidad facultades y medios de accion que merman y limitan los derechos del individuo. En el fondo Revilla era un socialista de cátedra ó un partidario de las soluciones de la escuela armónica, como lo son entre nosotros Azcárate, Giner y Piernas; Cossa, Lampertico y Luzzati en Italia; Cliffe Leslie, Fawcett y Cairnes en Inglaterra; Laveleye en Bélgica, y Wagner, Rösler, Gneist, Sybel y otros muchos en Alemania, cuna de ese fecundo movimiento. Poco afecto, sin embargo, Revilla á los estudios económicos y sociales, no ha dejado en este punto trabajos que dieran á conocer sus ideas de un modo sistemático y completo. Sólo pueden apreciarse, como nosotros las apreciamos, recordando afirmaciones diseminadas en sus escritos, pormenores é incidentes de sus discursos y aún conceptos expresados en sus conversaciones íntimas. Aquel despego con que Revilla miraba tan importantes materias era, sin duda de ningun género, un defecto de que empezaba á corregirse, como lo demostró en un discurso

sobre la cuestion social, problema que discutió el Ateneo recientemente. La base que en la actualidad han de tener los estudios y trabajos de un hombre político, ó es esa, ó no puede parecer sólida. La literatura ó la filosofía no bastan para inspirar confianza á los pueblos. Cuando éstos, seducidos por la retórica peregrina de algun orador aplaudido, le encomendaron la direccion de sus destinos, pronto han tenido motivo para arrepentirse de tan deplorable ligereza.

Asombra que Revilla, orador y escritor distinguidísimo, que colaboraba en los periódicos del partido republicano y peroraba en sus asambleas, cuando en 1873 se estableció la República, no fuera enviado á las Córtes Constituyentes. Este fenómeno es muy comun en nuestro país. Como aquí no hay verdadera opinion pública, la política se halla á merced del influjo que ejercen sin contrapeso alguno, los Gobiernos y las personalidades más caracterizadas de las agrupaciones que toman parte en la lucha. Los pueblos obedecen de un modo incondicional á aquéllos ó á éstos, y por tales caminos el gobierno representativo ha llegado á ser una especie de oligarquía en cuyas espesas mallas se ahoga todo lo que es espontáneo é independiente. Revilla era hombre de altivo carácter, porque tenia la conciencia de su valer; le humillaba someterse á estas condiciones y medró poco. Andando el tiempo habria logrado imponerse, obligando á que le aceptasen como igual los que antes desdeñaron favorecerle. Es de lamentar, sin embargo, que hombres de sus cualidades y circunstancias queden así, á un lado, en el momento en que sus servicios serian más valiosos y estimables.

Aquellas Córtes de 1873 murieron por falta de direccion inteligente y arrastraron en su caida todo el orden de cosas que habia creado el voto del 11 de Febrero. Revilla, en esa época, desempeñó un importante cargo en el ministerio de Fomento, teniendo bajo su direccion el negociado Central y el de Universidades. Ya entonces deseaba llevar á cabo en el régimen y gobierno de la enseñanza trascendentales reformas, capaces de poner ese ramo de la administracion española á la altura que se encuentra en otros países. No le fué, sin embargo, posible conseguirlo. Aquellas situaciones eran impotentes para innovar ó crear cosa alguna. Tenian que consagrar todas sus fuerzas á una lucha desesperada y angustiosa por la existencia, y pasaron sin dejar huella de sus propósitos reformadores. Revilla ocupó el puesto que desempeñaba en el minis-

terio de Fomento hasta el día 3 de Enero. Entónces, vencidos sus amigos por la rebeldía, é iniciado un movimiento de reaccion á que no quiso asociarse, abandonó aquel cargo para consagrarse por completo á sus estudios y trabajos literarios.

Desde entónces apenas intervino de un modo ostensible en las luchas de los partidos. La seguía desde lejos, casi perdida la esperanza de que iluminaran nuestro horizonte días más brillantes y espléndidos. La experiencia que acababa de verificarse ante sus ojos le habia enseñado, y Revilla renunció por completo á sus ideas utópicas de otros tiempos, entrando en esa corriente del oportunismo que, más que un partido, es una direccion general de todos los espíritus hácia lo práctico, lo positivo y lo posible. Dentro de esa direccion estaba, y afiliado al grupo del Sr. Castelar permaneció algunos años; pero en el último de su vida comenzaba á suspirar, como tantos otros demócratas, por la union de los elementos que forman la derecha y el centro del partido republicano. Cuando se celebraron en Madrid y provincias los banquetes de la juventud democrática encaminados á propagar esa idea, Revilla confesó al autor de estas líneas que estaba de acuerdo con aquel pensamiento levantado, noble y generoso. Pero ya no podia contribuir á su triunfo porque lo habia herido de muerte la terrible enfermedad que acaba de llevarlo al sepulcro. Ya no podia como otros, levantar su voz para condenar enérgicamente el personalismo exagerado que mantiene en la impotencia ese partido, el más fuerte de cuantos pudieran organizarse ahora en España, por el número y la calidad de sus elementos. Su concurso para esta obra habria sido de inestimable valor. Revilla era un hombre de elevadas ideas, de sinceras convicciones y de arraigada independendencia. Hay algunos actos de su vida que prueban el temple de su carácter. En 1876 vinieron á ofrecerle de parte de uno de los ministros más influyentes la eleccion por un distrito; le exigian en cambio que se declarara monárquico. Revilla rechazó el ofrecimiento, dando con esa conducta un ejemplo digno de imitarse á otros muchos, jóvenes é impacientes, que al primer asomo de favor vuelven la espalda á su pasado y renuncian sin pena y sin trabajo á las ideas que proclamaron. De esto hay mucho en nuestros tiempos; pero Revilla, que no era un hombre vulgar, no podia figurar en ese número.

Si bajo todos los puntos de vista que se examine su figura hay motivo para que lamentemos hondamente la pérdida de nuestro

desdichado amigo, ¿cómo no hemos de deplorarla al recordar que podría haber prestado á la libertad y á la democracia inmensos servicios? Por las dotes de su inteligencia, por las cualidades de su carácter, por su espíritu reformista, por su sentido práctico y positivo, Revilla era, en gérmen, un verdadero estadista de esos que reclama para remedio de sus angustias y sus zozobras nuestro país. Verdad que aún quedan muchos; pero de todas suertes, para los que le conocíamos bien y le estimábamos sinceramente, la ausencia de Revilla será siempre un irreparable vacío.

FRANCISCO DE ASÍS PACHECO.

NEGOCIACIONES

INTERNACIONALES

DEL REINADO DE D. ALFONSO XII.

CAPÍTULO II.—INGLATERRA.

I.

Si bien se ha distinguido siempre el genio español en empresas arriesgadas y heróicas, no ha sucedido lo mismo en las que requieren la perseverancia en los detalles que caracterizan las relaciones mercantiles, y por esto durante la Edad Media, si se prescinde del comercio de los catalanes en Oriente, puede asegurarse que eran los extranjeros los que se encargaban de traernos sus productos y de llevarse los nuestros, aunque nuestros buques tenían, entre los mismos reinos de España, y cada uno en el suyo, el privilegio de preferencia en los fletamentos.

Más tarde la diplomacia, establecida con carácter permanente por nuestros Reyes Fernando é Isabel, desdénaba el estudio de las corrientes comerciales, lo que no era extraño, dadas las ideas del tiempo, cuando acaso hoy no las estudia bastante. Por otra parte, nuestros triunfos y nuestra influencia nos proporcionaban un dominio avasallador, como nuestras posteriores desgracias nos pusieron en el caso de someternos al influjo de otros países; por lo que puede decirse que apenas existe en nuestra historia un verdadero sistema diplomático español, sino en la personalidad del segundo de los Felipes, como lo revela toda su historia y lo demuestran las anotaciones que se encuentran de su mano en los documentos que recibía. Anotaciones escritas con gran sentido práctico, con frio razonamiento, con conocimiento exacto de los hombres en general y de los que figura-

ban en la política de su tiempo, cualidades todas indispensables para la ciencia de las relaciones internacionales.

Pero al advenimiento de la casa de Austria se habia establecido un comercio muy importante entre las ciudades anseáticas y nuestras costas, y como además asistiesen dichas ciudades á nuestros Reyes en sus necesidades, segun el uso de aquellos tiempos, con hombres y dinero, fuéronles otorgados por el Rey D. Felipe III los famosos privilegios de 1607, en que por primera vez, y con el fin de atraerlos á nuestro suelo, se concedieron á los extranjeros ventajas que no tenian los españoles, con libertad de derechos para ciertos artículos, exencion de embargo de sus buques, poder abandonar sus mercancías por el valor que se les impusiese por la tasa, caso que fuese alto, y, sobre todo, tener un juez especial, que se llamó conservador, y que hasta entónces sólo se habia concedido en asuntos eclesiásticos.

El tratado de Munster (1648) concedió estos y otros privilegios á los Países Bajos.

El tratado de los Pirineos (1659) los consigné para los franceses; y los ingleses, que sólo los tenian por la costumbre, aspiraron á adquirirlos de una manera solemne, y como habia por entónces muchos comerciantes ingleses en las ciudades de Sevilla, Sanlúcar, Cádiz y Málaga, merced á sus peticiones y al pago de servicios en dinero, les otorgó Felipe IV los privilegios concedidos á otras naciones y algunos más; primero por concesion régia (1645), y despues por el tratado de 1665.

Exencion de cargos concejiles, préstamos y donativos, así como de prision por deudas á la Hacienda, de la visita del registro para sus casas; que la visita de los buques se hiciese gratis y despues de dos ó tres dias de su llegada, así como que se diese fuerza legal á su juramento y el establecimiento de un juez conservador para la práctica de estos privilegios, fueron las principales concesiones de 1645; y sin la energía del fiscal de la Audiencia de Sevilla, que detuvo el cumplimiento de la cédula en que se nombraba al juez conservador, habria quedado establecido, no sólo el fuero pasivo, sino tambien el activo, determinándose despues que en las causas de los mismos ingleses gozasen entre sí de ambos fueros ante el juez conservador, que era español; pero que contra españoles sólo gozasen del pasivo civil y criminal.

El tratado de 1667, reproducido en el de Utrech, confirmó los anteriores privilegios y añadió otros nuevos, no habiendo salido de él bien librada la habilidad de los condes de Oñate y Peñaranda. Los

nuevos fueron que los ingleses pudiesen poseer casas y almacenes, cuando los españoles no los podían poseer en Inglaterra hasta hace dos años; concesión de ocho días para reformar el manifiesto de los buques, y que no se visiten los géneros que no se descarguen.

Resiéntense estas concesiones de la necesidad que entonces sentía España de buscar en Inglaterra alianzas contra Francia, y del sistema que empezaba á prevalecer, de hacer concesiones en la Península para que no se nos suscitasen entorpecimientos en América:

Esto no obstante, las condiciones concedidas en dicho tratado tenían en su mayor parte el carácter de reciprocidad, así como las que en adelante obtuviera Inglaterra porque se concediesen á cualquier otro reino ó Estado.

Los privilegios concedidos á los ingleses en Andalucía lo fueron también en Santander á los que residían en Bilbao, con tal que se estableciesen en aquella ciudad, dándoles además carácter de ciudadanía á los cinco años de residencia si se hacían católicos, que ya entonces existía la rivalidad entre los dos mencionados puntos. Estas capitulaciones entre la villa de Santander y los súbditos ingleses, que contienen además muchas franquicias comerciales y son del año de 1700, fueron ratificadas quince años más tarde, por el tratado consecuencia del de Utrech. En el de paz y amistad celebrado en esta ciudad en 1713, se pactó con reciprocidad para los ingleses el trato de los súbditos de Francia, *ú otra nacion extranjera, la más amiga*; y por el de comercio del mismo punto y año se confirmó el anterior, y más determinadamente para mercancías y navegacion, fijándose para España el arancel de aduanas de tiempo de Carlos II. Todo esto se ratificó en subsiguientes tratados; y en el de 1715 se estipuló sin reciprocidad la igualacion de impuestos de los ingleses en España con los españoles; y, como en el de 1750, se confirmó el arancel de Carlos II, pactándose en lo demás lo que se acordase á otras naciones.

En 1783 se confirmaron los tratados anteriores, y se prometió un tratado de comercio con reciprocidad, declarando España que «sólo está dispuesta á ratificarlo en lo que sea recíproco,» é Inglaterra declaró lo que sigue, que debe tenerse muy en cuenta:

«En los tratados de esta especie, no sólo hay artículos que son
»puramente relativos al comercio, sino también otros muchos que
»aseguran recíprocamente á los respectivos súbditos privilegios y
»facilidades en el manejo de sus negocios, protección personal y
»otras ventajas que no son ni deben ser de condición alterable,

»como los pormenores que miran exclusivamente al valor de los
»efectos y mercancías, los cuales varían por circunstancias de cual-
»quiera especie. En consecuencia, cuando se trabajare entre las dos
»naciones sobre el estado del comercio, convendrá se entienda que
»las alteraciones que pudieran hacerse en los tratados existentes,
»recaerán únicamente sobre arreglos puramente comerciales; y que
»los privilegios y ventajas mútuas y particulares, no sólo se conser-
»ven por una y otra parte, sino que hasta se aumenten si pudiera
»ser.» España declaró por su parte, como queda dicho, que su ob-
jeto era rectificar los tratados, según las reglas de reciprocidad y
mútua conveniencia.

En este concepto, sin duda, y aunque en el tratado de Madrid de 1814 hay un artículo adicional que dice: «Se conviene en que du-
»rante la negociacion de un nuevo tratado de comercio, será ad-
»mitida la Gran Bretaña á comerciar con la España bajo las mis-
»mas condiciones que existian anteriormente al año de 1796. To-
»dos los tratados de comercio que en aquella época subsistian
»entre las dos naciones, quedan por el presente ratificados y con-
»firmados,» nunca se consideraron *inalterables* aquellos pactos; y los súbditos españoles no disfrutaron en Inglaterra, *personalmente*, de muchas de las condiciones que debían ser recíprocas; y en uno y otro país se han establecido libremente derechos diferenciales de aduanas, que después desaparecieron en Inglaterra.

Es más, con motivo de la cuestion de los derechos de importacion de los azúcares de Cuba, suscitada en 1845, declaró el Gobierno inglés, en nota de 30 de Junio de aquel año, que los antiguos tratados no se referían á los productos de ambos países, sino á un privilegio personal de los súbditos de un país en el otro, añadiendo en 5 de Diciembre que «el cambio de circunstancias exteriores habian hecho
»*ineficaces* los antiguos tratados, pues no se podía esperar de ellos
»el objeto para que fueron ajustados, y que creía que la razon, el
»interés y la buena fé, aconsejaban recurrir á nuevas estipulaciones,
»adecuadas, en su forma y en sus términos, á las circunstancias de
»la época actual.» Todo esto fué aceptado por el Gobierno español, cuyo deseo constante era y es libertarse de los antiguos tratados, en un todo.

Se renovó esta discusion con motivo del empréstito ó anticipo de guerra de 175 millones de pesetas de 1873, que se venían negando á pagar los ingleses en España, como tambien el recargo de guerra de 2 por 100 sobre propiedad inmueble, y la 9.^a del subsidio indus-

trial, porque no las pagaban otros países que tenían para ello pacto expreso con reciprocidad. Siguiéronse sobre esto negociaciones con el Gobierno inglés, despues de la Restauracion, en las que, al rechazar la pretension de Inglaterra, se hacia la historia de este asunto, como queda indicado; y se negaba la eficacia de los antiguos tratados y de la aplicacion de la cláusula de nacion más favorecida. Rechazaba duramente el Gobierno de la Gran Bretaña las afirmaciones del nuestro, sin duda porque pretendia valerse de esta ocasion para quitar toda fuerza á las declaraciones de 1783 y de 1845, y dársela á los antiguos tratados, pues pedia para los ingleses, *en todos casos y asuntos*, el mismo trato que los de la nacion más favorecida.

Siguióse á ésta una discusion amarga, en que Inglaterra se contentó, sin embargo, con que se suspendiese el cobro de los citados anticipos y de las contribuciones de guerra mientras se discutia el asunto; continuando nosotros apoyándonos en los tratados, y tambien en haber pagado los españoles el aumento del *income-tax* durante la guerra de Crimea, que era contribucion extraordinaria de guerra; dejando por último establecido en nota del Sr. Calderon Collantes, de 18 de Abril de 1876, publicada en Inglaterra, que los tratados antiguos, *caso de existir legalmente*, quedaban limitados á las personas; y señalando al mismo tiempo el agravio que España recibe con la escala alcohólica para la importacion de vinos en Inglaterra.

Ante actitud tan decidida, el Gobierno de la Gran Bretaña empezó á ceder, si bien, segun su costumbre, aparentando que insistia, pues manifestaba que debia sostener el derecho de los súbditos ingleses al trato de los de la nacion más favorecida, negando que los tratados hubiesen terminado con motivo de las notas cambiadas en 1845; pero añadiendo que lo que entónces se hizo fué interpretarlos en el sentido de que el tratado de 1670 *excluia* del goce de los mútuos privilegios al comercio de las *colonias*; y porque además los tratados no se referian á *los productos de cada uno de los dos países*, sino á los de cualquiera país, siempre que fueran importados en Inglaterra por súbditos españoles, ó en España por súbditos ingleses; en cuyo caso pagarian como si fueran importados por un súbdito de la nacion más favorecida; que esta era la interpretacion inglesa, asegurada por las últimas notas, de modo que decia: «*Pueden imponerse derechos más crecidos á los productos de ambos países; pero introducidos por un inglés en España ó por un español en Inglaterra, deben pagar como pagarian importados por un súbdito de la nacion más favorecida.*»

La última parte de la interpretación inglesa es falsa, porque los aranceles de Aduanas no pueden considerarse atributos que pertenecen al estatuto personal, no versando sobre las personas, sino sobre los productos; y por tanto, no pueden reclamarlos los ingleses por la cláusula de nación más favorecida en lo que dice relación á las personas, ni aún para lo importado en España por súbditos de la Gran Bretaña; pero la cuestión era inútil, porque en las mercancías no hacemos ni nadie hace diferencia á la nacionalidad del comerciante importador, sino al país que las produce.

Estas declaraciones de Inglaterra eran de todos modos muy importantes, y á ellas procuró el Gabinete de Madrid atraer al de Londres; porque cuando tuvieron lugar se debatían tres asuntos, á cual más apremiantes: el de las contribuciones de guerra en la Península, que queda expresado; el de las mismas contribuciones en Cuba, y el de la aplicación á Inglaterra de derechos diferenciales arancelarios.

El de contribuciones extraordinarias de guerra en la Península, suspendida la exacción de los que no habían pagado en 1876, no se les ha vuelto á reclamar, porque esto en realidad puede en parte sostenerse que corresponde á los derechos personales de los súbditos ingleses, y pueden reclamarlo en concepto de trato de nación más favorecida.

El estado actual de esta cuestión en la Península con respecto á contribuciones de guerra, empréstitos ó anticipos, ó cualquiera otra contribución extraordinaria, no puede ser más claro y terminante, corregido como se encuentra por el Gobierno del Rey el craso error cometido por los republicanos en 1873, con ocasión del empréstito de 175 millones de pesetas. En aquel año, y bajo el falso supuesto de tratados y reciprocidades que no existían, se publicó una disposición que eximía á los extranjeros de toda clase de los expresados pagos; y fué necesario grande estudio y perseverancia para volver á la verdad legal y poder dictar la real orden de 18 de Junio de 1875.

En ella se sienta la buena doctrina de que cuando no hay pacto en contrario, paguen los extranjeros al igual de los nacionales; y desde entónces se ha expresado así en aquellos de los nuevos tratados que hemos celebrado con verdadera libertad de acción, pues sabido es que los celebrados con Bélgica y Austria lo fueron bajo la presión de obtener que nuestros aranceles quedasen fuera del tratado. Si los jóvenes que nos han de seguir en las importantes negociaciones internacionales tienen en algo nuestra opinión, y así lo esperamos,

porque la juventud es siempre generosa, les rogamos que no abandonen este punto de vista, como rogamos á los hacendistas que abandonen á su vez estos nombres de contribuciones extraordinarias y de guerra; segun muy prudentemente hicieron los norte-americanos en su guerra separatista, para lo cual se contentaron con aumentar los impuestos ordinarios, considerándolos á todos tales.

Nuestros compromisos existentes en la materia para la Península son libertad de todos aquellos impuestos para Alemania, República Argentina, Bélgica, Costa-Rica, Guatemala, Salvador y Nicaragua; y suspension á Inglaterra, por su pretension de más favorecida en materia personal.

Austria, Francia, Portugal é Italia pagan esta clase de contribuciones cuando versan sobre bienes inmuebles; y todos los demás Estados, ténganlo ó no pactado, pagan como los españoles, concediéndonos reciprocidad.

Por lo que respecta al pago de esta clase de contribuciones en las provincias ultramarinas, ya anteriormente habia sido disputado, y se disputó nuevamente porque en Marzo de 1868 se habia firmado en Madrid, con el ministro de Alemania, un acta adicional, por la que se extendian por primera vez algunos de los beneficios del tratado de comercio de aquel año á nuestras provincias ultramarinas, faltando á nuestras tradiciones; y en términos tales, que hacian suponer que comprendia la exencion de contribuciones de guerra. Pagáronlas, sin embargo, los súbditos del imperio desde 1872, en que se establecieron las primeras, hasta que en 1875 empezaron á reclamar; y lo hicieron con mayor energía cuando se estableció el impuesto de 30 por 100 en oro, resumiendo en él todos los extraordinarios. Seguidas con este motivo empeñadas negociaciones, se consiguió una transaccion por la cual se redujo para los alemanes aquel impuesto al 22 $\frac{1}{2}$ por 100, mientras durase la guerra, debiendo despues quedar equiparados á los españoles. Se extendió el favor por equidad á los demás súbditos extranjeros; pero haciendo constar, con respecto á éstos, que era para *lo sucesivo*, y sin que pudiera servir de precedente en la materia ni en otros casos análogos en que se tratase de concesiones hechas con reciprocidad y explícitamente pactadas entre dos países, con respecto á los demás que no se encuentren en las mismas condiciones. Así fué que cuando al año siguiente, por otro cambio de notas, interpretando la anterior, se concedieron bonificaciones á los alemanes en el pago del 22 $\frac{1}{2}$ por 100, determinándose además que no se les reclamasen los

atrasos anteriores al 1.º de Abril de 1877 que hubiesen sido objeto de reclamaciones del Gobierno alemán, y que se devolviesen las cantidades que, hallándose en este caso, se hubiesen cobrado en virtud de apremio, no se concedió este favor á los norte-americanos ni á los ingleses que lo reclamaron.

Era, por tanto, de la mayor importancia dejar sentado, como se consiguió, que los antiguos tratados con Inglaterra no tenían aplicación en Ultramar.

Las reclamaciones de trato de nacion más favorecida en materia arancelaria arrancan de la ley de presupuestos de 1877-78.

El mismo día que el Sr. Barzanallana leyó el proyecto de ley en el Congreso, se quejó el representante de Inglaterra, creyendo ver una amenaza en la facultad que se concedía al Gobierno para imponer recargos y no aplicar los beneficios de la rectificación del arancel á los países que de algun modo perjudicasen especialmente nuestros productos y nuestro comercio. Pocos días después renovaba sus reclamaciones y aseguraba que Inglaterra jamás procedería movida por amenazas. El tiro había dado en el blanco, porque á Inglaterra iba dirigido en Europa, por ser la que especialmente nos maltrataba en la cuestión de los vinos. Inglaterra estaba mal acostumbrada: gratuitamente se le habían concedido los beneficios de la reforma de 1869—con mayor pasión de escuela que amor patrio—y gratuitamente aspiraba á los beneficios de la rectificación de 1877. No se le concedieron, y quedó, por tanto, única en Europa con un arancel que tiene 100 artículos más altos que los de los demás países; entre los cuales los hay muy importantes para su comercio, como los hilados y tejidos de algodón, seda y lana; vidrio y cristal; loza y metales.

Pareció este bastante estímulo, y lo fué, en efecto, para que cambiase la manera de ver de la Gran Bretaña en la cuestión de los vinos, y no se le impusieron mayores recargos; pero la autorización sigue en pie y podemos usar de ella. Como puede suponerse de la diplomacia inglesa, la negociación fué reñidísima. Algo se facilitó con haberse abandonado, en los presupuestos de 1878-79, los derechos extraordinarios que á todas las procedencias se habían impuesto; y si bien entraba su abolición en las miras de nuestro Gobierno, sirvió mucho para modificar la actitud de Inglaterra, y la de Bélgica y Austria, que se oponían, con título para ello, á toda agravación.

En vista de nuestra actitud enérgica—que no tiene precedente en la historia arancelaria de nuestro país—Inglaterra se rindió á la evi-

dencia; y abandonando los argumentos de su supuesto derecho en esta cuestión, se refugió en los de equidad y en las buenas y amistosas relaciones entre ambos países.

Patentizóse este nuevo triunfo de nuestra política financiera en la discusión promovida en la Cámara de los Comunes por Mr. Forster el 9 de Agosto de 1877; pues en ella, el subsecretario de Estado, Mr. Bourke, declaró que se habían dado instrucciones al representante de la Reina en Madrid para obtener *por equidad* el trato de nación más favorecida en materia arancelaria; puesto que por la discusión habida en la misma Cámara en 1845, y las notas entónces cambiadas, este trato había quedado reducido á las *personas* de los respectivos súbditos.

Explícita declaración, que apenas nos atreviamos á esperar por estar fuera de los usos de la diplomacia inglesa, más propensa á recoger declaraciones ajenas que á hacer declaraciones propias, en que renuncie á ningun derecho disputado.

The Times y *The Daily-News* confirmaron también nuestro derecho y emprendieron la discusión en el terreno de la equidad.

Alegaban para ello, lo mismo la prensa que el Gobierno inglés, que los principales productos españoles, entre los que se cuentan los ganados, el corcho, el esparto, los minerales, el aceite, el azúcar y toda clase de frutas verdes, entran en el Reino Unido sin pago de derechos, prescindiendo de que esto sucede porque los ingleses lo creen beneficioso á sus intereses; y decían que en la cuestión de los vinos la diferencia no consiste en la nacionalidad del producto, sino en la fuerza alcohólica, hasta el punto de que sus propios vinos del Cabo de Buena Esperanza paguen al igual de los nuestros. Pero esta última observación queda deshecha con la que repetidamente les presentaba el agudísimo ingenio de uno de nuestros más ilustres hombres de Estado. Decíales el Sr. D. Manuel Silvela que la concesión de derechos bajos á los vinos de escasa fuerza, que sólo por excepción se producen en nuestro suelo, nos era tan perjudicial como lo sería la concesión de privilegios especiales en Inglaterra para los súbditos extranjeros que fuesen *rubios*, que sólo por excepción comprendería á poquísimos españoles.

No queriendo alargar demasiado este escrito, el estudio de la cuestión de los vinos y el de la generalidad de nuestros cambios con la Gran Bretaña serán objeto de capítulos especiales.

Por el momento, debemos dejar consignado que el estado legal de las relaciones entre ambos países es el siguiente:

En lo relativo á los derechos personales de los súbditos, pretension de Inglaterra, discutida en España, en suspenso en sus efectos adversos; pero sin terminante declaracion expresa.

Los efectos de los antiguos tratados, negados por ambos Gobiernos en las posesiones ultramarinas.

En materia arancelaria, consentida por la Gran Bretaña la desventajosa posicion del arancel general en España, ó sea fuera de las ventajas de la nacion convenida ó más favorecida, que sólo reclama por equidad y buena correspondencia.

Y todo ello discutido y puesto en claro por los Gobiernos de la Restauracion. ¡Ventajas para negociar que nunca se agradecerán bastante!

La condicion de país más favorecido en asuntos arancelarios se ha ofrecido al Gobierno inglés á cambio de la igualacion en Inglaterra de los vinos de toda fuerza; pero sostenida la diferencia de graduacion por aquel Gobierno, como condicion *sine qua non* para negociar, si consentimos en la diferencia, debemos de tratar que sea lo ménos perjudicial posible para nuestros vinos, y tenemos además derecho á pedir, sin que el Reino Unido exija nuevas concesiones, rebaja en los derechos de importacion de las frutas secas, de los cafés y de los tabacos, con más, la realizacion de la idea de establecer una Aduana en Gibraltar, tan necesaria para la regularizacion de nuestros cambios con aquella plaza.

Si nos mantenemos en esta firme actitud, podemos sacar de ella gran partido; y es de desear que los Gobiernos que se sucedan en nuestro país no vuelvan á incurrir—cualesquiera que sean sus ideas económicas—en el grave error de 1869, de conceder gratuitamente á los productos ingleses las ventajas arancelarias que en lo sucesivo resulten para las naciones que nos favorecen, mientras no se verifique un arreglo comercial con la Gran Bretaña, en el que se arregle la cuestion de los vinos y se anulen los antiguos tratados, origen de amargas discusiones.

Un nuevo error en este punto seria tan funesto como irremediable; y despues de las experiencias del pasado, no lo creemos posible en ningun Gobierno español.

EL VIZCONDE DE CAMPO-GRANDE.

Madrid 28 de Junio de 1881.

UN EMPERADOR POETA.

I.

El Congreso de Americanistas nos hace volver los ojos al continente evocado por el genio de

el genovés tenaz de fé sencilla
que una mitad del mundo dió á Castilla,

como dijo aquel poeta que trajo de Méjico, presa de la revolucion, el esbozo de su triste poema *El drama de un alma*.

Las musas atraviesan el Atlántico.

Hubo un tiempo en que anduvieron enamoradas de Grecia y de Roma. Entónces no habia más que náyades y driadas, Venus saliendo del mar, Apolo dirigiendo el coro de las nueve hermanas, y Júpiter blandiendo el rayo sobre los gigantes...

Se eclipsó la luz del Renacimiento, las tragedias clásicas se trocaron en dramas románticos, las anacreónticas en orgías, los poemas en fragmentos épicos; y reapareció la Edad Media con sus vestiglos y sus torres feudales, sus caballeros y sus encantadores, el lago azul abriéndose y mostrando las áureas puertas de alcázar maravilloso, y las hadas deslizándose, sin mojarse, bajo el arco espumante de una catarata, á los rayos de la luna.

Pasó tambien el romanticismo, y la poesía, viajero incansable, no sabe, en un momento de vacilacion, hácia dónde guiar sus pasos ó bajo qué cielo levantar sus himnos.

¿Serán las Indias Occidentales, la hermosa

vírgen del mundo, América inocente,

la nueva ilusion, el amor futuro de las musas españolas?

¡Quién sabe! Harto lo merece esa tierra feraz, sacudida por volcanes gigantescos, fertilizada por rios caudalosos como mares, cubierta de vegetacion que antediluviana parece en lo exuberante, alumbrada por un sol que se derrama en océanos de fuego, y habitada por un pueblo que, á través de las capas múltiples de razas adventizas, descubre los rasgos y contornos de una gloriosa antigüedad y una civilizacion gloriosa.

Si los Ercillas, ofuscados por la cultura greco-latina, no tuvieron acentos de sorpresa y de entusiasmo en armonía con la belleza de aquel mundo arrancado de las olas, los poetas modernos buscan su inspiracion en la naturaleza y cantan las maravillas del Parnaso y del Olimpo americanos. Allí, segun el autor de las *Hojas de rosa*,

Palomas y ruiseñores,
fuentes, árboles y viento,
todos se dicen amores,
los céfiros y las flores,
las flores y el firmamento.

Y, en expresion de otro poeta de la que fué Nueva-España,

Todo es luz, aves, aromas;
fuego el sol; llanto el rocío;

flores el juncal; las pomas,
roja grana; las palomas,
blanca nieve; espuma el río.

La oscura selva, rumores;
el torrente, centelleos
de divinos resplandores;
la alameda, ruiseñores;
los ruiseñores, gorjeos.

Toda la naturaleza, sigue diciendo Cuenca en fáciles versos, es como mujer que sube al tálamo, y al arrojar, sonrojada, sus velos, ya tienen

los arroyos más cristales,
las flores menos espinas,
más flores los florestales,
más espigas los trigales,
el torreón más golondrinas!...

II.

Esa es América, ese es Méjico. Torrentes de inspiración poética la fecundizan, y la lira encuentra infinitas resonancias en los bosques tropicales.

No sólo la civilización que siguió al viaje de Colón ha engendrado poetas ilustres: los hubo antes que Cortés derribase el trono chichimeca. ¿Asombra la afirmación? ¿Quién no admira la cultura retratada poéticamente por Solís? ¿Quién no ha oído el nombre de los vates méjico-gentílicos? ¿Es aún completamente desconocido el de *Nezahualcoyotl*?

Un condiscípulo y amigo mío, nacido en América, al restituirse á su patria me entregó un ejemplar de sus curiosas investigaciones sobre el poeta Emperador de Méjico, cuyas elegías suenan á lamentaciones del Profeta sobre Sion desolada. Prometí escribir algunos renglones sobre el ilustre elegíaco, y voy á cumplir mi palabra.

Seré un eco de su voz, llena de entusiasmo por las grandezas de América.

III.

¿Quién era *Nezahualcoyotl*?

Un siglo antes de llamarse Nueva España lo que es hoy Méjico, floreció el coronado poeta, llamado también *Acolmiztli* y *Yoyontzin*. Fueron sus padres *Ixtlilxochitl*, Rey de *Aculhuacan*, y la princesa *Matlalcihua-tzin*, hermana del Emperador de Méjico.

Su historia es un poema épico y un canto elegíaco.

Cuando ocurre su nacimiento, anunciado por los adivinos, en 28 de Abril de 1402, entra el Anahuac en un período crítico. La primera mitad del siglo XV es la imagen del caos, la agonía del feudalismo.

Según cuenta un historiador de sangre real, descendiente de *Nezahualcoyotl*, todos los reyezuelos, todos los caciques del imperio se aprestan á la lucha, por defender uno su señorío independiente, ganado en días de turbulencia; por sostener otro la hegemonía ó supremacía de Azcapozalco; quién por derribar la tiranía insufrible

de Tezozomoc; quién por atajar el ímpetu del ejército méjico-tezcucano, que aspira á dominar el Anahuac entero.

En esta confusion se destacan con vivos colores dos banderas contrarias: la de la barbarie, representada por Azcapozalco, y la de la civilizacion, representada por Aculhuacan.

La mano de Nezahualcoyotl sostendrá la última y la hará triunfar. ¡Pero con qué dificultades! Aún estudiaba, bajo la direccion del sabio *Huitzilihui-tzin*, cuando ya la guerra, movida por la ambicion, ensangrentaba el imperio y amenazaba el trono de su padre *Ixtlilxochitl*. Al principio les sonrie la victoria, y el tirano de Azcapozalco, derrotado y maltrecho, se encierra en esta ciudad, capital de su reino. Ríndese ésta á un continuado asedio de cuatro meses, y el rebelde se somete, meditando traiciones y represalias.

Mientras esto acaecia, el infante de Aculhuacan era solemnemente coronado, como heredero de aquel poder que se desmoronaba; y trasladada la córte á Tezcucó, los fieles vasallos acudian á la nueva capital á rendir pleito homenaje al futuro señor de Méjico.

Pero las alegrías pronto se vuelven penas. El mónstruo revive. Entendiéndose el mal domado tiranuelo con el partido aculhua, que abunda en sus mismos deseos, apercíbese á renovar la guerra; pero, descubierta la conjuracion, tiene que anticipar el momento de su estallido; encamínase con sus parciales á Tezcucó, la sitia, logra ventajas, hace huir á la familia real, y, por un capricho de la suerte, triunfa la bandera de Azcapozalco. El príncipe, fugitivo con su padre y sus deudos, gustó desde entónces aquellas amarguras, que habia de verter y encerrar en los preciosos versos de sus elegías.

La historia presenta á luz más clara la simpática figura de nuestro héroe. Un tio suyo, *Coacuenotl*, que se encargó de pedir auxilio á Otompan (célebre un siglo despues con el nombre de Otumba), miró, al partir, al jóven Nezahualcoyotl, y herido por un presentimiento, exclamó: «Yo no volveré; mis hijos vivirán á tu sombra; brillante porvenir es el tuyo.»

Y partió. En el castillo de Tzinaca, refugio de los ilustres fugitivos, se recibió á poco una noticia desconsoladora: Coacuenotl habia muerto en la contienda, y los fieros vencedores habian profanado los restos mortales del vencido.

Aquel cadáver anunció la caida del trono de *Ixtlilxochitl*. Se acercan unos tepanecas, enemigos implacables; no es posible internarse más en el país sin chocar con ellos; Ixtlilxochitl quiere vencer ó morir; toma sus armas; mira con inmenso cariño á su hijo, su última esperanza, y le dirige estas palabras: «Mis desgracias llegan á su término. Me voy de este mundo, pero tú quedas en mi lugar. No abandones á tus vasallos, ni olvides que eres chichimeca, ni dejes en reposo tus flechas hasta recuperar el trono que te usurpa Tezozomoc. Ven-ga, hijo, la muerte de tu padre. Déjame partir solo; guarda tu vida y con ella el imperio y la gloriosa raza de Xolotl.»

Dicho esto, el Rey marcha, busca las huestes de Otompan y Chalco, pelea como un valiente y muere con honra.

Nezahualcoyotl queda en el mundo sin más amparo que el del *Sol* y el de la *Tierra*, deidades de su pueblo, y, más arriba, en el trono del noveno cielo, el dios Tloque, remunerador de los buenos y castigador de los malos.

IV.

Errante andaba el príncipe aculhua.

Puesta á precio su cabeza, como la de un bandido, su destino era vagar de gruta en gruta, de montaña en montaña, atento á los ruidos del campo y al giro de las estrellas.

La piadosa intervencion de una dama, de una princesa mejicana, endulzó las amarguras del proscrito y puso término á su dolorosa peregrinacion. El tirano de Azcapozalco se amansó y concedió á Nezahualcoyotl tranquilidad y hospedaje en Tezcucó, ciudad poblada de recuerdos.

Allí vivia pidiendo á Tloque resignacion, cuando unos sueños lúgubres del Rey torcieron el curso de su existencia apacible y melancólica. Soñó el tirano que un águila le clavaba en la frente su pico acerado, y volando despues alegremente, aparecia un tigre que le ponía las garras en el pecho, cerca ya del corazon... Despertó sobresaltado; llamó á sus adivinos; unánimes interpretaron el ensueño como un aviso de que Nezahualcoyotl amenazaba devorar al Rey; y entre el miedo, la supersticion y la adulacion grosera, se decretó la muerte del príncipe aculhua.

Pero la sentencia cruel alcanzó más pronto al usurpador del trono mejicano. A poco falleció, y aún calientes sus últimos despojos, las luchas civiles se encendieron rápidamente.

Éstas duraron algun tiempo, con su cortejo de horrores y de lágrimas. Fué asesinado el tercer Emperador de Méjico, y libre de ese obstáculo, como igualmente de otros no ménos poderosos, empuñó el cetro *Maxtlaton*, cuyo primer acto fué disponer el exterminio de la raza de Ixtlilxochitl.

Llamado á la córte á departir sobre asuntos del gobierno de Tezcucó, acudia Nezahualcoyotl sin recelo, cuando un oficial de Azcapozalco le detiene, le entera del inícuo proyecto del tirano, que quiere cogerlo en la red, le obliga á buscar asilo en pueblos fieles á la dinastía chichimeca, y, cuando se rodee de sus amigos, le aconseja la lucha, *ultima ratio regum (et rerum)*.

Las tropas enemigas persiguen á Nezahualcoyotl. «¿Qué hago? pregunta el jóven á su antiguo maestro, y éste le responde: —¡Ha llegado la hora de recuperar el trono!» ¡Pobre mentor el del príncipe! Le fué leal hasta la tumba, que se le abrió luégo en uno de los accidentes de aquella guerra por él aconsejada.

Fué imposible dar con el rastro de Nezahualcoyotl. En vano muchos de sus parciales fueron sujetos al tormento para que declarasen el paradero: murieron sin descubrirlo. El príncipe levantaba el espíritu de sus amigos, y la tiranía del Rey engrosaba sus huestes

con nuevos y poderosos descontentos. La revolucion del Anahuac, en 1428, fué un resultado del despotismo.

Nezahualcoyotl, unido á *Itzcohuatl*, cuarto Emperador, que, á pesar del de Azcapozalco, mandaba en Méjico, sostenido por las bendiciones de su pueblo, recordando los consejos de su padre, lleno de entusiasmo, dirige las huestes méjico-tezcucanas contra la capital de la barbarie, y, entrando en ella victorioso, cimenta su trono en la terrible Azcapozalco, en cuya plaza es decapitado, como un asesino, el infame tiranuelo.

Aquella es comienzo de no interrumpidas victorias. Poco á poco, la soberanía de Méjico y Tezcucó es reconocida por las demás ciudades, y Nezahualcoyotl, coronado de laureles, celebrado como general y como valiente, recibia la corona de su padre. Grande era su bizarría, pero su bondad le superaba; tanto, que mereció censuras por la manera generosísima que tuvo de tratar á sus adversarios.

Desde 1433 (rendicion de Tezcucó) hasta su muerte, acaecida en 1473, Nezahualcoyotl, famoso por sus victorias, logra la reputacion de político insigne, sabio protector de las artes y nobilísimo poeta.

El Anahuac es la Ática americana.

V.

El imperio aculhua llega á su mayor florecimiento.

El Rey perfecciona su antigua administracion, creando un Supremo Tribunal de Justicia, otro de Guerra y otro de Hacienda. Funda, además, un centro universitario, compuesto de filósofos, historiadores, legistas, astrólogos, poetas, músicos, pintores, etc. Los teólogos tienen escuelas, regidas por sacerdotes, en edificios contiguos á los templos. Aquella gran academia guarda los archivos del reino y es como la direccion general de los colegios establecidos en muchas ciudades. Examinaba de toda clase de artes y oficios; revisaba y autorizaba la publicacion de libros; no habia invento que no recibiese su aprobacion ó su licencia; castigaba á los artistas que cometian en sus obras defectos graves; celebraba periódicamente sesiones solemnes, en que se cantaban poesías narrativas de hazañas y virtudes, y, en una palabra, esparcia sobre todo el imperio la luz de la civilizacion. La lengua mejicana culta, el *nahuatl*, era cultivada con sumo afan, y en este idioma, no en *otomí*, como erróneamente han supuesto algunos autores, escribió el Emperador sus poesías elegíacas. Además de éste, florecieron otros poetas, autores tambien de elegías, *Quauhtzin* y un señor ó cacique de Otompan.

El último, efecto de un falso testimonio, fué condenado á muerte. Con este motivo compuso sentida elegía, en que pregonaba su inocencia y su desventura; la oyó Nezahualcoyotl, enamoróse de la bella poesía, y devolvió al poeta á sus antiguos honores y dominios. Un historiador añade que le casó con una de sus hijas, de las *ciento diez* (contados los vástagos de uno y otro sexo) que hubo en sus concubinas.

Porque el Emperador habia llegado á los sesenta años, y no tenia

un hijo legítimo que pudiese heredar su cetro. Determinó á esa edad contraer matrimonio y asegurar su dinastía. Fuerte y vigoroso, á pesar de sus años, podía esperar todavía que no fuera estéril su union con una princesa.

Esta fué *Azcaxochitl*. Era bella, y en la flor de su juventud y de su virginidad, á pesar de estar casada con un gran dignatario de la córte. Lo cual no debe extrañar, porque muchos ancianos de Méjico no hacian subir nunca sus esposas al lecho nupcial. Pero ¿cómo tomarla por esposa, si lo era de un noble, vivo aún? Un pensamiento como el de David en circunstancias análogas cruzó por la cabeza del Emperador. Los tlascaltecas invadian continuamente el territorio de Acualhuacan, y envió á sujetarlos al esposo de *Azcaxochitl*. Equivalia la órden á una sentencia de muerte.

Así lo comprendió el desgraciado; pero no murmuró, obedeciendo ciegamente y sucumbiendo en la empresa. Una elegía, cantada en un banquete de despedida, fué el testamento de este poeta, ya mencionado con el nombre de Quauh-tzin, junto con el cacique de Otompan.

El Emperador pidió á los padres de la viuda la mano de esta mujer, que fué su último y profundo amor. Concedieron gustosos lo que demandaba, y todo se preparó para celebrar dignamente las régias bodas.

VI.

Era el imperio una confederacion, y sus altos dignatarios, la nobleza de Tezcuco y Méjico, los Consejos, las clases todas dieron, con su alegría y su presencia, magnífico esplendor á la ceremonia.

Coronamiento de los festejos reales fué un suntuosísimo banquete, donde lucieron sus encantos la poesía y la música. En esta ocasion hizo el Emperador alarde de su númen poético.

Empezó cantando de esta manera:

Caducas son las pompas de este mundo,
como los verdes sauces de la fuente
que en este suelo, sin rival fecundo,
sombra y frescura dan; mas de repente
el fuego los devora furibundo,
ó del hacha al poder rinden la frente,
ó mústios, de los años al esfuerzo,
desparescen barridos por el cierzo.

Las risas empezaron á trocarse en lágrimas.
Y siguió cantando el poeta coronado:

La púrpura del trono es cual la rosa
que luce su hermosura por un dia,
mientras guarda la savia sustanciosa
el avaro boton; mas luégo, impía,
de *Tonatiuh* la llama rigurosa
agosta su belleza y lozanía...

Tonatiuh, el sol, vió pocas veces en Méjico un espectáculo tan poético como aquél. Un Rey, en el seno de las grandezas y de las alegrías, en el colmo de su poder, el dia de sus bodas, canta las vanidades de este mundo...

Rasgad las sombras de la cripta hueca,
 y registrad los senos del olvido...
 ¿Dó está *Chalchiutlanet* el chichimeca?
Mitl, que amaba á los dioses, ¿dó se ha ido?
 De *Tolpiltzin*, el último tolteca,
 y la bella *Xiuhtzal*, decid, ¿qué ha sido?
 ¿Dónde *Xolotl* está, Rey fortunado?
 ¿Dó *Ixtlilxochitl*, mi padre desdichado?...

Parece, al oír estos ásperos nombres de héroes mejicanos, devorados por el sepulcro, que es Jorge Manrique el que pregunta:

¿Qué se hizo el Rey Don Juan?
 Los infantes de Aragon
 ¿qué se hicieron?
 ¿Qué fué de tanto galan?
 ¿Qué fué de tanta invencion
 como trujeron?

Y que contesta el Emperador de Méjico:

¡Ah! Necio afan, inútil diligencia:
 ¿quién más sabrá que El que lo sabe todo?
 Del lodo los sacó su omnipotencia
 y confundidos yacen con el lodo.
 Tal suerte correrá nuestra existencia,
 y nuestros nietos, ¡ay! no de otro modo,
 despues de haber rendido la jornada,
 serán tambien el polvo de la nada.

No pasaron muchos años de este banquete y de esta poesía, y el Rey, enfermo de una angustiosa fatiga, viendo cercana su muerte, llamó á sus hijos; tomó en sus brazos á Nezahual-Pillí, único legítimo; le ciñó las insignias reales; encomendó su tutela al hijo mayor tenido de sus concubinas; mandó que todos le reconociesen como su príncipe y señor, y concluyó con estas palabras: «Mi muerte se aproxima; pero no es hora de gemir, sino de entonar cantos de alegría.» Sin duda el poeta moribundo repetía la última estrofa del canto de sus bodas:

Aspiremos ¡oh nobles texcucanos!
 á la vida inmortal del alto cielo:
 la materia perece entre gusanos,
 però el alma á su Dios levanta el vuelo.
 Del Eterno en los campos soberanos
 to lo es gloria y amor, paz y consuelo;
 y esos astros que tanto nos deslumbran
 lámparas son que su palacio alumbran.

Así murió el insigne Nezahualcoyotl, glorioso Emperador de Méjico, famoso poeta elegiaco, que reina y peca como David, y canta y llora como Jeremías.

VI.

De las poesías que se le han atribuido, las que considera la crítica más próximas á la autenticidad son dos elegías. Por medio de don Fernando Alba Ixtlilxochitl, intérprete del tercer virey de Nueva España, D. Luis de Velasco, han llegado á nosotros estos y otros ecos poéticos de la literatura mejicana antigua.

Daremos un extracto (tan angustioso es el tiempo) de estos dos monumentos literarios, dignos de admiración, en cuyas bellezas parece que han puesto algo de su cosecha las musas del cristianismo que fueron en el buque de Cortés.

La elegía primera dice así: «Son las caducas pompas del mundo como los verdes sauces, que por mucho que anhelan durar, inopinado fuego los consume, el hacha los destroza ó el cierzo los arrebat...» Es, como se ve, el canto elegíaco de las bodas.

La elegía segunda, titulada *Canto de primavera*, se inspira en la caída del imperio de Azcapocalco. Hé aquí algunas estrofas: «Las-
»timoso es considerar la prosperidad que hubo durante el gobierno
»de aquel Monarca caduco que, semejante al sauce, animado de co-
»dicia y ambición, se levantó y ufanó sobre los débiles y humildes.
»Prados y flores le ofreció en los campos la primavera... mas al fin,
»carcomido y seco, vino el huracán de la muerte, y arrancándolo de
»raíz, le derribó por el suelo en pedazos; ni fué ménos lo que suce-
»dió á aquel antiguo Rey *Cotzasli*, pues no quedó memoria de su
»casa ni de su linaje... ¿Quién, viendo esto, será tan duro que no se
»derrita en lágrimas, puesto que la abundancia de flores y recreos
»son como ramilletes que luégo se marchitan y acaban?... Gocen
»ahora con la riqueza y hermosura del floreciente verano y del par-
»lero canto de las aves, y liben las mariposas el néctar dulce de los
»capullos rosados. Todo es como ramilletes que pasan de mano en
»mano, y al fin se marchitan y acaban...»

En esos párrafos se advierte una especie de estribillo: el de los floridos ramilletes que pronto se quedan sin galas. Esta vuelta al mismo pensamiento indica que las elegías se cantaban, como las odas en Grecia. Al mejor poeta lírico de este pueblo se han comparado las endechas del Rey de Méjico; pero carecen del ímpetu y del fuego pindáricos. Son verdaderas elegías, empapadas en la amargura del que tanto luchó y sufrió, y, al llegar á la cumbre de su gloria, vió entreabrirse á sus pies un abismo: el de la muerte.

También le angustiaría ver su imperio á tan grande altura; y así como lo había levantado de su postración, temería que descendiese otra vez á la anarquía ó á la miseria. De ahí una especie de canto profético que también se le atribuye. Contiene estas significativas frases: «Llegará un tiempo en que los vasallos serán vencidos y des-
»graciados. Entónces el poder no estará en vuestras manos, sino en
»las del Dios Todopoderoso. Entónces vuestros hijos y nietos ex-
»perimentarán mil calamidades... porque *¡serán huérfanos y servi-
»rán al vencedor en su propia patria!...*»

Todo vate tiene algo de profeta. ¿No parece que escuchamos el anuncio poético de la invasión de los españoles? Un siglo antes Nizahualcoyotl ve, soñando, la figura de Cortés, que avasalla el imperio de Motezuma.

MIGUEL GÜTIERREZ.

14 de Octubre.

S. M. la Reina madre doña Isabel honra en estos instantes con su presencia la morada que en Biarritz posee nuestro querido amigo D. Jacinto María Ruiz; y, apadrinando el enlace de su hijo D. Gustavo con la linda heredera de los señores marqueses de Fuentefiel, dispensa á dos modestas y virtuosas familias españolas uno de esos favores que no pueden olvidar los pechos honrados, que saben agradecer. La Redaccion de esta REVISTA cree cumplir á su vez un noble y justo deber de agradecimiento, enviando su respetuoso saludo á los pies de la nieta de cien Reyes, á la egregia princesa que fué un dia el ídolo de la España liberal, y felicitando cordialmente al fundador de esta publicacion, dedicada por sus generosos esfuerzos al desarrollo del movimiento intelectual de nuestra patria.

CRÓNICA POLÍTICA.

15 Octubre.

Sin voluntad ni culpa del Gobierno, por supuesto, ni de los gobernadores, ni de los alcaldes; sino por la intervencion funesta de la Fatalidad, que al fin y al cabo es, como hembra, entremetida, la Guardia civil ha estado á punto de quedar trasformada en un elemento electoral permanente y definitivo: tal y tan constante parece ser que resultó su gestion en algunos distritos, donde fué preciso llevar á la cárcel á muchos revoltosos electores antiministeriales; sobre cuyo sensible fenómeno han dado en el seno de la comision de actas interesantes noticias, el señor general Reina, y otros candidatos inverosímilmente derrotados.—¿Necesitamos ponderar el sen-

timiento que nosotros, en nuestra pequeñez, hubiéramos tenido al ver encadenado para siempre á los movimientos y genialidades de la influencia moral, ese benemérito instituto conservador, cuyos modestos y dignos individuos han hecho y siguen haciendo, por dos pesetas de haber, un país casi habitable de esta España moderna en que, loado sea Dios, respiramos con tanta holgura los liberales de todos matices? Pues mayor aún ha sido nuestro susto á este respecto, y mayor el riesgo de esa utilísima servidora colectiva de la patria, en los días recién pasados en que tuvo efecto la constitucion de la alta Cámara de la monarquía, precedida, como es natural, del juramento monárquico de sus individuos, todavía no suprimido. Abrense, como suele decirse, las carnes, si se considera que hubiera podido resultar positivo y fundado el rumor que atribuía á la presidencia del Senado, en perfecto acuerdo con la del Consejo de señores ministros, el propósito firme de no consentir el juramento, ó sea la toma de posesion de su alto cargo, al señor senador vitalicio don José Elduayen. ¿Por qué? ¿En qué razones llegó á fundarse tal suposicion? El vulgo dió desde luégo las suyas. Decíase que el Sr. Elduayen, como político de actualidad, era un hombre verdaderamente desgraciado. A la desgracia de ser correligionario de primera fila de los políticos vulgares y lentos que han tardado seis años en organizar el país bajo la restauracion, sin ocurrírseles siquiera la idea de poner á su edificio el cimiento de ninguna democracia, se reunian en el ex-diputado por Vigo otras desventuras análogas; como, por ejemplo, la de haber quedado sin distrito, segun certificacion del gobernador fusionista de su provincia, mandado allí, para demostrarlo así á la nacion, por el señor marqués de la Vega de Armijo; y la de haber olvidado por completo este señor marqués y ministro de Estado, entre las tareas absorbentes de sus relaciones con la Europa entera, la hidalga tolerancia que su candidatura de oposicion merecia á su adversario y víctima, en aquellos tiempos en que la prodigalidad de los beneficios dispensados por el Sr. Elduayen á los pueblos de Pontevedra, era reconocida, con permiso del propio marqués de la Vega, por todos sus habitantes. Y añadíase, por último, que el contratiempo principal del interesado consistia en querer hacer valer á toda costa su derecho, en no creer, como los tratadistas de la situacion, caducado ni prescrito un ápice del real decreto que le concedió, sin el carácter de un documento á plazo fijo, la senaduría vitalicia; en estar resuelto, en fin, ni más ni ménos que como un hombre enérgico, que se siente asistido por

una gran razon, á no servir dócil y tímidamente los que el ilustre Guizot llamaba intereses de la venganza, á no salir del Senado, á no dejar su asiento legislativo sino en virtud y por presion material de la fuerza pública, que para ello tiránica y escandalosamente se empleara. ¿Compréndese, en su virtud, nuestra agitacion, nuestra alarma, nuestro interés melancólico por la Guardia civil? ¿No era lógico temer que, dado alguno que otro antecedente histórico parlamentario, fuese ella la que interviniese tambien en el asunto? ¿Tendrian lágrimas bastantes nuestros mortales ojos, que derramar en presencia de una desvirtuacion semejante del destino de nuestro primer cuerpo de seguridad? ¿No iba á ser ya el ideal de lo triste la Guardia civil en el Parlamento, sucediendo á la Guardia civil en los colegios electorales? ¿Qué mínima distancia no debia mediar, para todo hombre honrado, entre ver eso y pedir su pasaporte para el extranjero? Por fortuna, el rumor era falso, falso el supuesto acuerdo de las presidencias, falsa la historia en todas sus partes; el Sr. Elduayen juró su cargo tranquila y normalmente, recibiendo la más fina sonrisa del marqués de la Habana, y el Senado español, que ya le ve en su seno, le verá pronto discutir pacífica y cortésmente la política exterior de la libertad.

Y mientras ese fatídico rumor se desmentia en la práctica, otros de índole grata y consoladora nacia de las profundidades officiosas, esparciáanse por los círculos políticos en alas de las brisas otoñales, y se confirmaban bien pronto por la realidad. Así se anunció y resultó verdadero el banquete masónico que presidió el Venerable de la órden Sr. Romero Ortiz, con exclusion absoluta del Sr. Posada Herrera, por este año al ménos, y al que el Sr. Sagasta envió su más cara y directa representacion. Así se habló primero vagamente de que el presidente del Consejo atribuia la salvacion de todo lo existente á la conducta sensata y benévola de la prensa democrática, y luego resultó que, en efecto, el Sr. Sagasta, apoyado con inconsciente naturalidad en una de las chimeneas del salon de Conferencias, rodeado de periodistas liberales á cuya mayor parte es posible que el dia ántes no saludara en la calle, y cigarrillo va y cigarrillo viene, habia dicho aquello y otras muchas cosas más, con una ingenuidad casi fraternal, y conmovedora sin casi. Basta decir que el jefe de la situacion trató hasta del caciquismo, cuyo estudio y extirpacion encomendará, en cuanto tenga tiempo, al Sr. Gonzalez. Así volvió á decirse que el Sr. Moret, convertido al monarquismo, vuelto, como blanca oveja política, al buen redil, iba á ser el jefe

de todo un nuevo partido de la izquierda de la legalidad, y ahí está ya, en efecto, formado, organizado y en vías de adquirir un incremento saludable, ese partido nuevo, que tiene hasta su comision de prensa, y que tendrá también oportunamente el resto de su personal. Así amaneció un día en que los noticieros se dieron á asegurar que el ilustre duque de la Torre habia espontáneamente repasado no sabemos qué puente, y quemado *motu proprio* no sabemos qué naves, y ántes de anochecer aquel mismo día ya estaba en Madrid el texto del discurso de Linares, que alguna vez servirá de epitafio á la célebre difunta de Setiembre. Así se afirmó otra mañana, anónimamente, que se iban á rasgar por una valerosa mano los ya inútiles velos del disimulo, que se iba á decir la verdad estricta sobre el criterio que ha informado las últimas elecciones, y aquella misma tarde consignaba resueltamente el señor marqués de Sardeal, en los anales del Congreso, su autorizada opinion particular de que los demócratas y los ministeriales se han entendido perfectamente en algunos centenares de distritos.

Mas como ya es antiguo en la Providencia ir echando, como quien dice, una de cal y otra de arena en el camino de la humanidad; como el progresismo, por simpático que sea á la tolerancia providencial, no puede ser parte bastante á que por él y en su favor se infrinja la eterna ley armónica de las compensaciones, esa ley de equilibrio y de vida, que así socorre y alivia al triste y al desmayado, como dá un palo oportuno y moderador á la jactancia peligrosa de la felicidad engreida; la Providencia determinó, sin duda, en estos últimos días, y á raíz de todas esas cosas gratas que acabamos de recordar someramente, detener y contrarestar la creciente jactancia de la situacion, consintiendo que se produjeran dos pequeños escándalos, cismas, tropiezos ó rifirrafes en el seno mismo de la mayoría del Congreso, que es como si dijéramos la tetilla izquierda del fusionismo. Menester era, en efecto, que el partido dominante, Encédalo presuntuoso, que creia hallar fuerzas suficientes en su cohesion íntima para intentar escalar el propio Olimpo, oyese una voz filosófica que le entonase un *memento* refrenador, y se persuadiera de que, siendo polvo como los demás, al polvo ha de volver infaliblemente. Y esta mision provechosa fué primero encomendada por la voluntad sobrenatural á los diputados adictos valencianos, que en una sola tarde se dijeron y adjudicaron recíprocamente cargos é improprios parlamentarios, bastantes á llenar una legislatura entera. ¿Qué otra cosa quisieron decir, en efecto, los comentados discurs

sos de los Sres. Villarroya, Salamanca, Capdepon, etc.? ¿Hemos de incurrir nosotros, al recordarlos, en la vulgaridad apasionada de no dar á aquella discusion otra importancia que la de una reyerta de familia, de campanario, como modestamente la llamaron, para excusarla, sus autores? No: la verdad es que de aquel debate brotó una luz triste, pero bastante viva para alumbrar el seno doliente de esa mayoría fusionista, base, esperanza y piedra angular del edificio de Febrero; y que los ojos ménos observadores se convencieron á esa luz, y con una sola mirada, de que la base flaquea y oscila por sí misma, de que la esperanza tiene nueve décimas partes de gratuito en su composicion, de que la piedra angular parece haber sido extraida y tomada de las ruinas de un edificio viejo, segun lo carcomida y lo poco resistente que aparece, acusando por sí sola, más que todas las reglas juntas del arte arquitectónico-político, la impericia del malhadado maestro, ó director de la obra.

No se contentó, empero, la providencial vigilancia con esa sola demostracion del vano orgullo alardeador del fusionismo, sino que determinó remachar, por decirlo así, el correctivo y el aviso, y mandó seguidamente al espíritu de la discordia apoderarse tambien del ánimo ministerial de la comision de actas, con el pretexto de la de Purchena, que bastaba y sobraba para ofrecer campo abierto á la libertad, respetable hoy como todas, de la ira y del encono. Y la comision se hinchó de ese espíritu y amenazó estallar, y estalló, y el voto particular de su dimisionario presidente Sr. Linares Rivas de un lado, y el dictámen de la comision en que triunfó el criterio opuesto del Sr. Navarro y Rodrigo, no han venido á ser, en rigor, más que la demostracion de que el fusionismo podrá tenerlo todo, poder, destinos, confianza en el porvenir, grandes hombres, grandes ministros, grandes proyectos regeneradores, ménos la condicion esencial y vital de los partidos serios: la disciplina, el espíritu de una obediencia deliberada y salvadora á una direccion inteligente é incontestada. Y ahora se vé claro en el asunto; ahora se vé el por qué de aquella extraña teoría desenfadada del Sr. Posada Herrera, sobre la obligacion de todo diputado ministerial de no pensar sino por conducto del ministerio; ahora se comprenden bien aquellas amargas insinuaciones embozadas del Sr. Sagasta, sobre la disciplina misma, cuando aún no habia otra nube en el horizonte que el primer disgusto del Sr. Romero Ortiz. Era que la histórica perspicacia del presidente de la Cámara popular veia venir el nublado, y habia ya tomado el pulso á la falange. Era que el instinto lúcido de don

Práxedes y el aglomeramiento de sus motivos particulares le estaban diciendo al oído que su jefatura tiene un carácter mitológico innegable, y que lo primero que necesita para hacer lo mucho y bueno que se propone hacer por las instituciones, es contar con un verdadero partido que le ayude, le sirva y le obedezca. ¡Qué batallas ha de librar, ni con qué esperanzas de éxito y de victoria, la pobre Fusion á sus adversarios, cuando le faltan tiempo y fuerzas para salir con alientos de la batalla diaria que riñen en su seno sus propios soldados! ¡Cómo preparar la acerada cota, ni cómo confiar en la solidez de la puntiaguda lanza, ni cómo adelantarse resueltamente hácia el enemigo, cuando se tiene el cuerpo lleno de contusiones, arañazos y desolladuras íntimas, que hacen flaquear al más pintado, y que quitan al más valiente la gana de pelear!

Pero, en fin, como el enemigo está á la puerta, y los disgustos de puertas adentro no le detienen, y el asalto está preparado y es menester rechazarlo, el Gobierno se adereza, pertrecha y sonríe lo mejor que puede, y escapando por necesidad de las algaradas familiares del Congreso, asiste y toma parte en la solemne discusion del Mensaje, comenzada ya en el Senado. Y bien comenzada, por cierto, con la enmienda del Sr. Moreno Nieto al dictámen ó paráfrasis anodina del régio discurso de apertura. ¿Por qué no ha empezado el partido reformista reformando, si ya es hora, el molde de ese documento parlamentario, que, literaria y políticamente considerado, se cae de las manos? ¿Han de estar siempre obligadas las mayorías no sólo á sentir, sino á escribir lo que los Gobiernos escriban? ¿No habrá modo de encontrar un ministerialismo ménos rápsoda, que sepa discurrir por cuenta propia? Pero dejando al tiempo el cuidado de hacer fructificar la semilla de este progreso, felicitemos al elocuente orador de la minoría conservadora. Su discurso ha sido lo que debia ser, ha respondido buena y bastantemente al alto objeto encomendado á su personal representacion política, ha sido la queja noble y amarga de la España conservadora, de la España creyente é ilustrada, contra la conducta del Gobierno español ante los desmanes del populacho romano en el acto de la traslacion de las cenizas del inolvidable Pío IX. Para el criterio y el sentimiento conservador, fué aquel el momento de pedir con firme prudencia y con afectuosa energía, algo más que buenas palabras en pró de la independencia del Pontificado al Gobierno de Italia, que, por lo mismo que es amigo, y que debe serlo, debe comprender tambien á lo que nos obliga el interés católico, puesto que, decididamente, la España es

algo más que el fusionismo libre-pensador. Para el Gobierno de España, sin embargo, sólo ha sido el momento de decir al Sr. Groizard que dijese al primer secretario de su embajada que fuese á visitar al cardenal Jacobini, mientras el Sr. Mazo iba á desautorizar ante el Sr. Depretis al arzobispo de Toledo. ¿Será diplomática la Fusion? ¿Sabrá ella velar, como Dios manda, por los fueros fundamentales de la susceptibilidad española? Pues quien lo dude, que abra y repase *el libro encarnado*, repartido á domicilio, como una gran novedad y al estilo inglés, por el director primero de nuestras relaciones internacionales.—En resúmen: la acusacion persuasiva del Sr. Moreno Nieto, no diremos que haya aumentado la pequeñez moral del criterio político que ha combatido, sino que lo ha desnudado, con perdon sea dicho, ante la opinion, y ha hecho que se le vea tal cual sus causas originarias lo produjeron. Sólo dos cosas han faltado, á nuestro juicio, en el discurso del Sr. Moreno Nieto, á saber: primero, un poco más de exactitud histórica al deslizar como una necesidad suave de su exordio, la bienvenida que dió á este orden de cosas, suponiéndole, humorísticamente sin duda, relacionado con la voluntad manifiesta del país; y segunda, un sentido llamamiento, como abogado generoso del alto clero, á la parte senatorial de éste, que no sabemos por qué no asistió aquel dia á la alta Cámara. ¿Es que el digno señor cardenal Moreno y los dignos señores obispos que son senadores aguardan por ventura ocasion más propicia? ¿Es esquivar sabia y piadosamente las estériles luchas políticas el dejar de votar enmiendas como la del Sr. Moreno Nieto? Mientras se presenta ocasion de que haya quien nos explique aquella deplorable ausencia, y quien disipe y calme nuestra extrañeza, digamos algo sobre la segunda enmienda discutida, del Sr. Calleja. Pero con decir que empezó felicitando al Sr. Albareda por la reinstalacion en sus cátedras de los profesores antimonárquicos, y que acabó conviniendo con el señor ministro de Fomento, no sólo en que el país crece en todos sentidos y á ojos vistas, sino en que la discusion sobre el estado de la enseñanza será bueno aplazarla para cuando el Sr. Mena y Zorrilla explane su anunciada interpelacion; con reseñar en estas breves palabras la síntesis del discurso del señor catedrático de medicina, no hay necesidad de decir más al lector. Era la enmienda de un amigo, de un liberal, de un entusiasta de la izquierda, presentada como fórmula y satisfaccion cariñosa á sus compañeros de profesion, y retirada con la solicitud debida; y nada más.

A la elocuencia liberal del Sr. Calleja, secundada por la liberalí-

sima elocuencia del señor ministro de Fomento, volvió á suceder la elocuencia conservadora, por conducto del señor conde de Casa-Valencia. Un natural sentimiento de ruborosa modestia nos impide decir lo que á decir íbamos á propósito de la elocuencia conservadora en general, y la del señor conde de Casa-Valencia en particular: íbamos á decir que, decididamente, esos empecatados conservadores tienen monopolizada la buena forma oratoria, el buen sentido, todas y cada una de las altas reglas del arte; íbamos á decir que, frente á frente de este hecho honroso y tranquilizador, se ve y se toca el hecho de la decadencia de la antigua elocuencia progresista, cuyos últimos acentos enmudecieron decididamente con Olózaga; íbamos á consignar el fenómeno de que la palabra del progresismo parece irse retirando cada dia más de sus antiguos dominios, como aseguran los sabios que sucede al mar en ciertas riberas; si bien es verdad que la ciencia asegura tambien que el mar que se retira de unos lados, avanza y se extiende en otros; y puede que estos otros lados sean para la oratoria de la izquierda las orillas de la democracia. Todo eso íbamos á decir; pero no lo decimos, para que no se nos tache de parciales y de apasionados como á cualquier simple liberal. Decimos, pues, únicamente que el señor conde de Casa-Valencia hizo la historia del fusionismo, su crítica, su análisis filosófico y político, la diseccion de sus vacías cavidades, donde debiera habitar, por lo ménos, el espíritu de la legalidad, ya que no otro; y lo hizo de tan magistral manera, que el mismo sereno señor ministro de la Gobernacion, curtido en ocho meses de accidentes electorales para todo lo que sea emocion, susceptibilidad gubernativa y temor del adversario, no pudo ocultar, al levantarse á contestar al senador opositor, esa turbacion visible, esa inquietud delatora y ese balbuceo digno de lástima que se imponen á las malas causas y á sus deficientes defensores. Es, pues, urgente, de toda urgencia, que suene y se levante en el Parlamento de los grandes ministros de la libertad, el primer gran discurso de un ministro. Lo decimos como lo sentimos, y no se nos tachará por ello de interesados; si esto sigue así, si sigue en aumento la incontestable ventaja oral de los caidos, el conjunto de los levantados va á hacer una tristísima figura. Pero no será; sospechamos y esperamos que no será, que no puede ser. Hablará el Sr. Sagasta, y hablará bien; hablará el señor ministro de la Guerra, y de seguro tendrá que oír; hablará el señor ministro de Marina, como lo ha hecho otras veces; hablará el señor ministro de Gracia y Justicia, aunque no sea más que para

dar las gracias al Sr. Silvela, que ha revelado al país el idealismo de su elección, consistente en que le han votado, según parece, bastantes más electores que los inscritos en las listas de su distrito; hablará el señor ministro de Ultramar, cuyo silencio empieza ya, para algunos impacientes, á picar en historia; y volverá á hablar, por fin, el señor ministro de Estado, acaso, y sin acaso para confundir hasta cierto punto al Sr. Elduayen. ¿Cómo hemos de creer que suceda otra cosa, y que las derrotas oratorias de la situación sigan sucediéndose diaria y fatalmente? ¿Qué monotonía no podría resultar, al cabo, de este hábito de llevar siempre la peor parte, si se engendrara y arraigara viciosamente en el Ministerio? Nuestra misma calidad de adversarios no es bastante para que lo deseemos. Pero entretanto que otra cosa sucede, y mientras los grandes discursos del partido gobernante se preparan, y nacen y se dejan oír al fin, el Senado, á la hora en que nos vemos obligados á poner término á estos párrafos, lejos de oír una gran voz fusionista, ha tenido que oír una voz sencillamente patriótica, la voz del general D. Manuel Pavía, de ese histórico servidor, valeroso y abnegado, del orden público, á quien el Gobierno que se llama el más liberal y el más monárquico de los Gobiernos de España, ha tratado y desatendido como al más abominable conservador. El Sr. Pavía ha explicado una vez más los altos móviles que le llevaron á aquel memorable 3 de Enero que, por lo visto, sólo los monárquicos conservadores sabemos recordar y agradecer. La modestia ha impedido decir aún al Sr. Pavía lo que el liberalismo racional de España le debe tanto como nosotros. ¿Será que los servidores oficiales hoy de la libertad y del trono no se creen comprendidos en ese liberalismo concreto, cuando tal desafección vienen demostrando al hombre á quien la patria debe tan trascendental servicio? ¿O será, pura y simplemente, que los hombres de Estado de la Fusión se creen, como diplomáticos de la gran escuela, en el deber de no tener memoria cuando les conviene? Puede que todavía la discusión del Mensaje, en una y otra Cámara, nos aclare el resistente misterio.

En cambio parece ya aclarado el que puede llamarse pseudo-misterio europeo del gambetismo, sobre el cual hemos de decir algo á nuestros lectores antes de poner el punto final á esta Crónica, aunque no sea más que por cifrarse y compendiarse en él lo más interesante del actual movimiento político del exterior. La formación de un Ministerio-Gambetta parece al fin acercarse. Aquello que todos, amigos y enemigos, pedían en sus respectivos términos al dictador

latente de la tercera república francesa, parece al fin concedido. Los amigos, los entusiastas, los de la cohorte leguleya, lo pedían de buena fé, no sólo para ver revestido á su ídolo con la omnipotencia de derecho, sino para hacer más fácil y directo al protector el reparto inmenso de las dádivas. Estaban en su derecho. Los enemigos lo pedían con la secreta, trasparente esperanza de ver al cabo sobre la piedra de toque de la responsabilidad indeclinable al oropel oportunista; con el deseo ardiente de ver terminarse al cabo la parte teatral del espectáculo, ó por lo ménos de ver salir el autor á las tablas á recibir el premio ó el castigo del público; con el deseo de ver gastarse rápida y definitivamente al astuto imperante; de ver caer de su pedestal al coloso equilibrista; de ver ponerse, al fin, esa irritante estrella fija y clavada en el horizonte democrático. Había, sin embargo, una tercera opinion neutral, de la cual participábamos, que se limitaba á dudar que Mr. Gambetta quisiera ser ministro, inclinándose á creer más bien que queria ser jefe del Estado en la sazón y oportunidad correspondientes. La lógica lo demostraba así en apariencia. ¿No debía suponerse que el lema de «todo, ó nada» era el único posible para la bandera del oportunismo? En un régimen republicano y representativo, sinceramente ejercido, claro es que el ser primer ministro es serlo todo; pero en el republicanismo especial á que parece condenada eternamente la libre Francia, y que consiste, en rigor, en cambiar de amo cada veinte años; en la república presidida por Gambetta, el presidente reinará y gobernará con ministros, Parlamentos y resortes oficiales absolutamente suyos. La figura noblemente anulada, cohibida y decorativa de los Grevy, no tendrá, ciertamente, su parecido en la figura presidencial de los Gambetta. ¿No era, pues, de simple sentido comun creer dirigido á este despertar, á esta plenitud real y satisfactoria, el sueño del gran burgés de Cahors?

Hé aquí, empero, próxima á desmentirse la presuncion de los que así discurriamos. Las noticias diarias y repetidas que la prensa de la nacion vecina nos trae, parece que no dejan lugar á duda. Mr. Gambetta va á tomar las riendas del Gobierno en su patria, y al acto mediato, fruto inevitable de su intencional calma y espera, en que creíamos ver explicada su resistencia y envuelto el punto supremo de su ambicion, va á suceder prontamente el acto positivo, valeroso, real é inmediato de su entrada en el poder. La razon aparente, política y científica, digámoslo así, de su determinacion, es la nueva mayoría electa de la Cámara que se reunirá el 28 de este mes.

Acentuado y aumentado en ella, según previas estadísticas, el gambetismo puro, reformista, émulo y rival teórico de la izquierda radical, también aumentada, esa mayoría exige un Gobierno que la represente esencial y dignamente. Hay que luchar con ese radicalismo, y con el liberalismo á secas; hay que vencer á Clemenceau, por un lado, y á Julio Simon por otro; hay que abordar la reforma constitucional; hay que castigar al Senado partidario de los distritos; hay que hacer tomar su revancha al principio de las circunscripciones; hay que vender los bienes de las pocas corporaciones religiosas que todavía se abrigan bajo el manto misericordioso de la legalidad republicana; hay que establecer el impuesto sobre la renta, última palabra del jacobinismo económico, y sobre todo, hay que vivir cuatro años en una especie de balsa de aceite parlamentaria. ¿Puede hacerse, debe hacerse nada de eso sin Mr. Gambetta? ¿Puede irse, debe irse á la batalla sin el general? Otra razón, no obstante, ménos ostensible, pero no ménos apoyada en fundamentos de realidad y de urgencia, es el conocimiento íntimo que creen tener de su personaje los idólatras del próximo jefe de Gabinete. Hierve, según ellos, la activa sangre en las venas de Mr. Gambetta, para hacer ver á sus enemigos que le sobran fuerzas y decisión en la lucha. Tiemble la pretenciosa extrema izquierda, tiemblen los *esclavos embriagados de Belleville*, tiemblen los detractores de la ocupación de Túnez, los enmascarados amigos de Bismark, los clericales, reaccionarios y conservadores de todas especies. Mr. Gambetta prometió ir á buscarlos y á exterminarlos en sus más recónditos antros y albergues, y buscarlos y exterminarlos sabrá desde el instante en que pueda mandar directamente al ministro de la Guerra, es decir, al ejército, y al ministro de lo Interior, es decir, á la policía. Tales son las grandes líneas, tal es el diseño, el boceto, el cróquis de la nueva y gran campaña en que la política francesa se apresta á entrar. Si el Universo no está ya irrevocablemente fastidiado de las peripecias de esa política, todavía podrá distraerse con su contemplación.

G.



MOVIMIENTO LITERARIO

EN EL EXTRANJERO.

HISTORIA.

FRANCIA.

Con pretensiones de exponer una nueva doctrina, ha dado á luz un libro Mr. L. Benloew, que en realidad no es otra cosa que una obra más de doctrina á la moda, en que presenta, en forma distinta, el evolucionismo moderno. *Les lois de l'histoire* es un trabajo hecho con esmero, y que presenta un cuadro interesante y no incompleto, de la historia universal; pero en el cual no se halla ni rastro siquiera de filosofía histórica. La única concepcion personal del autor que contiene el libro es la division de los anales de la humanidad en tres fases sucesivas, caracterizados por el ideal de lo bello, el ideal de lo bueno y el ideal de lo verdadero, adjudicando la belleza á la antigüedad griega, la bondad al cristianismo y la verdad á la Revolucion moderna. En demostrar estas proposiciones tan aventuradas y espinosas se afana el escritor, que ciertamente es lástima no se emplee en tésis más razonable.

El autor del libro titulado *De la Monarquía y de la República*, Mr. el abate Eugenio Roquette, acaba de publicar otro con el nombre de *La familia tal como Dios la ha hecho*, y ambos tienen por principio doctrinal la familia como origen único del Estado. Escrita su obra para los creyentes, toma por punto de partida los libros santos, y presenta á la familia tal y como Dios la constituyó, haciendo una exposicion completa de la institucion del matrimonio segun el Génesis, de la subordinacion de la esposa al esposo, del amor de éste á aquélla, que debe sobrepujar á todos los amores humanos, de la procreacion de los hijos, y, por último, de la autoridad paterna, que es el punto más original del libro y la tesis predilecta del autor. Partidario en el fondo de la libertad de testar, se declara defensor de la primogenitura en la sucesion de los bienes, á diferencia de los economistas de la escuela de Mr. Le Play, que prefieren que el padre designe entre sus hijos el sucesor; dando más autoridad á la eleccion humana que al hecho del nacimiento. El interés que en sí tiene la materia, y la sinceridad y conviccion con que

el abate Roquette pretende resolver punto tan debatido, dan sumo interés á su obra y la recomiendan al público en general.

La Francia bajo Luis XVI.—Necker y la guerra de América, se llama el tomo 8.º de la serie publicada por Alfonso Jobez, con el propósito de elevar un monumento glorioso á la alianza franco-americana. Esta obra, digna de elogio bajo muchos conceptos, es, sin embargo, un almacén de documentos muy útil para el escritor que tome á su cargo el hacer la historia de este período; pero sin crítica ninguna, pues el trabajo de Mr. Jobez no tiene pretensiones ni de historia, ni siquiera de obra de forma literaria esmerada. Así lo confiesa el autor, sin que esto quite, en modo alguno, mérito á su trabajo modesto, pero de evidente utilidad.

Con la muerte de Carlos V y Francisco I no terminaron las guerras entre Francia y España, antes bien se aumentaron; pues en las treguas que tenían las armadas se ponían en juego las negociaciones diplomáticas, que siempre caminaban al mismo fin. En este período los grandes hombres que tuvo Francia fueron Richelieu y Mazarin, y entre los diplomáticos que estuvieron á su servicio tal vez el más hábil fué Hugues de Lionne. De su correspondencia oficial está publicándose un trabajo importante, hecho por Mr. Valfrey: ya salió á luz el primer volumen hace dos años, que trata de las negociaciones con Roma, y ahora acaba de aparecer el segundo, que comprende las misiones diplomáticas de Lionne hasta el tratado de los Pirineos, que acabó con la preponderancia de la casa de Austria. Mr. Valfrey, en un excelente resumen histórico, traza los acontecimientos que produjeron las misiones de Lionne en Madrid, en Francfort y en San Juan de Luz. La primera fracasó por un acto de hidalguía de Felipe IV, que se negó á conceder la expulsión del príncipe de Condé; la segunda no tuvo mejor éxito respecto á la elección de un príncipe francés para el Imperio alemán; pero en la tercera, que fué el tratado de los Pirineos, Lionne hizo lo bastante para que su reputación de gran diplomático quedara sólidamente confirmada. El trabajo, pues, de Valfrey es muy estimable, y facilita muchos datos desconocidos (1).

Dos cartas del mismo Hugues de Lionne contiene también el tercer tomo de los *Escritos inéditos de Saint-Simon*, cuya mayor parte la ocupa su *Memoir sur la dignité de Duc et pair*, dirigida al duque de Borgoña. Esta obra, como casi todas las del mismo autor, tiene las cualidades y los defectos que caracterizan al personaje: espíritu sano, claro y elevado; tiene á veces manías y distracciones que le hacen aparecer extravagante y vanidoso (2).

La Revolución francesa tiene de notable que no fué seguida de

(1) *Hugues de Lionne, ses ambassades en Espagne et en Allemagne. La paix des Pyrénées*, d'après sa correspondance conservée au ministère des affaires étrangères, por Mr. J. Valfrey.—París, Didier.

(2) *Ecrits inédits de Saint-Simon*, publiés sur les manuscrits conservés au dépôt des affaires étrangères, por Mr. P. Faugère.—París, Hachette.

contrarevolucion; pues solamente en el Mediodía de Francia los vendeanos hicieron nuevas intentonas que jamás fueron coronadas por el éxito. Si alguna llegó á prosperar, pronto se vió comprometida por el aislamiento, la rivalidad de los jefes, la precipitacion de los movimientos, la falta de autoridad en la direccion, y, sobre todo, la ausencia de los príncipes que servian de bandera á la causa de los vendeanos. La historia de estos movimientos en el período del 90 al 93 es lo que ha intentado hacer Ernesto Daudet, valiéndose de las publicaciones contemporáneas y de documentos inéditos que le han suministrado los archivos de provincias. Escritor Daudet de ingenio sutil para la investigacion, y de talento claro y serio para dibujar cada figura con los colores que le son propios, ha hecho un libro que, sin salirse de la verdad histórica, tiene los atractivos de la novela, en cuyo género literario el autor se ha conquistado nombre envidiable. La novedad del asunto, los pormenores desconocidos, la abundancia de documentos inéditos, el color á la vez vivo y sombrío del estilo y la imparcialidad de los juicios, dan á la *Historia de las conspiraciones realistas del Mediodía bajo la Revolucion* un atractivo y un encanto que tienen pocos libros de historia (1).

Tambien de la guerra de la Vendée tratan las Memorias del general Bernard de la Fregeoliere, publicadas por uno de sus descendientes. En ellas se describen las campañas del 93, la retirada de Holanda, Quiberon, los ejércitos católicos del Oeste, los hechos del 96, del 99, de 1813, y, por último, los cien dias. Todos estos acontecimientos, narrados por un militar modelo de lealtad y honradez, tienen, si no el atractivo de la galanura de estilo, la sinceridad de un soldado que, narrando lo que ve hacer á los demás, narra sus propios hechos sin propósito deliberado. Pueden, pues, considerarse sus Memorias como una autobiografía y una historia de la guerra de la Vendée (2).

Algo de la historia de Haití contiene el libro de Edgard la Selve, titulado *Le Pays des Nègres*; pero principalmente se ocupa de las condiciones de fecundidad de aquel riquísimo suelo, donde el autor ha vivido algun tiempo, del porvenir que podria tener con una regular administracion y de las guerras que por espacio de un siglo vienen ensangrentando aquel rincon del mundo que atesora todos los dones de la naturaleza. Los deseos del autor son buenos, y el trabajo está hecho con cariño.

Una confederacion europea; una especie de jurado internacional con sus rentas y su ejército, sin más mision que dirimir todas las cuestiones entre unos y otros países y darle á cada cual su derecho, imponiendo su autoridad soberana, no estaria mal, si cada nacion tuviera las virtudes necesarias para someterse incondicionalmente á

(1) *Histoire des conspirations royalistes du Midi sous la Revolution*, por Ernest Daudet.—París, Hachette, 1881.

(2) *Emigration et chouannerie*. Memoires du general Bernard de la Fregeoliere publiés et completés par son arriere petit-fils.—París, 1881.

tal tribunal; pero bueno y todo como esto parece, debe colocarse entre el número de las cosas imposibles. Para llegar á esta proposición Mr. Poinot de Chansac ha escrito un libro titulado *La France et l'Europe*, comenzando por exponer, en una reseña histórica, todos los gobiernos que ha habido en Europa desde el establecimiento del cristianismo, y dejando justificado, á su modo de ver, que las repúblicas, los imperios y las monarquías han nacido cuando debían nacer, y han muerto cuando la necesidad y la lógica les quitaba toda razón de ser. De esto deduce el autor que la sociedad tiende á la forma democrática, llevando consigo la extirpación de la guerra y la disminución del impuesto. Como se ve, las intenciones de Mr. Poinot de Chansac no pueden ser mejores, salvo que evidencian un desconocimiento de la historia de la humanidad verdaderamente infantil. El libro, sin embargo, dice mucho en favor del espíritu generoso de su autor, y no deja de tener razonamientos originales y nobles.

El antiguo ministro de Instrucción pública francés, Mr. Bardoux, ha añadido un nuevo título á su reputación de historiador con la publicación del libro llamado *Le Comte de Montlosier et le Gallicanisme*. En el prólogo manifiesta el autor su propósito, que no ha sido el de hacer un libro de proselitismo ó de polémica, sino un estudio meramente histórico de la vida y las obras de un hombre que hace cincuenta años representó un papel interesante en Francia. Prueba Mr. Bardoux que el conde de Montlosier era un espíritu vigoroso y original que personifica el carácter apasionado de los franceses, y que, sin haber sido un hombre de primer orden bajo ningún aspecto, fué muy estimable en política, en literatura y en historia. La diligencia del autor ha dado con muchos documentos inéditos que avaloran más su trabajo, esparciendo nueva luz sobre la época en que vivió el conde de Montlosier y deshaciendo muchos errores que pasaban como verdades. El orador y hombre político francés ha probado con este nuevo trabajo que tiene dotes de historiador y que no ha olvidado su oficio de literato y erudito; pues la obra está bien escrita, sobresaliendo la originalidad y gracia de su estilo.

Les compagnies du Papeguay se formaron por iniciativa particular de entre los jugadores del *Papeguay*; que no es otra cosa que el tiro al blanco con arco, ballesta ó arcabuz. Así se llama el libro publicado por Dentu en París, y escrito por Gaston Lavalley; libro que, aunque de asunto poco interesante en la apariencia, contiene datos curiosísimos de los siglos XIV y XV, y una historia escrita á conciencia de la formación, desarrollo y transformaciones por que han pasado estas famosas compañías. Tiene, pues, bastante interés, sobre todo para los franceses.

Enrique Heine es uno de los poetas más populares de nuestra época, y por consiguiente un libro que se titula *Recuerdos de la vida íntima de Enrique Heine* ha de excitar interés y llamar la atención de todo el mundo: agréguese á esto que la princesa de la Rocca ha sabido buscar pormenores y anécdotas del poeta en las fuentes más auténticas, y tendremos desde luego un libro interesantísimo. No se

emiten en él juicios sobre sus obras ni cosa que se le parezca; pues más bien es una colección de datos, noticias y perfiles de su vida, que han de servir un día para hacer una verdadera biografía. Todos estos pormenores han sido recogidos de la familia, y principalmente de la hermana de Heine, y entre ellos hay cosas curiosísimas y de la mayor intimidad, ya de la familia del escritor, ya de sus primeros años, ya de los tiempos en que estudiaba en las universidades de Bonn, Goettinga y Berlin, y por último, sobre su enfermedad y su muerte. El carácter de Enrique Heine ha sido juzgado con diferente criterio, inclinándose los más á censurar su excesiva irritabilidad; y en este punto el libro de Mad. Rocca se esfuerza en probar lo contrario con datos aceptables á nuestro juicio. Es, pues, un trabajo muy estimable, de agradabilísima lectura y de utilidad incontestable; pues asegura los datos biográficos de un poeta que ha de pasar á la posteridad.

Un libro interesantísimo para los amantes del helenismo moderno acaba de ver la luz pública en París (Laroux). Su autor es G. Chasiotis, y se llama *L'Instruction publique chez les Grecs*. La obra contiene, además de muchos é interesantes datos históricos, una gran parte consagrada á la exposicion detallada del estado actual de la instruccion pública, no solamente en el territorio que hoy se llama Grecia, sino en las colonias griegas del extranjero y en las provincias helénicas que están aún bajo el yugo otomano, resultando que en la segunda enseñanza es, en proporcion, el país de Europa donde más se ha adelantado.

Mr. de la Jonquière, antiguo profesor de Historia de la Escuela militar imperial de Constantinopla, ha publicado en París una *Historia del Imperio otomano*, donde está compendiado todo lo más interesante que sobre Turquía se ha escrito; pues siendo un trabajo tan completo como el de Hammer, es más sustancial que el de Lamartine. La Jonquière, como se ve, ha estado en las mejores condiciones para escribir un buen libro; y dicho sea en honra del autor, éste ha cumplido lo que de él podía exigirse. A manera de introduccion, necesaria para la inteligencia de los hechos, comienza el trabajo con una descripcion geográfica en que la etnografía, ó sea un cuadro de las poblaciones de razas diversas que domina el Sultan, ocupa una parte proporcionada á su importancia. Trata tambien de los orígenes del islamismo, separándose de los que le hacen nacer de una secta cristiana, para inclinarse al lado de los que piensan que procede del judaismo. Al ocuparse de Turquía en nuestros dias es ménos extenso; pero expone francamente su doctrina y se declara partidario de las reformas políticas y sociales que, á su juicio, son el único medio de poder regenerar una gran nacion cuyo pasado tanto ha influido en todos los pueblos de Europa. En resumen, el libro de Mr. Jonquière, aunque compendiado, no es un Manual en que todo aparece en el mismo tono, con la misma medida y la misma ausencia de crítica y de opiniones personales; antes por el contrario, es un trabajo sacado de las mejores fuentes, en que el

autor piensa por sí mismo y no es extraño á ninguna de las apreciaciones de que han sido objeto los sucesos que refiere: la obra, por todos conceptos digna de ser estudiada, contiene además una luminosa lista de indicaciones bibliográficas.

Mr. Felize de Bona ha hecho un interesante trabajo biográfico en dos tomos, sobre los generales Drouot y Hoche. Con austerā imparcialidad narra los hechos del primero, y hace resaltar sus heróicas virtudes durante la prosperidad del Imperio, en el destierro de Santa Elena y en la Restauracion. Méenos heróica la figura del general Hoche, dá, sin embargo, al autor de su biografía, motivo para elogiarle en muchas ocasiones, sin omitir la censura benévola que merecieron algunos de sus actos. En suma, estos dos libros son acreedores al aprecio del público y el autor digno de elogio.

La correspondencia diplomática del baron Staël Holstein y del baron Brinkmann, recogida por Leouzon-Le-Duc, acaba de imprimirse por la casa Hachette de París, y contiene datos muy interesantes sobre la Revolucion francesa. Ambos personajes fueron embajadores de Suecia en Francia, y su correspondencia ha sido recogida en los archivos reales de aquella nacion por Mr. Leouzon-Le Duc. Staël-Holstein representó á su patria en Francia desde 1783 hasta 1792, y era ardiente partidario de la Revolucion. En este sentido se ve bastante parcialidad en su correspondencia en favor del partido popular, y hostilidad marcada á los que él llama los aristócratas; pero, sin embargo, es narrador exacto de los hechos y se muestra escritor frio y juicioso. Su opinion es contraria á toda intervencion extranjera, razon por que sin duda Gustavo III lo llamó á Stockolmo á principios de 1792. Al año siguiente volvió y celebró un tratado de alianza con la Convencion, que no fué ratificado por el Regente de Suecia; pero que al poco tiempo se terminó, siendo recibido como embajador con gran solemnidad. La correspondencia del baron Brinkmann es méenos interesante; pero ambas forman un libro útil para la historia.

Del mismo asunto trata el *Journal d'une bourgeoise pendant la Revolution*, publicado por su nieto Eduardo Lokroy, y ciertamente que pedir más amor á los atentados del pueblo seria pedir gollerías. No aprueba en absoluto la ciudadana del Delfinado los actos del 10 de Agosto, las jornadas de Setiembre, la ejecucion de Luis XVI y el 31 de Mayo; pero á todo ello lo encuentra una explicacion natural y una disculpa razonable. Una fanática seducida y embriagada por las declamaciones populares, es lo que resulta del *Diario* que ella misma escribió; y aparte de algun que otro pormenor femenino, el libro carece de interés histórico.

C.



NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS. ⁽¹⁾

Historia de España de D. MODESTO LAFUENTE, continuada por D. JUAN VALERA. — (*Barcelona; Montaner y Simon.*)

Esta obra, que toca á su término, se ha impreso con dos objetos: el de hacer una edicion en condiciones tipográficas dignas de su importancia, y el de adiccionarla hasta nuestros dias, porque sabido es que Lafuente detuvo su relato en los comienzos del reinado de doña Isabel II. El primero de sus objetos ya se ha realizado; la obra aparece impresa con notable esmero, y bien ilustrada además, porque, aún cuando hay algunas láminas mal dibujadas y peor estampadas, la mayor parte están hechas regularmente.

Lo que sólo censuras merece es la continuacion del libro. La empezó, segun cuentan, el Sr. Valera; pero inmediatamente ha debido pasar á otras manos, porque ya se advierte, en el estilo descuidado, en la forma, extraña á todas las reglas de la narracion, de hilvanar la de los sucesos contemporáneos y en la manera de comentarlos y apreciarlos, que quien redacta ahora este trabajo no está á la altura de la empresa de que se ha hecho cargo.

Cuando nosotros vimos que se anunciaba la Historia de Lafuente terminada por Valera, creimos que se iba á dar á luz un verdadero monumento artístico y literario. Ya vemos que sólo se ha procurado que lo sea bajo el punto de vista verda-

deramente exterior, cosa que no extrañará á quienes conozcan las costumbres de los editores catalanes, que incurren siempre en el mismo error, en el error de pensar que para las obras literarias y científicas, lo de ménos es la literatura y la ciencia. Bueno seria que los Sres. Montaner y Simon se corrigiesen de este defecto y comprendieran que las casas editoriales tienen tambien deberes que cumplir con la cultura del país en que viven y respecto al progreso de sus trabajos intelectuales.

* * *

Código de las costumbres de Tortosa, por D. BIENVENIDO OLIVER. — (*Cuatro volúmenes. — Madrid.*)

Si este libro habia de ser considerado siempre como una obra de grande importancia, ahora despertará mayor interés en el público, puesto que acaba de publicarse cuando renacen los estudios jurídico-históricos y vuelven á cobrar valor los trabajos sobre el derecho foral, por venir de nuevo al tapete el pensamiento de la codificacion de nuestras instituciones civiles. El *Código de las costumbres de Tortosa* debe tenerse en cuenta al hacer esa codificacion, porque sirve de base al derecho de Cataluña, Mallorca y Valencia, y porque es la expresion más exacta de las leyes que han regido á los pueblos de lengua catalana.

No consisten en eso exclusiva-

(1) Los autores, editores ó libreros que deseen ver anunciadas sus publicaciones en la REVISTA HISPANO-AMERICANA, enviarán á nuestra redaccion dos ejemplares de cada uno de los libros que den á luz.

mente su mérito y su importancia. Los tiene también para la historia general del Derecho, porque este monumento jurídico es, como dice muy bien el Sr. Oliver, el Código tipo de la Edad Media en toda Europa. Ni en España ni fuera de España hay cuerpo alguno jurídico que le aventaje ó que sea más antiguo y más perfecto.

Por eso podemos afirmar que el Sr. Oliver ha prestado un verdadero servicio á estos estudios llevando á cabo tan detenida y minuciosamente el del *Código de las costumbres de Tortosa* que acaba de dar á luz en cuatro volúmenes. El tomo primero contiene su historia crítica; los tomos segundo y tercero están destinados á la exposicion completa de toda su doctrina jurídica, y el cuarto copia el mismo texto legal.

*
* *

Alger et l'Algerie. (Dos volúmenes.—*Argel; Lib. de Jourdan.*)

Durante la primavera última, celebró una reunion en Argel la Sociedad francesa para el progreso de las ciencias. Mucho tiempo ántes de verificarla habian algunos escritores de la república vecina llamado la atencion del público sobre los adelantos advertidos en aquella floreciente colonia. De estos dos hechos nació el propósito que ha engendrado este libro, el propósito de reunir en uno ó dos volúmenes cuantas noticias científicas, históricas y económicas fueran precisas para formarse idea exacta del estado en que Argelia se encuentra.

Concebido ese pensamiento, no se encomendó su ejecucion á un solo escritor, que es lo que aquí hubiéramos hecho. Nuestro sistema, que consiste, si una Exposicion se verifica, en mandar á ella un solo cronista que nos hable de cuanto vea, tenga ó no competencia enciclopédica, es un vicioso sistema, llamado constantemente á producir efectos deplorables. La Sociedad francesa no le siguió. Lo que hizo fué encargar á diversos autores,

notables todos en las especialidades á que se consagran, que redactasen varias monografías sobre los múltiples aspectos que ofrece el estudio de una region ó comarca cualquiera.

Así, en el volúmen que tenemos á la vista ha escrito una noticia geográfica de Argelia Mr. Mac Carthy; de su geología, mineralogía, zoología y botánica habla Mr. Pomel; de su colonizacion, Mr. Liantand; de su agricultura, Mrs. Mares y Rivière; de su industria y comercio, Mr. Guy; de sus obras públicas, Mr. Neven-Derotrie; de su historia, Mr. Masqueray; de su administracion, Mr. Dimier; de sus tribunales, Mr. Fau; de su organizacion económica, Mr. Letellier d'Auspesne, etc, etc. El conjunto, no hay para qué decirlo, es tan instructivo como variado y ameno.

Un libro escrito de ese modo ofrece siempre interés. Cuando en sus páginas se encuentran, como en las de éste, noticias novísimas, de incontestable verdad y de provechosa enseñanza, puede decirse de él que es un libro útil. Después de su aparicion, sucesos que todo el mundo recuerda han hecho que se fije la atencion de Europa en esa parte del Africa septentrional y que exista un deseo más vivo de conocer su estado, su organizacion, sus recursos y las costumbres de sus habitantes. Esta circunstancia hace de *Alger et l'Algerie* un libro oportuno.

Para nosotros lo sería siempre, no sólo porque debe inspirarnos particular interés todo lo que se relacione con el Norte de Africa, regado con la sangre de nuestros compatriotas ahora y hace siglos, sino porque si algun dia hemos de llevar á las costas vecinas nuestro natural anhelo de expansion y de engrandecimiento, necesitamos aprender cómo han colonizado otras potencias aquellas regiones, para imitarlas en lo que sea digno de aplauso y evitar la reproduccion de los errores que recientemente han suscitado á Francia tan serios conflictos.

ÍNDICE DEL TOMO II.

1.º DE SETIEMBRE DE 1881.

	Páginas
El Capitan Veneno (continuacion), por D. Pedro A. de Alarcon.....	5
El Ebro por frontera, por D. Vicente de La Fuente.....	17
Relaciones mercantiles de España y Francia (conclusion), por D. José G. Barzanallana.....	33
Literatura española.—D. Bartolomé Ponce Laso de la Vega, poeta dramático desconocido del siglo XVIII, por D. Manuel Cañete.....	45
Discurso para la Academia de San Fernando (inédito), por D. Joaquin Francisco Pacheco.....	57
Ante el cadáver de Ayala (sonetos), por D. Carlos Coello.....	63
Preliminar al estudio de la electro-óptica, por D. José Rodriguez Mourelo.	66
La poesía lírica, por D. R. Blanco Asenjo.....	83
España ante Europa, por D. Andrés Borrego.....	93
Política de los españoles en América (continuacion), por D. Justo Zaragoza.....	103
Abu-Hamana, por el teniente general D. Antonio Lopez de Letona.....	120
Organizacion militar (conclusion), por el brigadier D. Gregorio Jimenez Palacios.....	129
Orígenes del buen comer, por D. José Rivero.....	148
Crónica política, por G.....	156
Movimiento literario en Europa, por C.....	167
Noticias bibliográficas y anuncios.....	173

16 DE SETIEMBRE.

El Capitan Veneno (continuacion), por D. Pedro A. de Alarcon.....	177
La Jurisdiccion eclesiástica entre los visigodos (conclusion), por D. Eduardo de Hinojosa.....	193
Santos y mártires, por D. Luis Mariano de Larra.....	203
De la Hacienda pública en España, por D. Eduardo Garrido Estrada....	220
Escena del drama inédito <i>La mejor corona</i> , por D. Antonio García Gu- tierrez.....	235
Un saludo fraternal á los habitantes de América, por D. Indalecio Martinez Alcubilla.....	238
La radiofonía, por D. José Rodriguez Mourelo.....	247
Los Congresos de Americanistas, por D. Justo Zaragoza.....	276
Intereses de España y Francia en Africa, por D. Miguel Sanchez, <i>presbí- tero</i>	305
Crónica política, por G.....	317
Movimiento literario en Europa, por C.....	331
Noticias bibliográficas.....	335

1.º DE OCTUBRE.

	Páginas.
El Capitan Veneno (conclusion), por D. Pedro A. de Alarcon.....	337
Tres heterodoxos españoles en la Francia revolucionaria, por D. Marcelino Menendez Pelayo.....	355
El estudio de las matemáticas en la segunda enseñanza, por D. Antonio Sanchez Perez.....	366
Literatura española.—D. Bartolomé Ponce Laso de la Vega, poeta dramático desconocido del siglo XVIII (continuacion), por D. Manuel Cañete.	375
Imitacion de Rojas (poesía inédita), por D. Severo Catalina.....	389
El Ebro por frontera (continuacion), por D. Vicente de la Fuente.....	390
Condiciones fundamentales de los ejércitos modernos, por el teniente general marqués de Fuentefiel.....	411
Conversaciones conmigo mismo, por D. José Selgas.....	423
Manuel de la Revilla, por D. Francisco de Asís Pacheco.....	431
Casas de obreros, por D. Antonio Guerola.....	447
La cruz de piedra (poesía), por D. Juan Antonio Cavestany.....	459
Los anticuarios, por D. Saturnino Estéban Collantes.....	461
Los Congresos de Americanistas, por D. Justo Zaragoza.....	467
Crónica política, por G.....	478
Movimiento literario en Europa, por C.....	492
Noticias bibliográficas.....	495

16 DE OCTUBRE.

La Pródiga (estudio del natural), por D. Pedro A. de Alarcon.....	497
Numancia, por D. F. Pí y Margall.....	514
Tres heterodoxos españoles en la Francia revolucionaria (continuacion), por D. Marcelino Menendez Pelayo.....	529
Historia de nuestros dias, por D. Emilio Castelar.....	553
El Ebro por frontera (conclusion), por D. Vicente de la Fuente.....	564
Epístola á la señorita doña María Luisa Alvarez y Guijarro, quince dias despues de su boda, por D. Luis Mariano de Larra.....	575
La liquidacion del proteccionismo, por D. Joaquin María Sanromá.....	580
Soneto (inédito), por D. José Musso y Valiente.....	593
Realismo, por D. José Selgas.....	594
Manuel de la Revilla (conclusion), por D. Francisco de Asís Pacheco...	601
Negociaciones internacionales del reinado de D. Alfonso XII, por el señor vizconde de Campo-Grande.....	618
Un emperador poeta, por D. Miguel Gutierrez.....	628
Crónica política, por G.....	636
Movimiento literario en Europa, por C.....	646
Noticias bibliográficas.....	653

